

HIJA

de la mafia



ELSA TABLAC

HIJA

de la mafia



ELSA TABLAC

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[HIJA DE LA MAFIA](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[EPÍLOGO](#)

[TAMBIÉN DISPONIBLE](#)
[NEWSLETTER](#)
[Otros títulos](#)

HIJA DE LA MAFIA

Primera edición: Agosto 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Un amor con fecha de caducidad. Un legado peligroso. Una pasión imposible de ignorar.

Valeria Bellucci, hija de uno de los hombres más temidos de Nueva York, sueña con escapar del control de su problemático padre. Durante unas vacaciones en Hawái conoce a Julian Percival, un científico de buena familia que ha huido repentinamente de una misión en la Antártida.

Julian nunca imaginó que alguien como ella lo dejaría sin aliento. Valeria está atrapada entre el deber familiar y un corazón que late por el hombre equivocado.

Mafia. Traiciones. Peligro. Amor a primera vista.

¿Podrán desafiar las reglas y arriesgarlo todo por un amor que podría costarles la vida?

HIJA DE LA MAFIA

Elsa Tablac

PRIMERA PARTE
VALERIA, Hawái

CAPÍTULO 1

—Leah, ¿te has fijado en ese tipo en la cola del *check-in*? —susurré mientras ajustaba mis gafas de sol, intentando parecer relajada; aunque por dentro mi paranoia iba a mil por hora, como casi siempre.

Leah, mi mejor amiga y mi puerta de acceso a la realidad, se inclinó ligeramente para echar un vistazo. Ella solía viajar conmigo, y en este viaje a Hawái se había convertido en mi guardiana absoluta.

—¿Cuál de todos? —preguntó, mirando a la fila delante de nosotras.

—El alto, con la camisa blanca. El que está ahora mismo en el mostrador de recepción.

Intenté no señalar, pero era difícil no notar al hombre que destacaba entre la multitud. Primero porque era, con diferencia, el más atractivo de todos. Tenía un aire despreocupado, pero había algo en su postura que me hacía pensar que no era un turista común. Lo vi sonreír un poco y, bueno, esa sonrisa era como de actor de Hollywood. Escaneé sus alrededores para tratar de averiguar si estaba solo. Y justo después me pregunté si sería peligroso.

—Sí, lo veo. Bastante guapo, ¿no? —dijo Leah con una sonrisa maliciosa—. ¿Crees que podría ser uno de los hombres de tu padre?

—Eso es lo que me preocupa —respondí, notando ya mi habitual nudo en el estómago—. Ya sabes cómo es Vincenzo. No confío en nadie.

—Relájate un poco, Valeria. Tal vez sea solo un turista guapo que también está aquí para disfrutar del paraíso. —Leah puso una mano sobre mi hombro, tratando de calmarme.

Mientras avanzábamos en la fila para que nos entregasen la llave de nuestra habitación, no podía dejar de observar a aquel apuesto hombre. Finalmente, llegó su turno en el mostrador, y oí su voz profunda mientras hablaba con el recepcionista.

—Soy Julian Percival. Tengo una reserva para una suite —dijo, con un acento ligeramente británico que me sorprendió.

—Bienvenido, señor Percival —respondió el recepcionista—. Aquí tiene su llave. Su suite está en el piso dos, con vista al océano. Todo está listo. Que disfrute su estancia.

Cogió su llave y se dirigió hacia los ascensores, pero antes de irse, sus ojos se encontraron con los míos por un breve momento. Fue una fracción de segundo, pero sentí que eso le bastó para derribar todas mis defensas.

—¿Valeria Bellucci? —llamó el recepcionista, sacándome de mi ensimismamiento.

—Sí, aquí —respondí rápidamente, acercándome al mostrador con Leah a mi lado.

—Bienvenida, señorita Bellucci. Su suite doble está en el piso tres. Aquí tiene su llave —dijo, entregándome una tarjeta magnética.

Mientras nos dirigimos hacia el ascensor, Leah no podía ocultar su sonrisa.

—¿Viste cómo te miró? A lo mejor te conoce —dijo, dándome un codazo amistoso.

—Oh, no me digas eso, Leah. Podría ser peligroso —respondí, aunque no podía negar que había algo en el tal Julian Percival que me intrigaba. Y me encandilaba.

El ascensor llegó y entramos, subiendo en silencio hasta nuestro piso. Nuestra suite era espectacular, con una vista impresionante del océano. Pero no podía dejar de pensar en Julian y en la posibilidad de que fuera una amenaza. Él estaba en el piso dos. O eso había oído.

—Deberíamos deshacer un poco el equipaje y luego explorar los alrededores —sugirió Leah, siempre práctica.

—Sí, claro. Necesito distraerme —respondí, abriendo mi maleta.

Después de acomodarnos, decidimos bajar al bar del hotel para tomar algo. Mientras caminábamos por el vestíbulo, me sentía cada vez más nerviosa. Mi vida en Nueva York estaba salpicada de peligros y traiciones, sobre todo en los últimos meses; y no sabía si podía bajar la guardia, incluso en un lugar tan hermoso como Hawái.

—Valeria, relájate un poco. Estamos aquí para disfrutar —dijo Leah, notando mi tensión.

Nos sentamos en una mesa en la esquina del bar, desde donde podíamos observar a la gente sin ser demasiado visibles. Pedimos dos cócteles y comenzamos a charlar sobre cosas triviales, intentando olvidar nuestras preocupaciones.

Leah me dio una patadita en la rodilla para llamar mi atención en un momento en que mi vista se perdió a través de los ventanales.

—Cuéntame algo divertido de tu infancia. Algo que no tenga que ver con... ya sabes quién —dijo Leah, tratando de animarme.

Se refería a mi madre, claro. Sabía que me gustaba hablar de ella, aunque ya no estuviese con nosotros.

—Bueno, había una vez en que mi madre me llevó a una feria y me dejé convencer para subirme a una montaña rusa. Grité tanto que ella no podía parar de reírse —dije, sonriendo ante el recuerdo.

—Eso suena divertido. ¿Y qué pasó después? —preguntó Leah, interesada.

—Después las dos nos comimos una cantidad ridícula de algodón de azúcar y terminamos con dolor de estómago. Fue uno de los pocos días normales que recuerdo —dije, sintiendo una punzada de nostalgia.

Él entró en el bar en ese momento.

—Ahora vengo —le dije a Leah.

Me levanté de un salto, dejándola casi con la palabra en la boca, y fui disparada hacia la barra para llegar a ella antes que Julian Percival. Él se colocó a mi lado, como si ese fuera su sitio natural en esta vida, y ambos llamamos al camarero, levantando el dedo al mismo tiempo.

—Por favor —me dijo él, indicándome educadamente que pidiese yo primero. El caso es que mi bebida, un mejunje tropical demasiado azucarado para lo que estaba acostumbrada, estaba casi intacto sobre la mesa.

—Gracias —le contesté, batiendo mis pestañas. Un coqueteo instantáneo y natural salió de mí, una de esas reacciones que no entiende de prudencia ni de estar alerta.

Me dirigí al camarero.

—Café solo, por favor.

—Enseguida.

—Lo mismo para mí —dijo él. Y esperaba que fuese porque realmente le apetecía y no porque siguiese la estela de lo primero que me había pasado por la mente.

—¿Británico? —le pregunté.

—Oh. No. Soy de Nueva York. Pero crecí en Londres.

El camarero trajo nuestros cafés y supongo que a los dos nos pareció lo más natural del

mundo quedarnos allí clavados, apurándolos, esperando a que se enfriasen un poco y alternando esa espera con conversación vana y apresurada, para empezar a conocernos.

Y así fue como empezó lo de Julian Percival. Un encuentro vertiginoso delante de un café en un hotel de Hawái. Sin girarme ni un momento para ver si Leah seguía ahí, Julian y yo hablamos durante un rato sobre: parecer un turista, la humedad extrema y de como él había volado hasta allí casi directamente desde la Antártida, donde había pasado mucho tiempo.

Cuando lo mencionó creí que me tomaba el pelo.

—¿Qué hacías en la Antártida?

—Soy biólogo. Hemos estado unos años investigando el impacto del cambio climático en los ecosistemas polares —respondió, con una pasión evidente en su voz.

—Suenas fascinante. Tiene que haber sido una experiencia increíble.

—Lo ha sido. Pero también muy solitario. Y ahora llego aquí, de repente, y es todo tan distinto. De repente hay...colores.

Me reí, y entonces me miró de una manera que hizo que mi corazón acelerase un poco su ritmo.

—¿Y tú? ¿Qué te trae a Hawái? —preguntó, girando la conversación hacia mí.

En ese momento me di cuenta de que no me había preguntado mi nombre y fue como un golpe de realidad. Improvisé una respuesta neutra y poco memorable.

—Pues...un poco de todo. Trabajo, descanso, y mi amiga Leah, por supuesto —dije, arrepintiéndome enseguida de mencionar el trabajo.

—Bueno, espero que encuentres lo que buscas aquí —dijo, llamando de nuevo la atención del camarero, que se acercó enseguida.

—¿Desean algo más?

—Añada estos cafés a mi cuenta, por favor. Suite 202 —dijo, justo antes de despedirse educadamente.

CAPÍTULO 2

—Sí, tiene algo —dijo Leah, algo más animada gracias al bol de palomitas que le conseguí cuando Julian Percival se fue—. Y no me parece nada peligroso, al menos a veinte metros de distancia.

—Oh, vamos, no ha sido para tanto —contesté—. Además, podrías haberte acercado.

—¿E interrumpir tu momento de flirteo? Jamás me lo perdonaría.

El cóctel *tiki* de Leah echaba un poco de humo. No sé cómo el camarero había conseguido ese efecto, pero casi que prefería no preguntar.

Suspiré.

—No estábamos flirteando. Ni siquiera me ha preguntado mi nombre.

—¿Y? ¿Acaso se lo hubieses dicho?

—No, por supuesto que no. Por muy lejos que estemos de casa sigo sin bajar la guardia.

—Bueno, dime la verdad. Te ha gustado el tal Julian, ¿no?

Me recosté en mi silla, mirando hacia la puerta por donde él había salido hace unos minutos. Aún sentía el calor de su presencia y su mirada intensa.

Era una pregunta directa que podría responderse con dos letras, pero las cosas nunca eran tan simples para mí.

—No lo sé, Leah —respondí, agitando mi bebida—. Hay algo en él que me intriga, pero también me preocupa. No puedo dejar de pensar que podría ser alguien enviado por papá. Es que encaja a la perfección con el tipo de hombre que me encuentro cuando estoy de viaje y, de repente, se convierte en mi sombra.

—No puedes vivir siempre con miedo, Valeria. No todo el mundo conspira en tu contra. Además, eso se averigua muy rápidamente —Leah sacó su teléfono y empezó a teclear a toda velocidad—. ¿Sabes qué? Vamos a buscar información sobre él. ¿Julian qué más?

—Percival.

Leah arqueó una ceja.

—Ese apellido me suena a dinero. Mucho dinero.

Me hundí un poco más en mi silla.

—No sé si esto es una buena idea. Podríamos no encontrar nada o, mucho peor, encontrar algo que no me guste.

—Googlear es gratis, querida. Lo único que vamos a perder es medio minuto.

Y mi tranquilidad, pensé.

—Aquí está —dijo Leah, enfocada en la pantalla—. Julian Percival, biólogo británico. Aparentemente, es bastante famoso en su campo.

Me enseñó la pantalla de su iPhone y me acerqué para mirarla. Por mi situación familiar, no tengo redes sociales, así que siempre dejo en manos de Leah ese tipo de cosas.

Allí había varias noticias sobre su trabajo en la Antártida, incluyendo artículos científicos y entrevistas. Sentí cierto alivio. Al menos era quien decía ser, y parte de su historia parecía

verdad.

—Mira esto —dijo Leah, señalando un artículo—. ‘El científico británico Julian Percival abandona abruptamente misión en la Antártida’. Esto fue hace tres meses.

—Mmmm. Me parece que eso está mal. Me ha dicho que ha venido directamente a Hawái desde la Antártida.

—Supongo que con un par de escalas.

—Eso no lo sé. La cuestión es que parece recién llegado a la isla. Como nosotras.

Leah me miró. Claramente había un vacío temporal del que no teníamos datos.

—¿Y por qué la abandonó? —pregunté, inclinándome más cerca para leer.

—Dice aquí que fue por razones personales. No hay muchos detalles, pero menciona que estuvo involucrado en una investigación importante sobre el cambio climático —explicó Leah—. Parece fiable, Valeria.

—Tal vez —dije, aunque aún sentía una pequeña punzada de duda—. Pero no puedo bajar la guardia, Leah. Mi padre siempre tiene un ojo en todo lo que hago.

—¿No será que lo que temes es en realidad lo que deseas?

Leah solía tener esa extraña fantasía consistente en que yo me enrollase con alguno de los hombres de mi padre. Y la realidad era que eso jamás había sucedido. Bueno, miento. Había sucedido una vez. Pero hacía siglos y no había tenido ninguna importancia. Respondí monosilábica:

—No.

—Hablando de tu padre, ¿cuál es el verdadero motivo por el que estamos aquí? —preguntó Leah, cambiando de tema—. Sabes que siempre me fascinan las misiones secretas de tu familia.

Suspiré, sabiendo que eventualmente tendría que hablar sobre esto. Miré alrededor para asegurarme de que nadie nos estaba escuchando y bajé la voz. Leah no sabía mucho sobre los negocios de mi padre, Vincenzo Belluci; y si se lo imaginaba o lo sospechaba al menos había tenido la delicadeza de no comentarlo conmigo abiertamente. Pero no era para nosotras un tabú incómodo.

—Papá me envió aquí para reunirme con una mujer llamada Evelyn Nakamura. Es una de las personas más poderosas en el sector inmobiliario de Hawái y le debe un favor. Quiere que supervise una operación relacionada con unas propiedades clave —expliqué, sintiendo el peso de la responsabilidad—. Pero para ser honesta, me ha parecido una ocasión de oro para alejarme un poco de su control. Y por eso estás aquí conmigo, querida, para que te asegures de que, una vez completada la misión, tengamos algo parecido a unas vacaciones.

—Por supuesto. Pero entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cuándo te reunes con ella?

—Mañana. En su oficina, en Honolulu. Me da una pereza tremenda tener que ir hasta la ciudad para ocuparme de esto, pero no me queda otra. Pero bueno, al menos en este hotel idílico...se puede respirar un poco.

—Y alegrarte la vista.

—Exacto.

Leah estiró la mano mientras con la otra empuñaba de nuevo su cóctel humeante.

—Te entiendo. Pero recuerda que esto también puede ser una oportunidad para demostrarle a Vincenzo tu independencia. Que eres capaz de manejar áreas de su negocio tú solita. Y quién sabe, tal vez Hawái tenga más sorpresas para ti y ese científico sexy sea solo un aperitivo.

—Veremos —dije, aunque no podía evitar sonreír un poco.

Leah volvió a mirar su teléfono, recabando más información sobre Julian.

—Mira esto —dijo de nuevo—. ‘Julian Percival, el enigmático científico que dejó la Antártida’. Hay un montón de entrevistas y artículos sobre él. Parece que es un hombre muy respetado en su campo.

—Bien por él, pero no confío del todo...

—Nadie te está pidiendo que confíes ciegamente, Valeria. Solo que te permitas la oportunidad de conocerlo mejor, si se da. No todos los días te encuentras con alguien tan interesante.

—Tienes razón. Soy una paranoica. Voy a intentar relajarme un poco.

—Eso es lo que me gusta oír —dijo Leah con una sonrisa—. Ahora, ¿qué te parece si disfrutamos un poco más de esta noche antes de que empiece tu misión mañana?

Asentí, sintiendo que por una vez, podía relajarme un poco. Cogimos nuestros cócteles y salimos a la terraza exterior. La música suave y el sonido del mar creaban un ambiente perfecto para dejar de lado, aunque fuera por un momento, las preocupaciones que siempre me acompañaban. Leah y yo continuamos hablando de tonterías, fichando a todo el mundo, riendo y disfrutando de la atmósfera del bar. Tratando de vivir el presente sin pensar demasiado en el futuro.

Cuando el alcohol había hecho un poco de efecto, —momento en el que siempre dejaba de beber— miré a Leah agradecida.

—No sé qué haría sin ti. Siempre puedo contar contigo.

—Siempre estaré aquí para ti, Valeria. En las buenas y en las malas —respondió, levantando su copa—. Por la amistad y por las nuevas oportunidades.

Hicimos un brindis y me recreé en la calidez del licor. Por qué no. Tal vez ese viaje a Hawái podía ser el comienzo de algo nuevo. Un punto y aparte.

—Iré a ver a Evelyn mañana. Haré lo que he venido a hacer y después tendremos una semana por delante solo para disfrutar.

—Así se habla.

Nos quedamos un rato más en el bar, hablando de cosas triviales mientras yo, secretamente, esperaba ver de nuevo a Julian. Pero no había ni rastro de él. De repente quería saber más. Quería saber qué hacía en aquel hotel, cuándo había llegado exactamente a Hawái, si hacía meses que había abandonado el Polo Sur.

La noche era agradable. Sentí que, por primera vez en mucho tiempo, podía relajarme y ser yo misma sin la sombra constante de mi padre y sus desmesuradas expectativas.

—¿Te imaginas si todo esto funcionara y pudieras apartarte un poco de él? —preguntó Leah de repente. Sabía muy bien lo omnipresente que era Vincenzo en mi día a día porque me quejaba a menudo.

—No puedo negar que fantaseo con ello, aunque sea solo un sueño por ahora —respondí, sabiendo que todavía tenía un largo camino por recorrer—. Pero estoy decidida a intentarlo. Quiero una vida diferente, Leah. Una donde pueda elegir por mí misma. Aunque eso suponga renunciar a ciertos privilegios.

—Y lo lograrás.

Salimos del bar y nos dirigimos hacia nuestra *suite*, dejando el mar a nuestras espaldas. Subimos en el ascensor, riéndonos de alguna tontería y, al entrar en la enorme habitación me sentí un poco más ligera. En el suelo, junto a la puerta, había un sobre y en él, mi nombre escrito.

Valeria Bellucci

Fantaseé por un momento con cartas de amor, con una nota del guapo científico que me había invitado a un café, más por educación que por verdadero interés. Y entonces recordé que no. Que Julian Percival no sabía mi nombre. Todavía.

CAPÍTULO 3

Me ajusté las gafas de sol para evitar que la exuberante vegetación de la isla desbordase mis sentidos. Estaba en el coche, camino de Honolulu, y el sol brillaba mientras me deslizaba en el asiento trasero del Uber. El conductor, un hombre amable de unos cuarenta años, me saludó con una sonrisa mientras ajustaba el GPS para llegar a nuestro destino: la casa de Evelyn Nakamura en Honolulu.

—¿Su primera vez en Hawái? —me preguntó, tratando de entablar conversación.

—No, la verdad es que no —respondí, forzando una sonrisa. No tenía ganas de hablar, mi mente estaba ocupada con todo tipo de pensamientos y preocupaciones.

La nota que encontré debajo de la puerta, obviamente, no era de Julian Percival. En ningún momento le había dicho cómo me llamaba.

Dentro del sobre había una nota muy escueta, y provenía de la recepción del hotel. Habían llamado y habían pedido que dejasen un mensaje en mi habitación:

"Reunámonos en mi casa a las 10 AM. Evelyn Nakamura".

Y debajo, su dirección. Al final no tenía que ir a su despacho. Era una desviación de lo planeado, pero en el mundo en el que crecí, este tipo de cambios eran comunes y, a menudo, peligrosos.

Mientras el coche avanzaba por la carretera costera, no podía dejar de pensar en la reunión. Papá había sido claro en sus instrucciones. Evelyn le debía un favor, y él quería cobrarlo a través de una operación inmobiliaria crucial. No conocía todos los detalles, solo sabía que implicaba grandes sumas de dinero y, probablemente, algo ilegal.

Intenté no pensar una vez más en cómo había llegado a este punto, pero era imposible. Siempre había estado a la sombra de mi padre, Vincenzo Bellucci, uno de los capos de la mafia de Nueva York.

Desde pequeña, había aprendido a desconfiar de todos, especialmente de los hombres. Sabía que cualquier acercamiento podía ser una trampa, una forma de controlarme aún más. Pero me consolaba un poco pensar que si tomaba un papel activo y prominente en todo aquello, eso me ayudaría a proteger a Greta, mi hermana pequeña.

Recibir aquella nota había significado tan solo un triste recordatorio de lo que había ido a hacer en Hawái. Temor, resignación...Estaba atrapada en una vida que no había elegido, una existencia en la que cualquier intento de desviarme era visto como una amenaza.

Mientras avanzábamos con el coche pensé otra vez en Julian Percival, el misterioso huésped del hotel. Era como si él, la idea de él, estuviese creciendo en mi interior. Había sido un soplo de aire fresco, pero sabía que no podía permitirme soñar con algo más allá de un coqueteo.

Si era muy discreta, incluso podría tener un breve escarceo, fantaseé. Un romance de esos exprés de cinco o seis días en los que a veces me recreaba. Siempre guardando mi corazón. Siempre intentando no enamorarme. Los hombres de mi padre siempre estaban vigilando. Eran sus “ojos”, incluso aunque yo no pudiese verlos. Estaban en la isla. Seguro. Sentía esos ojos en mí, aquella presencia constante y opresiva.

—¿Se encuentra bien, señorita? Hay muchas curvas por esta zona. ¿Se marea? —preguntó el conductor, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

—Sí, gracias. Tengo una reunión...solo estoy un poco nerviosa —mentí, intentando sonreír.

El chófer asintió y volvió a centrarse en la carretera. Observé el impresionante paisaje, intentando calmarme un poco. Palmeras, playas salvajes y doradas y el azul del océano se extendían a mi alrededor aunque yo no pudiese disfrutarlo del todo. Mi mente estaba demasiado ocupada con lo que vendría.

Evelyn Nakamura era una de las mujeres más poderosas en el ultra competitivo sector inmobiliario de Hawái. Su nombre era sinónimo de éxito y discreción. Había oído ciertas historias sobre su ascenso meteórico y sobre cómo había construido un imperio a partir de la nada. Y ahora, gracias a mi padre, estaba en sus manos.

El Uber se detuvo delante de una imponente mansión en la ladera de una colina, con vistas espectaculares sobre la capital de la isla de Oahu, Honolulu.

El conductor me ayudó a salir del coche, una deferencia que no esperaba. Respiré hondo antes de caminar hacia la entrada. La puerta se abrió antes de que pudiese tocar el timbre y una mujer alta y elegante, de unos cincuenta años, me saludó.

—Eres la joven Bellucci, ¿verdad? Soy Evelyn. Pasa, por favor —dijo con una correctísima sonrisa.

Extendí mi mano.

—Valeria —le dije—. Gracias por recibirme, señora Nakamura.

—Llámame Evelyn, por favor.

Me condujo a una sala amplia con ventanales que ofrecían una vista completa del océano. Nos sentamos en un par de sillones cómodos y me ofreció una taza de té. La rechazé educadamente. Jamás bebo nada en este tipo de reuniones, algo que no podía sorprender a mi anfitriona.

—Tu padre y yo tenemos una larga historia, Valeria. Me alegra finalmente conocerte —dijo, con una sonrisa bastante creíble—. ¿Primera vez en Hawái?

—El sentimiento es mutuo, Evelyn. Bueno, es la tercera vez, de hecho. Como ya sabe, estoy aquí para discutir los términos de la operación que mi padre mencionó —respondí, yendo al grano y tratando de mantener la calma.

La expresión de su rostro cambió un poco, mostrando cierta sorpresa. *A lo mejor has sido demasiado brusca, Valeria, pensé.*

—Oh. Por supuesto. Vamos a ello. Yo también tengo una mañana complicada. Ah y tutéame, por favor —dijo, asintiendo.

Sacó una carpeta de un cajón cercano.

—Tengo entendido que Vincenzo quiere asegurarse de que estas propiedades cambian de manos discretamente. Hay varios candidatos, pero todos ellos tienen sus propios intereses. Tu trabajo en este caso sería mediar con ellos y asegurarte de que las cosas se hagan según sus términos —explicó, entregándome el dossier.

La abrí y comencé a leer los documentos por encima. No entendía todos los detalles, pero sabía que estaba en medio de algo grande y potencialmente peligroso.

—Me pregunto qué gano yo con todo esto... —murmuré en voz baja.

Evelyn me miró, sorprendida.

—Ayer hablé con Vincenzo directamente. Tu padre mencionó que si esto sale adelante podrás tener más libertad para decidir tu futuro. Sabes que no es un hombre de muchas palabras...pero yo diría que esta es una buena oportunidad para ti. Para seguir con sus negocios.

La miré horrorizada. Quería contestarle que no, que gracias, que yo tenía mis propios planes y sueños, pero no quería compartir mis preocupaciones con una señora de la mafia de Hawái. Recordé que tenía que ser diplomática y que aquella pesadilla solo duraría unos días.

Aunque en algo sí tenía razón. Mi padre no era conocido por su generosidad, pero si esta operación me daba una mínima posibilidad de escapar un poco más de su control, valía la pena intentarlo.

—Lo haré —dije finalmente—. Pero necesito tu palabra de que todo se mantendrá lo más discreto posible.

—Tienes mi palabra, Valeria —respondió Evelyn—. Y si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Asentí y guardé la carpeta en mi bolso. La reunión había sido más rápida de lo que esperaba, pero aún tenía muchas preguntas sin respuesta. Me levanté y estreché la mano de Evelyn antes de dirigirme a la puerta.

—Tienes una casa fantástica.

Puso la mano sobre su cintura. Vestía un caftán colorido y fabuloso.

—Gracias. Tal vez otro día contemos con más tiempo y pueda enseñártela a fondo. O tal vez, no sé, podríamos reunirnos en la piscina, hacer algo más relajado.

—Eso suena genial.

—Dime una cosa, Valeria. No estás prometida, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Tu padre... no ha previsto marido para ti.

A pesar de lo intenso de aquel encuentro, estuve a punto de soltar una carcajada. Estuve a punto de decirle que no, que no estábamos en el siglo veinte y que los hombres de negocios italianos ya no buscaban maridos específicos para sus hijas. O al menos eso creía entonces.

—No me consta nada de eso, Evelyn.

—Oh. Bien. Entonces no es tan malo como crees. Tal vez es cierto que Vincenzo confía al cien por cien en ti y te pasará parte de sus negocios antes de lo que crees.

Me encogí de hombros.

—Mi único trabajo ahora mismo es cumplir con los encargos puntuales de mi padre —le dije, tratando de sonar lo más neutra posible.

—¿Puedo darte un consejo?

No estaba segura de necesitar nada de Evelyn, pero asentí.

—Mantén la cabeza fría y no te enamores. El amor complica los negocios, sobre todo cuando estás empezando. Si recuerdas eso todo irá bien.

CAPÍTULO 4

Me despedí de Evelyn, y en cuanto vi el Uber aparecer de nuevo a la entrada de su verja, sentí que me había quitado un peso de encima. Había dado el primer paso, pero sabía que tenía que hacer esas llamadas lo antes posible. Fui hacia el coche y le confirmé al conductor la dirección del hotel.

La documentación que me había dado Evelyn seguía intacta en mi bolso. Podría esperar hasta que llegase. Enseguida me sumí en mi torbellino habitual de pensamientos, y en aquel particular consejo de la señora Nakamura.

El amor complica los negocios.

Lo único que yo sabía del amor era que no es algo que está bajo tu control. O al menos no al cien por cien. Entonces, ¿a qué se refería? ¿Y por qué parecía conocer tan bien lo que iba a hacer mi padre conmigo si hacía siglos que no se veían?

Las promesas de Vincenzo siempre venían con un precio. Y aunque anhelaba la libertad, sabía que tendría que luchar por ella. Mientras el coche avanzaba por la ladera colindante a Honolulu, miré el paisaje una vez más, intentando encontrar algo de paz en medio del caos de mi vida.

Cuando llegué al hotel fui directamente a buscar a Leah. Estaba, como no, tomando el sol junto a la piscina. Su presencia me reconfortaba, aunque sabía que no era una simple concesión de mi padre. Me dejaba traerla, simplemente, para que pareciese que estaba de vacaciones y no levantase muchas sospechas a mi alrededor. Y porque consideraba que mi hermana Greta, a sus diecinueve años, era demasiado joven.

—¿Cómo fue con la señora? —preguntó, levantándose nada más verme.

—Bien. Ha sido rápido, tenía un casoplón y me ha dicho que me irá mejor en la vida si no me enamoro.

Me senté en una de las hamacas y Leah se acomodó de nuevo donde estaba.

—Pues genial, ¿no? ¿Has de hacer algo más?

—Unas llamadas. Tal vez visitar a algunos clientes de mi padre y de Evelyn. Pero hoy no. Primero quiero estudiarme bien la documentación que me ha pasado.

—Hoy no. Genial. Aunque respecto a lo de no enamorarte...tengo malas noticias. Julian Percival está intentando localizarte.

—¿Qué?

Leah estiró el cuello, como si buscase a alguien.

—Hace un rato. Se ha acercado cuando me ha visto, y me ha preguntado por ti. Y por tu nombre.

El corazón se me aceleró.

—¿Qué nombre le has dicho?

Esa era toda mi preocupación. Qué triste.

—Solo Valeria.

—Pero, ¿qué te ha dicho exactamente?

Leah sonrió. Tenía información y eso la hacía al instante muy poderosa.

—Nada. Solo me ha preguntado por mi amiga, me ha dicho que fue muy idiota por no preguntarte tu nombre, y que tal vez fueron los nervios.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que habías salido a una reunión. Pero no sé si me ha creído.

—¿Por qué no?

Leah se rio.

—Valeria, mira a tu alrededor. Nadie aquí está trabajando.

—Bueno. ¿Y qué más?

—Nada más. Se ha ido, me ha dicho que esperaba verte de nuevo por aquí. Para otro café.

Leah me guiñó un ojo. Me pregunté si todo aquello era producto de su imaginación, pero no la veía con suficiente energía esa mañana como para inventarse aquella pequeña farsa solo para distraerse.

La cuestión era que había vuelto, que me buscaba.

Me levanté de la hamaca y eché un vistazo por el recinto de la piscina, parapetada detrás de mis gafas de sol. Había previsto pasar la tarde estudiándome los documentos de Evelyn Nakamura, pero si se me presentase la oportunidad de tomar otro café con Julian, ¿cómo iba a decir que no?

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Leah.

—Siempre tengo hambre.

—¿Comemos algo y luego...lo que surja?

—Lo que surja, con el científico loco.

—¿Científico loco?

—Loco por tus huesos.

—Dios, Leah...Tener una conversación contigo es...

Algo captó mi atención. Mientras caminábamos ya sentía una incomodidad creciente, como si estuviéramos siendo observadas. Pero al llegar al restaurante, mi afilado instinto se confirmó.

Dos hombres, tratando de mezclarse entre los huéspedes, llamaron mi atención. Eran exactamente el tipo de hombres que mi padre contrataría para vigilarme.

—Leah, ¿ves a esos dos tipos cerca del bufé? —susurré, tratando de no parecer demasiado obvia.

—Sí, los veo. No me digas que...¿Son de tu padre?

—Apuesto cualquier cosa a que sí. Y estoy harta de esto. —la frustración bullía en mi interior, y decidí confrontarlos.

Dejé la bandeja donde estaba y caminé directamente hacia uno de ellos, un tipo corpulento con gafas, a pesar de que Leah me llamaba para evitar que sucumbiese a mis impulsos. El tío se dio cuenta de que me dirigía a él y trató de desviar la mirada, pero ya era demasiado tarde.

—Sé quién eres y sé por qué estás aquí —dije, mirándolo fijamente a los ojos—. Dile a Vincenzo que estoy bien y que no necesito ni quiero su vigilancia constante.

El hombre no dijo nada, solo me miró con una expresión indescifrable. Sentí una oleada de rabia, y justo cuando estaba a punto de darle la espalda, vi a alguien más. No había dos, sino tres de los hombres de mi padre. Joder. ¿Cuándo habían llegado? El tercero era, por desgracia, alguien que conocía muy bien. Me sujetó por el codo con delicadeza y me apartó un poco de su compañero.

—¿Tú? —dije, sorprendida al ver a Marco, el hombre con el que había tenido una historia de una noche hacía un par de años. Era alto, canónicamente guapo y con una sonrisa arrogante que siempre me había atraído y repelido al mismo tiempo.

Marco es ese único desliz que he tenido con uno de los hombres satélite de papá. Y no es algo de lo que me sienta especialmente orgullosa.

—Hola a ti también, Valeria —dijo, con una sonrisa de lo más relajada—. Me encanta verte de nuevo.

—¿Qué haces aquí, Marco? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.—Solo estoy haciendo mi trabajo. Nada personal. No es un mal sitio, ¿verdad?

—¿Nada personal? —repetí—. Siempre es personal cuando se trata de mi padre.

Se encogió de hombros y volvió a mostrarme sus dientes blanqueados. Como si estuviese relajado. ¡Ja! Marco NUNCA estaba relajado. Su presencia allí era la gota que colmaba el vaso. No solo me seguían y vigilaban cada vez que me subía a un avión, sino que habían tenido la poca mano de enviar a alguien con quien tenía un pasado complicado. Estaba harta de ser controlada, de ser observada cada segundo de mi vida.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras, Marco. Pero no vas a arruinar mis vacaciones.

Se rio. Se acercó un poco más a mí, manteniendo la distancia prudencial en todo momento. Sinceramente, estaba segura de que los otros dos gorilas sabían muy bien lo que había sucedido entre nosotros, así que no tenía mucho sentido disimular.

—Me temo que esto no son vacaciones, Valeria. La operación de Nakamura tiene que quedar resuelta esta misma semana.

—No hace falta que me recuerdes mis obligaciones. Voy a ocuparme de eso en los próximos días. Y después voy a pasar unos días de descanso en esta isla con mi amiga. Y quiero que, en cuanto termine mi trabajo, desaparezcáis de mi vista.

Marco me miró a los ojos. Dios mío, cómo era posible que de todo lo que hubo, de aquella obsesión que duró meses, no quedase en mí absolutamente nada.

—¿Sabes qué, Valeria? Haz lo que quieras. Yo solo cumplo órdenes de Vincenzo. Si tienes algún problema, habla con él. Esta es la última vez que hablamos dentro de este recinto. Déjanos trabajar desde la distancia y todo irá bien.

Apreté los labios, como si eso me ayudara a contener la rabia.

Sentía ganas de abofetearlo, pero no quería que ese idiota viese cómo perdía el control de mis emociones. No le iba a dar ese gusto. Me giré y me marché de allí. Fui a buscar a Leah, que contemplaba muy seria aquella escena.

—Decías que Julian Percival me buscaba, ¿no? Pues creo que hoy es el día perfecto para una cita romántica en el paraíso.

CAPÍTULO 5

Leah me miró sorprendida, pero asintió rápidamente. Comimos algo más o menos rápido y después nos dirigimos de vuelta al vestíbulo del hotel, decididas a encontrar a Julian y, al menos por un día, escapar de la opresiva sombra de Vincenzo.

Mientras caminaba a mi lado, Leah parecía pensativa, como si la presencia de los hombres de mi padre le hubiese descolocado, pero no sorprendido.

Fuimos directas al bar del hotel, y entonces lo vi. Julian estaba sentado en la barra, exactamente en el mismo sitio en el que nos encontramos el día anterior. Tomaba un café y miraba su teléfono y...¿me esperaba?

Me fui directa hacia él. Me pregunté si Marco ya estaría vigilándome desde la distancia. Como si intuyese mi energía, Julian desvió la mirada de su teléfono para encontrarse con la mía. Su expresión se iluminó al verme.

—Me han dicho que me buscabas —dije, tratando de sonar casual.

—Valeria. Sí. Quería saber si te gustaría salir a explorar un poco. Hay una playa no muy lejos de aquí que es increíble al atardecer —respondió, levantándose para saludarme.

Sonreí.

¿Lo había conseguido? ¿Había captado la atención del científico?

—Eso suena perfecto —contesté automáticamente, sin pensar en la documentación que me había dado Evelyn y que apenas había abierto—. Leah, ¿nos acompañas?

Ella negó con la cabeza.

—No. Disfrutad. Este calor me agota un poco, creo que voy a echar una siestecita en la habitación.

No traté de convencerla, como hubiese hecho en cualquier otra situación. Leah no dormía siestas. De hecho, dormía bastante poco, con lo cual entendí enseguida que quería dejarme a solas con él. Julian tampoco dijo nada.

—Entonces, ¿vamos? —pregunté.

—Vamos —dijo Julian, sonriendo.

Mientras salíamos del hotel, sentí los ojos de los hombres de mi padre sobre mí, pero por una vez, no me importó. Estaba decidida a vivir mi vida, a tomar mis propias decisiones, incluso si solo era por un día.

Caminamos en silencio durante unos diez minutos, recreándonos en el sol que se colaba entre nubes invasivas y en un coro de gaviotas que parecía acompañarnos en nuestro paseo. Finalmente Julian rompió el hielo.

—¿Todo bien? Parece que tienes mucho entre manos —dijo, observándome por encima de sus gafas de sol.

—Sí, un poco —admití—. Pero hoy quiero olvidarme de todo eso.

—¿Es por el trabajo?

Recordé lo que había leído sobre él en Internet, lo de su repentina marcha de la expedición

científica y todo eso. Me pregunté cuánto de él podría desentrañar en esa tarde, pero apenas podía pensar. De repente tenía vértigo. A veces no era consciente de lo que significaba dejar entrar a alguien nuevo en mi destartada existencia.

—Por mil cosas. Me cuesta desconectar los primeros días...

—Entonces, Valeria, ¿qué te trae a Hawái? —preguntó Julian, mirándome con interés.

Le sonreí, pensando a toda velocidad cómo responder sin revelar demasiado.

—Echo una mano a mi padre con unos negocios inmobiliarios que tiene en la isla —le lancé una nueva sonrisa evasiva—. ¿Y tú? ¿Por qué Hawái? Supongo que es un enorme contraste con la Antártida. Eso suena... extremadamente frío.

—Sí, es bastante diferente de todo esto, eso es seguro. Necesitaba un cambio de escenario. ¿Y tú? ¿Siempre trabajas en lugares tan paradisíacos?

—No. En absoluto —contesté, dejándole entrever que había mucho más en mi historia.

Me estudió por un momento, parecía intrigado.

—Sospecho que hay más detrás de esa respuesta.

Le devolví la mirada, apreciando su curiosidad. Aquella conversación era de las que te agotan, una especie de competición, un esfuerzo por reconducirla hacia otro terreno.

—Tal vez. ¿Y qué hay de ti? ¿Por qué dejaste la Antártida por Hawái?

—Uf, larga historia. Digamos que hubo... complicaciones personales. Una mujer...una compañera de trabajo con la que no me entendía en absoluto. Pensé que un cambio de paisaje me ayudaría a aclarar mi mente. Además, tengo un viejo amigo hawaiano que siempre me insistió para que lo visitara —dijo Julian, con un toque de melancolía en su voz.

Vaya.

Una mujer.

¿Hubo algo entre ellos? No me atrevía a preguntárselo. Aún así sentí una punzada de empatía y decidí abrirme un poco más. *Despacio, Valeria. Poco a poco.*

—Los cambios de escenario son buenos para el alma. A veces, es necesario alejarse de todo para ver las cosas con claridad.

—¿Entonces eso es lo que estás haciendo aquí? —preguntó Julian, sonriendo.

El verdadero motivo por el que estaba allí era para alejarme del entorno de mi padre. Pretendía hacerlo poco a poco, pero aquella distancia abismal entre Hawái y Nueva York no era un mal comienzo.

—Algo así —respondí, pensando en la vigilancia constante a la que me veía sometida.

Llegamos a un sendero que nos llevó hasta un acantilado cercano. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas era hipnótico, y el sol comenzaba a teñir el cielo de tonos naranjas y rosados.

Los dos estábamos a la defensiva, estaba más que claro.

Ambos llevábamos una contundente mochila a cuestas y estábamos tanteando nuestros respectivos terrenos.

—Este sitio es impresionante —dijo Julian, deteniéndose para contemplar la vista.

Nos sentamos en la hierba cerca del borde del acantilado, observando cómo el sol se sumergía lentamente en el horizonte. El silencio era cómodo, acompañado de una tensión suave que no necesitaba palabras. Cuando puedes estar callada junto a alguien que acabas de conocer y no pasa absolutamente nada, es posible que te estés cruzando con alguien especial.

—¿Alguna vez has sentido que estás huyendo de algo, pero al mismo tiempo, hacia algo? —preguntó.

—Todo el tiempo —respondí, sorprendida por lo fácil que era ser honesta con él—. A veces,

siento que estoy atrapada en una red de expectativas y responsabilidades que no son realmente mías.

—Lo entiendo. Las expectativas de otros pueden ser como una prisión. Pero también una oportunidad para descubrir lo que realmente queremos.

—¿Tú has descubierto lo que realmente quieres?

Se encogió de hombros.

—De momento voy a volver a Nueva York en septiembre. Estoy planteándome una oferta de la Universidad para dar clases allí como profesor asociado y pronto se me agota el plazo para aceptarla. Pero ya he decidido que es lo mejor para mí ahora mismo. Este tiempo en Hawái me ha dado la oportunidad de reevaluar muchas cosas.

—Pero...entonces, ¿no acabas de llegar a las islas?

Se rio.

—No, no. Oh, claro, el *timeline* es confuso. Como te decía, tengo un amigo aquí. Estudiamos juntos y hemos coincidido en algunas expediciones científicas. Él vive en la isla de Maui. He pasado algo más de dos meses allí.

—¿Y de Maui has saltado a Oahu?

—Exacto, ha sido por una pequeña reunión familiar. Cassandra...mi madre...ha estado aquí unos días, con mi hermana pequeña y una amiga suya. He pasado cinco días con ellas y cuando se fueron decidí quedarme unos días más, en el hotel, antes de volver definitivamente a Nueva York.

—Entonces...¿has descubierto aquí lo que realmente quieres? —pregunté, sintiendo la intensidad de su mirada.

—Estoy en el proceso. Este tiempo en Hawái me ha dado la oportunidad de reevaluar muchas cosas. Conocer gente nueva, explorar nuevas posibilidades —Julian sonrió—. Y conocerte a ti.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Si hacía caso a las inequívocas señales de mi cuerpo, aquel hombre misterioso e inesperado estaba interesado en mí.

—Ayer no me preguntaste mi nombre.

—Soy un desastre para las formalidades, pero espero haberlo subsanado.

—Sabes que yo también vivo en Nueva York, Julian...—empecé a decir, como una idiota.

Él sonrió. Se acercó un poco más a mí. Ya estábamos muy juntos.

—Sí. Lo sé. Pero ahora estamos en el paraíso, ¿no crees?

—Quizás ambos estamos aquí para descubrir algo nuevo. Tal vez incluso encontrarnos a nosotros mismos en el proceso —dije, sin apartar la mirada de sus ojos.

Julian se inclinó hacia mí, manteniendo su mirada fija en la mía.

Estaba muy claro lo que estaba pasando allí.

Y estaba más claro todavía lo que Julian quería.

Cualquier mujer lo habría sabido.

—Tal vez —murmuró, y antes de que pudiera decir algo más, sus labios encontraron los míos.

El beso fue suave al principio, un cúmulo de exploración y curiosidad, pero pronto se volvió más apasionado, como si ambos acabásemos de encontrar algo que habíamos estado buscando durante mucho tiempo.

Pero yo sabía muy bien que la química y las hormonas estaban haciendo estragos en mi cuerpo.

Julian solo quería acostarse conmigo.

Eso es lo que me dictaba mi intuición.

Y para mi desgracia, mi instinto no suele equivocarse.

CAPÍTULO 6

Nos separamos lentamente, y el mundo pareció detenerse por un momento. Sonreí, sintiendo las mariposas muy fuerte. Aquellas mariposas que rara vez me visitaban y que ya me parecían problemáticas.

—Esto es un buen comienzo —dijo Julian, con una sonrisa traviesa.

—Sí, lo es —respondí, sintiéndome más viva que nunca.

Me miró con cierto apetito, pero sin atreverse a despegar sus manos del suelo para acercarlas a mi piel.

Estudié un poco nuestro entorno. No había nadie por allí, estábamos completamente solos y sin embargo...los ojos. Sentía los ojos de mi padre clavados en mi nuca, estudiando cada uno de mis movimientos.

—¿Volvemos al hotel?—le pregunté, otra vez paranoica—. Quiero ver qué está haciendo Leah.

—Claro. ¿Ella también tiene trabajo?

—En realidad no, solo aprovecha la logística para marcarse unas buenas vacaciones...

Se rio. Caminamos de vuelta al hotel en silencio, disfrutando de la compañía del otro. Pero al llegar al vestíbulo, mi corazón se hundió. Marco estaba allí, pululando cerca del mostrador de recepción, con sus ojos fijos en nosotros desde el momento en que cruzamos las puertas, y una expresión de celos y frustración en su rostro.

Sentí una extraña satisfacción.

Julian y yo nos dirigimos de nuevo hacia el bar que hay cerca de la piscina, el punto exacto donde nos habíamos despedido de Leah. Pasé muy cerca de Marco. Incluyó la cabeza a mi paso, suficiente saludo para él. Yo lo ignoré.

Julian, que parecía bastante perspicaz, se dio cuenta de aquella absurda tensión.

—¿Qué le pasa a ese?

—Todo está bien. Solo es un viejo conocido —dije, tratando de mantener la calma.

—Espero que estés disfrutando de tu estancia, Valeria —dijo Marco cuando lo dejamos atrás, muy probablemente con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Estoy segura de que lo haré —respondí, agarrando la mano de Julian con firmeza y llevándolo hacia la piscina.

Lo sabe.

Probablemente ni se había movido de allí y Marco ya sabía que aquel chico me interesaba. Y seguramente sabía también que aún no había cumplido con mi encargo, así que se aseguraría de que mi padre lo supiese todo. Pero por primera vez, no me importaba. Estaba decidida a vivir mi vida, y nadie iba a detenerme.

Al salir de nuevo al exterior Julian me miró con preocupación.

—¿Estás segura de que todo está bien?

—Sí.

Era evidente que no iba a dar muchas más explicaciones, así que Julian, prudente, optó por no hacer más preguntas. Dimos una vuelta por la piscina y no vi a Leah. A lo mejor lo de la siesta era verdad y todo.

—Julian, creo que voy a ir a nuestra *suite* un rato. Veré si Leah está allí, y de todas formas tengo un poco de trabajo que estaría bien terminar hoy.

Él asintió.

Insistió en acompañarme hasta la puerta. Me gustó imaginarme que Julian Percival quería estar seguro de dónde dormía.

Y su segundo beso, delante de aquella puerta blanca, fue casi mejor que el primero.

Me recreé otra vez en sus labios.

—Nos vemos pronto —susurró junto a mi oído.

Aquellas palabras me arrancaron un escalofrío. Supongo que mi sonrisa le decía que estaba completamente entregada a su causa, —a pesar de los agentes externos que me vigilaban,— y ahora también a él.

—Ahora sabes dónde encontrarme —le dije, coqueteando—. Ya no hace falta que me busques por ahí.

Se apoyó un momento en el marco de la puerta.

—Pero supongo que solo podría encontrarte aquí en mitad de la noche.

Me iba a desmayar con aquel intenso flirteo.

Otro beso. Este fue más rápido, más conciso.

Y Julian se fue, dejándome en la puerta de mi habitación, temblorosa y deseando aquello que se alejaba.

Abrí la puerta, pero allí no había ni rastro de Leah.

La *suite* en la que nos alojábamos era enorme y tenía dos dormitorios. Me acerqué al suyo y observé el signo inequívoco de que se había echado una siesta encima de la cama. Pero ella no estaba.

Me acerqué a mi mesita de noche y cogí mi teléfono, que había dejado cargándose hacía horas. No tenía nada de Leah, pero sí un mensaje de mi padre. Era directo y conciso, como siempre:

¿Todo bien con el encargo de Nakamura?

Aquella pregunta, no por esperada, era para mí menos incómoda. Eché un vistazo a la carpeta con la documentación que me había entregado Evelyn y que aún no había tocado. En ella tenía los datos de contacto de las personas a las que tenía que llamar de inmediato. No había hecho absolutamente nada todavía. La desidia era total. *A lo mejor es el calor*, pensé. Este encargo Bellucci, en un sitio como Hawái, en verano...

Le contesté igual de breve y directa que él, porque sabía muy bien que no hacerlo sería peor. Empezarían las llamadas —diarias— y sus hombres, alojados en el hotel, empezarían a acecharme de una forma mucho más intensa.

Ya me reuní con Evelyn...

Empecé a teclear. Después lo borré, porque era evidente que eso él ya lo sabía. Lo que quería eran resultados. Pensé en echarle en cara que sabía muy bien de la presencia de Marco y sus esbirros en el hotel, pero mi padre no se lo tomaría bien. Él solo quería proteger a su *niña*. Esa

era una premisa que solía valerle para todo, para justificar muchas de las cosas que hacía.

Al final escribí:

Papá. Estoy en ello. Te llamo en cuanto esté todo atado.

Pulsé en “enviar”. Con él, lo mejor era ser directa y breve. No añadir palabras que implicasen plazos como *mañana*, *rápido*, o cualquier día de la semana. Esos términos implicaban un marcaje que no me dejaría disfrutar de aquel sitio. Ni de Julian Percival.

¿Sabría ya mi padre de su existencia?

Tal vez sí.

Solía estar bien informado de quiénes eran cada una de las personas que me rodeaban. Si uno de sus hombres me había visto con él, haría un pequeño seguimiento y el rodillo solo se pondría en marcha si había un segundo encuentro. Y lo había habido. Vaya si lo hubo.

Fui a la nevera y me serví un vaso de limonada fría. Después me resigné, acusé una severa falta de energía y supe de inmediato que necesitaba un café cargado. Si no me dormiría encima de aquellos papeles.

Estuve leyéndolos hasta pasadas las ocho de la tarde, cuando Leah volvió a la *suite*, sonriente y relajada. Bajamos juntas a cenar. No fue muy clara cuando le pregunté dónde había estado toda la tarde.

CAPÍTULO 7

El día siguiente arrancó bastante temprano. Estaba decidida a cumplir con el encargo de papá lo antes posible, para así poder tomarme unos días de descanso y reflexión, explorar un poco la isla y, sobre todo, ver de nuevo a Julian.

No lo había visto la noche anterior. Había pensado en buscarlo por alguno de los restaurantes para que se uniese a Leah y a mí y nos acompañase en la cena, pero no lo encontré por ningún sitio.

Tampoco me pareció apropiado recorrer todas las habitaciones de la planta dos para ver si estaba por allí. Era absurdo que no nos hubiésemos dado nuestro número de teléfono. Ridículo. No podía pasar de la próxima vez.

Pero, en fin... me dije a mí misma para darme fuerzas. *Al lío, Valeria.*

La reunión con Evelyn Nakamura había sido solo el comienzo. Tenía una lista de llamadas y visitas que debía llevar a cabo para cumplir con el encargo de mi padre. Sabía que cuanto antes lo hiciera, antes podría volver a disfrutar de la compañía de Julian. Y esa era una gran motivación mientras me preparaba para enfrentarme a aquel día.

Mi primer destino fue una oficina en el centro de Honolulu. Había acordado una reunión con el representante de una compañía local que debía algunos favores a la familia.

Mientras el Uber me llevaba a mi destino, no podía dejar de pensar en Julian. Su sonrisa, sus ojos curiosos, el tacto de sus labios sobre los míos. Era inevitable, la imagen de su cara y de su cuerpo se proyectaban en mi mente una y otra vez. Todo eso me distraía, pero también me daba una razón para terminar el trabajo lo más rápido posible.

Concéntrate, Valeria.

Tenía una lista muy concreta de visitas que debía hacer. Eran varias, pero si le dedicaba a aquello todo el día, en lugar de dos o tres, iba a poder librarme de aquello y, de paso, complacer a papá.

—Señorita Bellucci, es un placer verla —dijo el representante al llegar a la oficina, extendiendo su mano con una sonrisa formal.

—El placer es mío, señor Kuanu. Espero que podamos resolver este asunto rápidamente —respondí, con una sonrisa profesional.

La reunión fue rápida y eficiente. Acordamos los términos necesarios para la venta de dos naves industriales y antes de que me diera cuenta, ya estaba de vuelta en el Uber, dirigiéndome a mi próximo destino. Pero en lugar de sentirme aliviada, sentí un nudo en el estómago. Julian, de nuevo. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría pensando en mí tanto como yo en él?

Probablemente no, Valeria.

Estaba siendo una ilusa.

Dos o tres besos en un resort de vacaciones...¿qué significado tienen para un hombre que ha

estado años aislado en una expedición científica?

La siguiente parada fue una tienda de antigüedades. Evelyn había mencionado que el dueño tenía información importante que necesitábamos. Mientras caminaba por sus pasillos, llenos de trastos antiguos y misteriosos, mi mente vagaba de nuevo hacia la tarde anterior. El beso con Julian en el acantilado había sido tan inesperado como perfecto...

—¿Valeria, verdad? —dijo un hombre mayor, interrumpiendo mis pensamientos—. Soy Tanaka. Estaba esperando su visita.

La conversación fue breve pero productiva. El señor Tanaka me dio la información que necesitaba y acordamos mantenernos en contacto. Cuando salí de la tienda, sentí una oleada de alivio. Una visita y una llamada más y estaría libre para el resto del día.

Libre para buscar a Julian.

Necesitaba un chute de energía.

Un segundo desayuno, por ejemplo. Así que la llamada, el siguiente punto en mi lista de tareas, fue desde una pequeña cafetería cerca de la playa.

Pedí un café y me senté en una mesa junto a la ventana, mirando las olas mientras hablaba por teléfono. La voz al otro lado de la línea era la de un hombre que debía una gran suma de dinero a un buen amigo de mi padre. Las negociaciones fueron tensas, pero al final, acordamos un plan de pago que satisfacía a ambas partes. En este caso, Evelyn me recomendaba expresamente en su informe no ir a verlo en persona.

No es seguro del todo, me había dicho. No puedes ir a verlo sola. Llámalo, pero que sepa que estás en la isla. Eso debería ser suficiente.

—Gracias por su cooperación, señor Bentley. Espero que podamos resolver esto de manera pacífica —dije, terminando la llamada.

Me quedé una media hora allí, en aquel bonito café con decoración surfera, mirando el oleaje. ¿Qué pensaría Julian si supiese realmente a lo que se dedica mi familia? Sabía que mi vida no era fácil de entender para alguien que no estuviese involucrado en este mundo. Pero algo en él me decía que podría entenderlo, incluso aceptarlo.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando salí de aquel sitio. Me quedaba la última visita. *La más fácil*, pensé, mientras me dirigía de nuevo en Uber a la mansión en las colinas que bordeaban Honolulu. De nuevo, iba a visitar a Evelyn para recapitular y dar parte de mis contactos de aquel día. Y en aquel breve viaje, de nuevo, flashes en mi memoria. Su sonrisa, el beso en el acantilado...

Eran pensamientos cíclicos en los que me recreaba una y otra vez.

Era más que evidente que quería verlo de nuevo.

Quería repetir todo lo que habíamos hecho. Y más, mucho más...

Esta vez no me abrió ella la puerta.

—Señorita Bellucci, bienvenida. La señora Nakamura la está esperando —dijo una empleada, llevándome a una de las piscinas exteriores de su mansión.

Evelyn estaba en bañador, en la terraza, cerca de su ordenador portátil. En cuanto me vio, se levantó y se cubrió con un colorido pareo. Tenía la melena oscura recogida en un turbante blanco. Tampoco estaba sola. Observé que tres hombres fornidos estaban sentados en el otro extremo de la piscina, vigilando nuestros movimientos. Supuse enseguida que era su personal de seguridad.

Así es nuestra vida.

Lo único que pensé en cuanto la tuve delante fue que esperaba no tener que volver a aquella casa nunca más.

CAPÍTULO 8

Gracias a Dios el encuentro con Evelyn fue, de nuevo, breve. Le detallé las conversaciones que había tenido con nuestros contactos y me dijo que pasaría el parte a mi padre en ese mismo día. Ella no podría haber hecho esa tarea, me dijo. Era demasiado “conocida” en la isla de Oahu. Pero aquellos negocios afectaban también a Vincenzo, así que por eso, entre ambos, habían decidido que fuese una nueva cara quien se ocupase. Más joven y tal vez más amable. Era todo cuestión de imagen.

Me agradeció por cumplir con aquellas tareas y me dio algunas instrucciones adicionales para los próximos días. Pero mi mente ya estaba en otro lugar, y sobre todo...en otra persona.

—*Mahalo*, Valeria. Ha sido un placer trabajar contigo. ¿Te quedas unos días más en la isla, no?

—Sí. Con una amiga. Nos alojamos en un resort precioso.

—Sabia decisión. Allí pasarás desapercibida. Espero que disfrutéis de vuestra estancia en Hawái.

De repente parecía pensativa...Me pregunté por su corazón. Si estaba libre u ocupado. No me extrañaría en absoluto que Evelyn Nakamura viviese consagrada única y exclusivamente a sus cuestionables negocios. No había hablado en ningún momento de su familia...

—Tal vez, podáis venir a cenar a casa, antes de que regreses a Nueva York. ¿Qué te parece? No salgo mucho y me gusta recibir invitados de vez en cuando. ¿Qué me dices? Solo tendría que comprobar mi agenda...

Señaló hacia su ordenador portátil.

Me encogí de hombros y sonreí al mismo tiempo. Esperaba con todas mis fuerzas que aquella fuese una de esas invitaciones que simplemente se mencionan pero luego nunca suceden, porque si era verdad iba a tener que ir. A papá no le gustaría nada que rechazase la hospitalidad de su socia hawaiana.

Entonces pensé que, tal vez, Evelyn estaba muy sola.

—Por supuesto —le dije—. A Leah y a mí nos encantaría venir.

Sonrió y estiró un brazo hasta alcanzar el mío.

—Sería solo una cena informal. Nada de negocios esta vez. Es decir, no tendrías que preocuparte de que la naturaleza de nuestro trabajo salga a la luz...

No estaba segura de entender qué me quería decir, pero Evelyn se encargó de aclarármelo.

—Me refiero a tu amiga. Ella no está en el sector, ¿verdad?

¿El sector? Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Oh, no. No. Ella solo está aquí de vacaciones. De hecho tendría que preguntarle si estaría libre...

Qué tontería, en realidad. Por supuesto que Leah iba a estar libre. ¿Acaso tenía algo mejor que hacer? Y tampoco era alguien que se asustase fácilmente de los negocios de los Bellucci. Que no hablásemos abiertamente de ello no significaba que Leah fuese tonta. Sabía muy bien lo

que había en mi familia.

—Perfecto. Te enviaré un e-mail en los próximos días. ¿Todo bien en la isla, entonces? Si necesitas algún tour privado, u os apetece hacer alguna actividad concreta, puedo decirle a mi equipo que te envíen a alguien.

Su equipo.

Ahá.

—Te agradezco muchísimo, pero Leah y yo solo pensamos en descansar y tomar el sol. Y beber esos cócteles deliciosos mientras vemos los espectáculos de *hula*...Así que nos dedicamos a improvisar.

Evelyn se rio.

—No es un mal plan.

Al salir de la mansión sentí que me había quitado un peso de encima. Había cumplido con mis deberes por hoy y ahora, libre de todo, solo quería encontrar a Julian Percival en algún rincón del hotel. Se me escapaba un poco qué hacía allí, solo, bañándose en el mar. No parecía alguien que pudiese disfrutar a fondo de un plan así.

Mi mayor temor era llegar, no encontrarlo, preguntar por él en recepción y que hubiese salido hacia el aeropuerto sin dejarme ni una maldita nota. De repente sentía esa ansiedad. Y necesitaba verlo, necesitaba saber qué pensaba, cómo me veía. ¿Iba a ser solo una aventura de verano para él? ¿O había algo más?

Estás siendo una ilusa, Valeria, pensé.

En el Uber de vuelta al hotel saqué mi teléfono del bolso y tecleé un mensaje rápido para mi padre:

Salgo de ver a Evelyn en su casa de las colinas de Honolulu. Ya he cumplido con todos sus encargos. Si necesitas algo más, llámame, papá. Besos.

Y no dudaba que lo haría si necesitaba de mis servicios. Pero sabía muy bien que enviar aquel mensaje tan pronto estaba todo hecho iba a relajar mucho su vigilancia sobre mí en el hotel. A lo mejor retiraba a dos de sus hombres y solo dejaba a uno, que se ocuparía de escoltarnos de vuelta a Nueva York. Si era así, solo esperaba que no fuese Marco quien se quedase.

Papá contestó enseguida:

Fenomenal.

Divertíos. Si surge cualquier cosa, hablamos.

Genial. Eso solo significaba que estaba más o menos libre para el resto de mi estancia en Hawái. Pensé que era mejor no comentarle nada a papá acerca de la invitación “informal” para cenar en casa de Evelyn. Sin duda insistiría para que fuese, o me llamaría para recalcar me que no se me ocurriese rechazar su invitación. Así que mejor no decir nada sobre eso por el momento, al menos hasta que ella me hubiese citado en firme.

Me sorprendía mucho lo rápido que papá se había adaptado a comunicarse conmigo a través de mensajes de texto. Sabía que era lo que yo prefería. Todo estaba bien si seguíamos en esa onda.

Al llegar al hotel, busqué a Leah en la piscina. Esta vez la encontré enseguida.

Solté mi bolso en la hamaca contigua.

Ella hizo que sus gafas de sol resbalasen sobre su nariz. Era obvio quien de las dos volvería a casa con un mejor bronceado.

—¿Qué tal los negocios?

Resoplé.

—Bien, ya he terminado. Vacaciones, por fin.

—Genial.

¿Veis? Leah no era de las que hacía más preguntas de la cuenta.

—¿Has visto a Julian?

Leah levantó la cabeza y me sonrió.

—Creo que está en el bar.

—No sé si estoy metiendo la pata hasta el fondo, pero solo pienso en verlo —confesé.

—Pues adelante, ve a buscarlo. Te lo mereces.

—Lo dices como si fuese la recompensa perfecta a mi arduo trabajo.

Leah se rio.

—Mira a tu alrededor, Valeria. Estás en el paraíso. Tienes que acordarte de disfrutar un poco y aparcar los problemas del futuro. Aunque sea solo por unos días. Concédetelos.

Acto seguido, dio un intenso sorbo a su piña colada. De esos que te congelan un poco el cerebro.

—¿Quién soy yo para rebatirte eso? —le dije—. Cenamos en un rato, ¿no? He de pasar por la *suite*, darme una ducha y quitarme este disfraz de empresaria.

—Total. Quítatelo ya. No pega nada con este sitio.

Me levanté y la dejé allí. Leah estaba rara. No había protestado en ningún momento por el hecho de que la dejase sola en el hotel todo el día. ¿Me había perdido algo?

CAPÍTULO 9

Fui a la *suite* y me di una ducha rápida. En apenas veinte minutos estaba lista. Escogí uno de los vestidos de mi armario y me maquillé muy ligeramente, lo justo para realzar mis rasgos.

Después dejé la habitación y caminé rápidamente hacia el bar. Qué ganas tenía de verlo. Aquello, las reacciones físicas que me provocaba desde que me había besado, empezaba a ser preocupante.

Allí estaba Julian, sentado con un libro en la mano y una copa de vino a su lado. Cuando me vio, su rostro se iluminó con una sonrisa. Se levantó enseguida para recibirme.

—Valeria.

Desde que sabe mi nombre lo pronuncia más de lo habitual, pensé.

—¿Qué tal todo?

Eché un vistazo a su libro, pero lo había puesto boca abajo sobre la mesa. No podía ver de qué se trataba.

—Bien. Ha sido un día largo —contesté.

—¿Trabajo?

Asentí.

—Largo, pero satisfactorio. ¿Puedo acompañarte un rato? —pregunté, tratando de sonar calmada.

—Pues claro, siéntate —dijo, señalando la silla a su lado.

Nos sentamos y empezamos a hablar. La conversación fluía con facilidad, como las veces anteriores. Pero esta vez, había una tensión subyacente, una corriente de deseos no expresados.

Me estaba mordiendo la lengua. Quería decirle que llevaba dos días y dos noches pensando en él, quería preguntarle si a él le pasaba algo parecido. Me moría por saber si existiríamos más allá de esta isla, en nuestra ciudad. Me daba cierta vergüenza manejar aquel cóctel de sentimientos con un hombre que acababa de conocer.

Pero, ¿qué sentido tendría negarlo?

—Lo pasé muy bien el otro día —le dije—. El paseo hasta los acantilados.

—Yo también.

Me miró fijamente.

—¿Haces algo esta noche?

Pensé en Leah. No podía dejarla colgada otra vez.

—Ceno con Leah. La he dejado abandonada todo el día.

Se quedó pensativo un momento.

—Oh, tu amiga. Pero...bueno, abandonada no ha estado.

—¿A qué te refieres?

—La he visto un par de veces, una cerca del spa. La otra en la piscina, hace un par de horas. Y estaba hablando con aquel tipo con el que nos cruzamos...

Me quedé parada.

¿Qué quería decir?

—¿Cómo que estaba con un tipo?

—Sí, ¿no recuerdas? Cuando te acompañé a tu habitación.

—¿Marco?

No podía ser otro.

—Bueno, no recuerdo su nombre...pero supongo que nos referimos al mismo.

—Pero, estaban...

—No sé. Hablaban. Espero no meterme en problemas contándote esto.

Estiré el brazo sobre la mesa y apreté un poco el suyo.

—Oh, no, no, qué va. Yo lo conozco de Nueva York, así que tal vez nos ha visto juntas por ahí. De todas formas puedes cenar con nosotras, si quieres. Me encantaría que vinieses.

—Fenomenal. Me apunto, entonces.

Julian decidió cambiar de tema y por unos instantes, mi mente vagó un poco. De repente se levantó y se acercó a la barra del bar para pedirme un café solo. Y entonces saqué mi móvil del bolsito de mano que llevaba conmigo a todas partes. Abrí el chat perpetuo que tenía con Leah y pensé un segundo antes de enviarle un mensaje.

Entonces lo pensé mejor y volví a guardar el teléfono. ¿Qué quería decirme Julian realmente? ¿Leah había estado hablando con Marco, el hombre enviado por mi padre para controlar mis movimientos en Hawái? ¿Por qué? ¿Se traían algo entre manos?

Traté de recordar algún momento en que ellos hubiesen coincidido.

Ella sabía quién era él, obvio, pero yo jamás los había presentado y nunca, nunca me había hablado de él. Entendí que solo podía haber pasado una cosa: Marco se había acercado a ella. Tal vez quería averiguar información sobre mi nuevo acompañante. Y si era así, ¿Leah me lo diría?

Tenía la suficiente confianza con ella para preguntarle de qué iba todo aquello. Por supuesto.

Pero prefería esperar un poco y ver si Leah lo mencionaba.

Y si no lo hacía tal vez debería empezar a preguntarme si ella era realmente mi amiga o no era, hasta cierto punto, uno de los agentes infecciosos de mi padre.

Julian llamó mi atención buscando mi mano con la suya. Me estremecí. No sé si por el tacto de su piel o por el extraño curso que habían tomado de repente los acontecimientos.

CAPÍTULO 10

El restaurante *Luau*, uno de los más bonitos del resort, vibraba con el sonido de la música y las risas. Había lámparas de lava estratégicamente colocadas sobre las mesas y eso le proporcionaba al lugar un ambiente acogedor y etéreo, mientras los bailarines hawaianos se movían al ritmo de los tambores, ofreciéndonos un espectáculo fascinante.

Julian, Leah y yo habíamos conseguido una mesa con una vista perfecta del escenario. Sin embargo, a pesar del ambiente festivo, una tensión palpable se cernía sobre nosotros.

—Este sitio es increíble —comentó Julian, rompiendo el hielo mientras examinaba el menú—. Todavía no había participado en una de estas cenas-espectáculo.

—Es increíble —contesté, intentando mantener la sonrisa. Sin embargo, mi mente estaba todavía en nuestra conversación anterior. En lo que me había contado sobre Leah y Marco.

Leah, sentada a mi derecha, parecía igualmente incómoda, tal vez por la presencia de Julian, no lo sé. Sabía que ella podía sentir esa tensión, pero no estaba segura de cuánto había entendido.

—¿Qué te parece el menú? —le pregunté, intentando integrarla en la conversación.

—Oh, todo parece delicioso. Pero creo que me voy a quedar con el *poke bowl* —dijo Leah, esbozando una sonrisa apagada.

—Esa siempre es una buena elección. El *poke* es una de las especialidades locales —comentó Julian, mirando a Leah con curiosidad.

Ella asintió y desvió de nuevo la mirada, centrando su atención en el menú a pesar de que ya había decidido su cena. *A la mierda*, pensé, tengo que comentarle algo, abordar “el tema”, para que no fuese algo que se enquistase entre nosotras en lo que quedaba de vacaciones.

Julian, como si me leyese la mente, salió al rescate:

—¿Hace mucho que os conocéis vosotras?

—Uf, siglos —contesté. Miré a Leah. —¿Desde el instituto?

—Desde que la señora Hawthorne nos castigó en la sala de detención durante cuatro horas por organizar la protesta para que arreglasen las duchas. ¿Te acuerdas?

Asentí y miré a Julian.

—Ya ves. En los buenos y en los malos momentos.

—Te vi hoy, hablando con ese chico...—dijo Julian de repente, y justo entonces me miró—. Marco, ¿verdad?

Leah levantó la cabeza y fue como si su mirada se oscureciese por un momento, mostrando cierto desafío.

—Un conocido nuestro de Nueva York. A veces es necesario mantener ciertas conexiones por el bien de Valeria.

Parpadeé. No podía creerme lo que acababa de oír.

—¿Conexiones? —repitió Julian, claramente confundido y un poco molesto—. Valeria, ¿normalmente mantienes conexiones con tipos como él?

Sentí el calor subir a mis mejillas, una mezcla de vergüenza y frustración. Aquella cena

estaba descarrilando.

Respiré hondo.

—Es complicado. Mi vida no es tan simple. Hay muchas cosas que no puedes entender porque no estás dentro de este mundo. Marco es... parte de eso. Es un empleado de mi padre y vela por mi seguridad en la isla. Y Leah no tiene nada que ver con las decisiones de mi padre. Ella está aquí para acompañarme.

Julian me miró, confundido. O preocupado, quién sabe. Aún no había aprendido a leer su mirada. Supongo que en ese momento pensó que solo era una pobre niña rica, como él mismo, aunque se esforzase por mantenerse dentro de sus círculos científicos.

—¿Tu...seguridad? ¿Debo preocuparme por algo?

—En realidad Valeria se las apaña muy bien sola —dijo Leah.

Me miró con ojos suplicantes, como queriéndome decir que ya hablaríamos, que ya me explicaría cuando estuviésemos solas.

—Lo siento si esto te ha confundido. Marco es alguien con quien tengo que lidiar por la naturaleza de los negocios de mi familia. Supongo que Leah simplemente estaba haciendo su parte para asegurarse de que yo esté cómoda. No hay más que eso —dije, intentando sonar convincente.

Julian se relajó un poco, aunque de repente había una sombra de desconfianza en sus ojos. O de curiosidad. Era obvio que quería saber. Dejó el menú sobre la mesa y sonrió.

—Claro. Solo quería asegurarme de que estás a salvo y que puedo confiar en las personas que hay a tu alrededor.

Leah asintió, dándole la razón, aunque parecía claramente descolocada. Aquella conversación a tres bandas había tomado un cariz incómodo que ninguno de los tres había buscado.

Por suerte, un sonriente camarero llegó en ese momento, cortando aquella absurda tensión y devolviéndonos al magnífico escenario en el que nos encontrábamos.

—¿Están listos para pedir? —preguntó, sosteniendo su libreta.

—Sí, por supuesto —dijo Julian, tomando la iniciativa—. Yo tomaré el mahi-mahi a la parrilla.

—Para mí, el *poke bowl*, por favor —dijo Leah, sonriendo al camarero.

—Y yo quiero el lomi-lomi salmón —dije, entregándole el menú.

Mientras el camarero se alejaba, el espectáculo hawaiano continuaba. Los bailarines se desplazaban con movimientos gráciles y poderosos, mientras sus trajes tradicionales brillaban bajo las luces.

—Es una pasada —comentó Leah, intentando suavizar el ambiente nuevamente—. Me alegra que hayamos escogido este restaurante.

Julian sonrió.

—Sí, lo es. Hawái tiene una forma de atraparte...

—Un lugar especial —añadí.

—Entonces, ¿qué tal tu reunión con Evelyn Nakamura? —preguntó Leah—. ¿Todo bien?

Aquello me irritó de nuevo. ¿En serio no había aprendido la lección? ¿No habíamos cambiado ya de tema? Ni siquiera sabía exactamente qué había ido a hacer allí. Observé a lo lejos cómo el camarero esperaba nuestros platos.

—Todo según lo planeado. Es una mujer muy poderosa y respetada en esta isla. Tuvimos una buena conversación y creo que todo se resolverá todo pronto —respondí, tratando de sonar lo más neutra posible—. De hecho, insistió para que fuese a cenar un día antes de regresar a Nueva York.

—Suenan bien. Deberías ir —dijo Leah—. Totalmente.

Estuve a punto de contestarle que, de hecho, me había propuesto que llevase también a Leah, pero la manera en la que se excluyó y todo lo que habíamos estado hablando hizo que me mordiese la lengua.

—Sí, un alivio. Todo ha salido sorprendentemente bien y rápido. Los clientes de papá están contentos, parece. Solo quiero terminar con todo esto lo antes posible y disfrutar del tiempo que nos queda aquí.

—Dime si necesitas que te eche un cable con algo —dijo Leah, solícita, sonriendo de nuevo.

El camarero volvió con nuestras copas de vino, que levantamos enseguida para brindar.

—Por nuevas amistades y aventuras en Hawái —dijo Julian.

—Por nuevas amistades y aventuras —dijo Leah, aliviada. Al final, solo la bebida y la comida iban a hacer que nos relajásemos.

La cena continuó con una conversación más tranquila. Hablamos de nuestros intereses, nuestras experiencias de viaje y lo que más nos gustaba de Hawái. Poco a poco Julian y Leah parecían más cómodos el uno con el otro, y yo me sentí aliviada. Él preguntaba mucho, apenas hablaba de sí mismo o de su experiencia en la Antártida, a pesar de que le preguntamos en un par de ocasiones.

—¿Habéis probado alguna vez a hacer surf? —preguntó Julian.

—Yo siempre he querido, pero nunca he tenido la oportunidad —dijo.

—Yo lo intenté una vez y fue un desastre total —dijo Leah, riendo—. Pero me encantaría intentarlo de nuevo.

—Podríamos ir mañana.

—¿Tú sabes?

Julian se encogió de hombros.

—No se me da mal del todo. Supongo que puedo enseñaros lo básico.

—Suenan a planazo.

En ese momento el espectáculo hawaiano tocaba a su fin con una explosión de aplausos y vítores. La noche había mejorado y las tensiones se habían disipado del todo. Aunque sabía que aún había varias cosas por resolver, sentí que estaba en el camino correcto.

Después del postre Leah se excusó, dejándonos solos. Me dijo que se iba a leer un rato a la *suite*. Miré a Julian. Me moría de ganas de pasar la noche con él, profundizar en aquel misterio que representaba.

Saber qué hacía solo en aquel hotel.

Qué había pasado en la Antártida.

Sentía que él tenía todas las explicaciones pertinentes y correctas sobre mi cuerpo, sobre lo que me estaba pasando cada vez que lo tenía delante, y sobre todo lo que le pasaba a mi mente cuando no estaba.

Fue aquel beso.

Aquel maldito beso en el acantilado.

Leah desapareció de nuestra vista.

Me dije a mí misma que ya hablaría con ella, aunque cada vez resultase más difícil encontrarnos en aquel paraíso. Pensé en el día siguiente y en que tendría que averiguar exactamente qué estaba pasando con Marco.

Esa noche durante la cena, por cierto, no lo vi.

Ni a él ni a ninguno de sus dos compañeros.

Lo cual no quería decir que ellos no me estuviesen observando a mí.

CAPÍTULO 11

Julian y yo caminábamos por la playa, ya de noche. La excitación brotaba por todos los poros de nuestra piel, o al menos por los míos.

—Es una noche perfecta para dar un paseo —dijo, mirando el cielo estrellado.

—Sí, lo es. Realmente necesitaba esto después de todo el día por ahí rondando —respondí, inhalando profundamente el aire salado.

Julian asintió, pensativo.

—¿Confías cien por cien en ella? —me preguntó.

—¿En Leah?

Asintió.

—Es mi amiga desde hace muchos años. ¿Por qué me lo preguntas?

—Realmente no lo sé. Os he visto un poco tensas durante la cena. Espero que no haya sido por mi culpa.

—Ya. Es extraño. La he notado un poco rara en los últimos días, pero supongo que es normal, estando fuera de nuestra ciudad. Leah siempre ha estado ahí para mí, pero a veces siento que no puedo contarle todo —dije, escogiendo mis palabras cuidadosamente.

—¿A mí tampoco me lo puedes contar?

No contesté.

Se detuvo un momento para encararme y mirarme. Habíamos estado caminando lado a lado, con nuestras manos rozándose ocasionalmente, desatando pequeñas corrientes eléctricas que me hacían temblar.

Julian frunció el ceño, claramente intrigado.

—Eres un misterio andante, Valeria.

Me detuve y me giré para mirarlo. La luna iluminaba su rostro, y su expresión era seria pero no acusatoria.

—Julian, hay muchas cosas sobre mi vida que son... difíciles de explicar. Mi familia seguramente no es como la tuya. Y hay muchas cosas que tal vez no entenderías porque no estás dentro de ese mundo.

—Te cuesta abrirte, ¿verdad?

—No es eso. Es solo que soy muy privada y me es difícil compartir cosas sobre mí cuando no sé seguro si...

—Si qué.

—Si esa persona va a permanecer en mi vida.

Alzó las cejas, sorprendido.

—Entiendo.

—Y estamos aquí —abrí los ojos, señalando la inmensidad del océano negro—. En el paraíso, muy lejos de nuestra vida real...

Julian suspiró, pasando una mano por su cabello.

—Solo quiero asegurarme de que estás a salvo, Valeria. Ese hombre vigilándote en el hotel... No me gusta. No sé qué pensar. Y quiero saber en quién puedo confiar. Y que confíes en mí. Aunque esto ahora solo parezcan palabras vacías.

—Lo sé. Y agradezco eso. Solo... necesito un poco de tiempo para poder explicártelo todo. Es más complicado de lo que piensas. Y ni siquiera Leah conoce todos los detalles.

Estaba allí, de noche en la playa, abriéndole mi corazón a un hombre que apenas conocía porque no podía evitarlo.

Seguimos caminando en silencio, ambos sumidos en nuestros pensamientos. Finalmente, encontramos un lugar apartado en la playa y nos sentamos en la arena, mirando las olas que brillaban bajo la luz de la luna.

—Esta isla es realmente un lugar especial —dije, rompiendo el silencio.

—Sí, lo es. Me recuerda que hay cosas simples en la vida que pueden ser mágicas.

—¿Cómo qué?

—Como esto. Sentarse en la playa al anochecer, sin preocupaciones, solo disfrutando del momento.

Asentí.

Estábamos, de nuevo, muy cerca el uno del otro. Mi parte racional quería saber, pero sentía que no tenía derecho a hacerle demasiadas preguntas si yo ni siquiera podía contarle exactamente a qué me dedicaba.

—Julian, ¿puedo preguntarte algo? —dije, volviendo a mirarlo.

—Claro.

—¿Por qué te fuiste de la Antártida?

Se quedó en silencio por un momento, mirando el horizonte.

—Es una historia larga, pero en resumen, tuve que tomar una decisión difícil. Había una mujer, alguien que significaba mucho para mí. Tuve que elegir entre quedarme y seguir con mi trabajo o venir a aquí para alejarme de ella. Bueno, no aquí exactamente. En Maui.

Algo se resquebrajó dentro de mí.

Otra mujer.

Pues claro, qué si no.

Qué otro motivo tendría un hombre para cruzar un océano.

—¿Y elegiste venir aquí? —pregunté, sorprendida.

—Sí. Al final, las cosas no salieron como esperaba. A veces, la vida te obliga a tomar decisiones difíciles, y no siempre puedes prever el resultado. Por suerte tenía a mi amigo en la isla, y después surgió mi pequeña reunión familiar y luego...

Lo miré.

—...Llegaste tú —concluyó Julian.

Me miró.

Sus ojos...uf. Me derretí.

En ese momento pensé que no podía hacer otra cosa que dejarme llevar, que aquella noche y aquel sitio eran mágicos y que no podía olvidarme que estaba allí, por fin, de vacaciones.

Julian Percival no tenía que saber todo sobre mi vida. No tenía que saber que mi padre era uno de los capos de Nueva York, siempre preocupado por las compañías de su hija.

—Es todo tan complicado... —murmuré.

—Hasta que a veces no lo es. Todo eso no significa que no podamos encontrar momentos de felicidad en medio de todo.

¿Quién sería ella?

¿Qué mujer le había hecho abandonar su proyecto científico?

Necesitaba averiguar más. Poco a poco. Que Julian se fuese abriendo y tal vez yo podría ponerle un poco en sobreaviso sobre la realidad de mi vida en Nueva York. Sobre qué pasaría si se nos ocurriese encontrarnos allí.

—¿Me disculpas un segundo? Tengo que enviar un mensaje.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje rápido a Leah, diciéndole que tal vez —si tenía suerte— pasaría la noche con Julian. Cuando lo envié, noté que el mensaje no aparecía como recibido. Fruncí el ceño, preocupada.

—¿Todo bien? —preguntó Julian, notando mi expresión.

—Sí, solo que... Leah no ha recibido mi mensaje. Es extraño —dije, intentando no sonar alarmada.

—A lo mejor ya está dormida.

—Sí, tal vez.

Guardé el teléfono y traté de no pensar demasiado en ello.

Nos quedamos en silencio por un momento, solo disfrutando de la compañía del otro y el sonido del mar, y sin pensarlo demasiado, me incliné hacia él y lo besé. Fue un beso suave, pero lleno de promesas. Sentí que todas mis dudas y miedos se desvanecían, aunque solo fuera por un momento.

Cuando nos separamos, Julian sonrió y acarició mi mejilla.

Podía haber sido el momento perfecto, ese en que nuestras manos empezarían a explorar debajo de la ropa ligera que llevábamos.

Pero no.

De repente, me sentía inquieta.

Leah no había recibido mi mensaje.

Ella era un animal nocturno, apenas dormía. Y sobre todo, jamás apagaba su teléfono móvil por la noche.

Tuve un presentimiento extraño.

—Julian, ¿te importa si volvemos un momento al hotel? Quiero coger algo de la habitación.

Él me miró, sin entender muy bien qué pretendía.

—Claro, vamos.

CAPÍTULO 12

Regresé al hotel, con los pensamientos todavía enredados en el paseo nocturno con Julian. Nos habíamos despedido en el vestíbulo, acordando que él me esperaría allí mientras yo subía a ver qué pasaba con Leah.

Mi mente seguía reviviendo el beso en la playa, pero una sombra de inquietud se cernía sobre mí. Necesitaba saber por qué Leah no había recibido mi mensaje. Era absurdo, podrían ser mil motivos. Y sin embargo yo no las tenía todas conmigo.

Subí a toda prisa por el ascensor hasta la planta donde se encontraba nuestra suite.

Fue entonces cuando mi bolso de mano vibró. Había recibido un mensaje. Me detuve un momento y lo saqué, casi sin abrirlo. Lo abrí. Era la respuesta de Leah. Lo había leído y me había enviado un simple “OK”.

Aún así voy a pasarme por la habitación, pensé. Aprovecharé para refrescarme un poco el maquillaje.

Salí del pequeño vestíbulo donde estaban los ascensores y cuando doblé la esquina me detuve en seco, perpleja.

Leah estaba allí, en el pasillo de la mano de un hombre. Los dos reían y estaban de espaldas, pero eran inconfundibles.

Era un hombre que conocía demasiado bien.

Marco.

Mi corazón se aceleró y un torrente de emociones me invadió: sorpresa, traición, rabia.

Esperé un segundo para ver qué hacían, ocultándome tras una de las esquinas de aquella laberíntica tercera planta.

Observé, alucinando todavía, cómo Leah conducía a Marco hasta nuestra suite. Me llevé la mano a la boca, como si mi respiración acelerada pudiese delatarme. *Ella cree que pasaré la noche con Julian. Por eso va con él...*

Atrevida.

Entraron en la habitación.

Aguardé unos minutos y entonces me acerqué a la puerta. Acerqué la llave magnética, que abría totalmente en silencio, observando ya que habían ido directos al dormitorio que ocupaba Leah.

Un escalofrío me recorrió la columna.

¿Hasta qué punto se conocían Leah y Marco?

¿Desde cuándo estaba pasando aquello?

—Leah, ¿estás aquí? —murmuré en voz baja, pero no hubo respuesta.

—No puedo creer que esto esté pasando —susurré para mí misma.

Estaban en la cama, con la puerta un poco entreabierta, pero no cerrada del todo. Me acerqué

con mucho sigilo. Ni siquiera se habían dado cuenta de que no estaban solos en la *suite*. No me vieron. Estaban demasiado absortos el uno en el otro. Pensé en mi padre, en el tipo de hombres que contrataba. No tenía constancia de que todos fueran como Marco, pero...¿quién podía demostrarme lo contrario?

Me asomé de nuevo. Se besaban y reían, como si el mundo a su alrededor no existiera. Tuve que controlar de nuevo mi impulso inicial, que no era otro que confrontarlos de inmediato, pero algo me detuvo. Tal vez si me ocultaba y me dedicaba a observar podría tener más información.

Y es que, ¿quién me decía ahora que Leah me diría la verdad? ¿Cómo iba a poder confiar en ella de nuevo? Nuestro vínculo estaba seriamente dañado.

Y no es porque sea Marco, pensé, como si tuviese que convencerme a mí misma, a pesar de que eso no era del todo cierto.

Mantuve la respiración para no hacer ningún ruido, pero pensé que me daría exactamente igual que me descubrieran. No era yo quien estaba en una situación comprometida. Desde mi escondite, los vi caer en la cama, riendo y besándose apasionadamente. No podía creer lo que estaba viendo. En serio; ¿Leah, mi mejor amiga, con Marco, el esbirro de mi padre?

Jamás me atrevería a referirme a él como mi *ex*.

Nunca habíamos sido nada a pesar de mi confesa obsesión, que duró exactamente unas tres semanas. Y supongo que para él no había nada más excitante que liarse con la hija de su jefe. La princesa de los Bellucci.

El resplandor de la lámpara de noche iluminaba la habitación de Leah. Observé, con una mezcla de horror y fascinación, cómo se desnudaban y se entregaban el uno al otro sin ningún pudor. La situación era surrealista. No podía apartar la mirada, pero cada segundo que pasaba me hacía sentir más traicionada y asqueada.

Vi como ella se colocaba sobre la cama, sentada sobre sus talones, con el vestido enrollado en la cintura y sus grandes pechos al descubierto. Marco la rodeaba desde atrás, claramente excitado. La besaba por el cuello y empezaba a jugar con sus pezones. Ella gimió, y en cuanto emitió su primer grito de puro descontrol, él llevó su mano derecha hasta su boca y la contuvo. Y entonces la penetró con fuerza desde atrás.

Observé sus cuerpos, perfectamente acompasados, durante unos diez segundos. Era imposible que no hubiesen hecho eso antes. Parecían conocerse muy bien.

Finalmente, no pude soportarlo más. Salí de la *suite* tan silenciosamente como había entrado, con mi mente envuelta en un torbellino. Mis pasos eran rápidos, casi desesperados, mientras bajaba las escaleras en lugar de esperar el ascensor. Tenía que encontrar a Julian, y tal vez contarle lo que había visto, aunque apenas sabía cómo procesarlo yo misma.

CAPÍTULO 13

Estaba exactamente donde lo dejé, sentado en uno de los enormes sofás que poblaban el vestíbulo. Eran casi las doce de la noche y la actividad y el bullicio del resort eran casi nulos. Las luces habían bajado su intensidad y estaban dispersas en el espacio. Julian estaba esperándome. *Este chico me espera*, pensé.

—Valeria, ¿todo bien? —preguntó, levantándose al verme.

Lo miré, intentando reunir las palabras adecuadas, pero todo salió de golpe:

—Leah... Marco... estaban... juntos, en la *suite* que compartimos. No puedo creerlo.

Julian frunció el ceño, tratando de entender lo que decía.

—¿Marco? ¿El tipo del que hablábamos antes? ¿Y Leah?

Asentí, sintiendo las lágrimas arder en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer. No podía permitirme ser débil ahora. No delante de Julian. Por Dios, era una Bellucci.

—Sí. Los vi. Estaban... juntos —La palabra "juntos" salió con un tono amargo, cargado de la traición que sentía.

Julian se acercó y me tomó de los hombros, mirándome con preocupación.

—Ven, siéntate aquí y tranquilízate.

Pobre, vio mi estado de agitación y no debía entender qué estaba pasando, ni por qué aquello era tan relevante.

Nos dirigimos a un rincón más apartado del vestíbulo, donde había menos gente y podríamos hablar sin ser interrumpidos. Me senté y apoyé la cabeza en mis manos, tratando de ordenar mis pensamientos.

—No puedo creer que Leah haya hecho esto. Siempre pensé que podía confiar en ella.

Julian me miró, muy serio.

—Valeria...¿él es tu ex?

—No. No.

No quería decirle que solo había sido sexo, y que además hacía bastante tiempo de aquello. Era irrelevante en aquella situación y, francamente, eso no era asunto de Julian. Así que no me quedaba otra que darle algunos detalles sobre por qué consideraba que aquello era una traición.

—Él trabaja para mi padre. Está aquí para vigilarme, para asegurarse de que cumplo con las tareas que se me han encomendado. Y para que no me pase nada.

—Uf, Valeria...Ojalá comprendiese exactamente a qué te refieres, pero entiendo si es algo de lo que ahora mismo no puedes hablar. Aún así, me hago a la idea. Tu amiga ha traspasado una línea y no te lo esperabas.

—Ese es un resumen perfecto. Gracias.

Julian me cogió la mano.

—Entonces tendrás que entender por qué lo ha hecho. Quizás hay algo más detrás de todo esto. No puedes saltar a conclusiones sin más, Valeria. Si sois amigas desde hace tanto tiempo, tal vez lo mejor es que hables con ella.

De repente entré en una especie de bucle. Es que era muy fuerte, en serio:

—Pero Marco... —empecé, mi voz temblando—. Él trabaja para mi padre. Entonces, ¿qué está haciendo con Leah? ¿Y por qué ella está con él?

Respiré hondo, tratando de calmarme. Sabía que Julian tenía razón. Necesitaba mantener la cabeza fría y pensar con claridad. No podía dejar que esta traición me debilitara. Y a lo mejor al día siguiente lo vería con otros ojos. Tal vez no era para tanto.

—Valeria. Estás en *shock* porque lo has visto con tus propios ojos. Si ella mismo te lo hubiese contado no sería para tanto.

Tenía razón.

—Lo sé. Pero...es mi amiga. O lo era, ya no estoy segura.

—Ya. Y duele mucho más porque confiaste en ella. Pero ahora más que nunca necesitas ser fuerte. Averigua qué está pasando y por qué.

Su voz era firme y segura, y eso me dio la fuerza que necesitaba en ese momento.

—Gracias por estar aquí. Me da vergüenza pedirte esto, pero...

Me sonrió, apretando mi mano con un poco más de fuerza.

—No quieres volver esta noche a tu habitación, ¿verdad?

—No. Creo que es mejor dejar pasar la noche y hablar con Leah por la mañana...

—Puedes quedarte conmigo. Por supuesto.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia el ascensor. Yo seguía con un mal cuerpo horroroso. La noche había dado un giro inesperado y doloroso, aunque la presencia de Julian me reconfortaba.

No tenía la menor idea de qué pensaba al respecto. Qué estaría pasando por su cabeza. Era un hombre inteligente. No hacía falta que yo verbalizase la naturaleza de los negocios de los Bellucci, con la información que ya tenía todo era bastante evidente. Sería una buena excusa para ver si, cuando ambos abandonásemos Hawái, seguiríamos en contacto.

CAPÍTULO 14

No pasó nada esa noche entre Julian y yo. Bueno sí, pasó que vomité de puro disgusto en su baño —tan flamante como el mío— y que debió oírme, pero aún así después permitió que me acurrucase entre sus brazos hasta quedarme dormida.

Me desperté con las primeras luces del amanecer y recordé enseguida el desastre de la noche anterior. Desayunamos en la habitación y mientras contemplaba el mar desde la terraza, recibí un mensaje de Leah:

Imagino que la noche ha ido de perlas...¿Sigue en pie lo de ir a hacer surf? Os veo en la playa.

Ugh, pensé. No tiene ni idea de nada.

De repente me daba una pereza infinita, no me apetecía la compañía de Leah durante el resto del día. No después de ver *aquello*. Lo mejor era, como me había sugerido Julian, coger el toro por los cuernos y contarle lo que había visto. Bueno, no hacía falta decirle que la había visto en la cama revolcándose con Marco, pero tal vez me daría alguna explicación que redimiese mi malestar.

Nos dirigimos a la playa poco después. Pasé un momento por mi habitación para coger el traje de baño y algunos básicos de playa.

Julian estaba emocionado por practicar surf, y aunque yo intenté mostrarme entusiasmada, la tensión en mi estómago me recordaba constantemente la conversación pendiente con Leah. Allí la encontramos, en el punto exacto en el que habíamos estado tomando el sol los últimos días. Menos mal que él estaba conmigo.

Fuimos al club de surf del hotel para tomar prestadas unas tablas y unos trajes de neopreno. Nos tumbamos sobre la tabla y las impulsamos hacia dentro, nadando con los brazos. Julian enseguida se animó y se fue en busca de una tímida ola. Nosotras nos quedamos sentadas sobre la tabla, contemplando el panorama, con la espuma del mar acariciándonos los pies

—¿Y bien? Cuéntame qué pasó anoche —preguntó Leah, rompiendo la barrera de silencio que se había creado entre nosotras.

La miré, tratando de mantener la calma, pero mi voz salió más dura de lo que había planeado.

—A lo mejor debería preguntártelo yo a ti, ¿no?

—¿A qué te refieres?

Decidí ser lo más directa posible. Sacarme del pecho las imágenes que me ardían.

—Os vi, Leah. Tú y Marco. ¿Desde cuándo está pasando esto?

Leah bajó la mirada, jugando con la cera en su tabla.

—Uf. Bueno, supongo que es evidente.

—Es más que evidente.

—No quería que te enteraras así. Marco y yo... nos hemos estado viendo desde hace meses.

—¿Meses? —repetí incrédula—. ¡Leah, es uno de los guardaespaldas de mi padre! ¿Sabes lo que eso significa?

Quería ir exactamente por ahí. Por quién era. No por lo que él y yo habíamos sido en el pasado, algo que ella conocía perfectamente.

Resopló.

Poco surf íbamos a hacer esa mañana.

—Sí, lo sé, pero no es lo que piensas. Marco y yo nos hemos enamorado, Valeria. No es solo un lío pasajero.

Sacudí la cabeza, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Enamorados? ¿De verdad crees que puedes confiar en él? ¿Después de lo que me hizo pasar a mí? Me usó, Leah. Jugó conmigo. Solo porque se encaprichó de la hija de su jefe. Y para colmo no pude deshacerme de él. Mi padre no estaba dispuesto a prescindir así como así de su mejor hombre.

Leah me miró. Juraría que había un brillo en sus ojos que no venía del agua del mar. Trataba de mantenerse serena, aunque ninguna de las dos lo estábamos.

—Sé que parece una locura, pero Marco es diferente conmigo. Me hace sentir especial, segura. Y no puedo evitar lo que siento.

No podía creer lo que estaba oyendo. Era como una mala telenovela.

—¿Segura? ¡Es uno de los terratenientes de mi padre! ¡Su trabajo es controlar y manipular! ¿Cómo puedes confiar en alguien así? —exclamé, sintiendo la frustración y la rabia burbujeando dentro de mí.

—Sé que estás enfadada y tienes todo el derecho. No sabía cómo contártelo. Una parte de mí quería que... simplemente lo descubrieses. No puedo apagar mis sentimientos y ya está, Valeria. No hay un interruptor para eso. Sé que entre vosotros no funcionó, pero...

Miré como Julian emergía de una de las olas que, por un momento, lo había engullido.

—No se trata solo de tus sentimientos, Leah, ni de mi pasado con él, que es irrelevante. Te has liado con alguien que tiene acceso directo a mi padre, alguien que usa sus relaciones para escalar y que puede ser peligroso. ¡Y ni siquiera me lo dijiste!

Respiró hondo.

—No sabía cómo, de verdad. Cada vez que lo intentaba, me acobardaba. Sabía que te enfadarías, y no quería perder tu amistad.

La voz le temblaba un poco, pero nada de lo que me estaba diciendo hacía que mi monumental cabreo remitiese. No me apetecía ser flexible. No podía perdonarla y pasar página. Al menos no por el momento.

Leah me había estropeado las vacaciones. Esa era la maldita verdad.

—Bueno, felicidades, lo has conseguido. No sé si puedo seguir confiando en ti después de esto. Grábate bien esto: los ex de las amigas son sagrados, Leah, y más cuando son tipos como Marco.

Cerró los ojos por un momento, acusando mis palabras, convertidas en cuchillos. Luego los abrió y me miró con tristeza, pero yo ya no sabía si era todo teatro. Una farsa impostada.

—Entiendo que estés enfadada, pero no puedo evitar lo que siento. Y no voy a cortarlo. Lo que tenemos es real. No había tenido una conexión así con ningún hombre. Si no puedes aceptar eso, a pesar de que él pertenece a tu pasado y que claramente estás ilusionada con otro... entonces tal vez no podamos seguir siendo amigas.

Es que no me podía creer lo que estaba oyendo. ¡Estaba tirando la toalla allí mismo!

—Tal vez no —dije fríamente—. Tal vez necesite los días que nos quedan de estas

vacaciones para pensar. Sola. En otra habitación.

—No. Por supuesto que no. No hará falta. Yo me iré a otra habitación, Valeria.

A la de Marco, pensé.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero mi sagrada intuición me decía que no debía creérmelas.

—Lo siento. De verdad que lo siento.

—Yo también, Leah. Porque me has decepcionado como nunca pensé que lo harías.

En ese momento no podía saber si me estaba pasando de la raya, si le estaba dando una importancia sobredimensionada a todo aquel asunto. Pero lo que había visto seguía en mi retina. Ella, en sus brazos, la pasión más que evidente que se desbordaba entre los dos. Me pregunté si yo podría tener algo así con Julian.

Nos quedamos en silencio por un momento, con una tensión más que palpable entre nosotras. Julian seguía en el agua, intentando domesticar las olas, ajeno a nuestra confrontación.

Finalmente, Leah se tumbó sobre la tabla y la encaró de nuevo hacia la arena.

—Supongo que esto es un adiós, al menos por ahora —dijo en voz baja.

—Eso me temo —respondí, mirando hacia el horizonte en lugar de a ella.

Leah se alejó con brazadas lentas y pesadas sobre la arena.

Me quedé sentada en la tabla, con la mirada clavada en las olas que rompían con su superficie, mientras trataba de gestionar aquel torrente de sentimientos. Por supuesto que no era de piedra. Las lágrimas también me ahogaban a mí, y aquella amenaza de llanto era una mezcla de alivio y tristeza.

Alivio por haberme quitado un enorme peso de encima.

Tristeza porque, a pesar de todo, sentía que acababa de perder a una buena amiga.

CAPÍTULO 15

Julian me vio a lo lejos y me saludó, levantando su brazo y llamándome para que me acercase. Me pasé la mano por la cara para quitarme de en medio aquellas frustrantes lágrimas. Levanté mi mano y grité para que viniera él. Aún no había puesto los pies sobre aquella tabla y no confiaba en poder hacerlo esa mañana.

Julian llegó en un momento donde yo estaba, surfeando, sonriendo y sacudiéndose el cabello mojado.

—¿Todo bien? —preguntó, pero su expresión cambió al ver la mía.

—No. Leah y yo hemos discutido. Ella...se va a quedar con Marco.

Julian frunció el ceño. Se sentó sobre su tabla y me encaró. Necesitaba su abrazo, y como si me leyese la mente, se acercó y me estrechó con fuerza.

—Eso no suena bien...

—No. En absoluto. Pero ahora necesito tiempo para pensar y procesar todo esto.

—¿Quieres que volvamos a la orilla?

Eché un vistazo por la playa. Ni rastro de Leah. Supuse que había ido a la *suite* a recoger sus cosas.

—Sí. Necesito despejarme.

—Claro —dijo Julian, poniendo su brazo alrededor de mis hombros—. Vamos a disfrutar del día, solo tú y yo.

Julian y yo nos tumbamos sobre nuestras respectivas tablas y empezamos a nadar en dirección a la orilla.

Después nos fuimos directamente hacia el bar del club de playa. Necesitaba uno de esos cócteles exóticos que echaban humo para animarme un poco.

Cuando terminamos de almorzar le pedí a Julian que me acompañase a la habitación. Por allí estaba todo en perfecto orden, como si no se alojase nadie. Leah se había llevado sus cosas y me había dejado una nota:

Llámame si te apetece hablar más tranquilamente.

Pues no, Leah. No me apetecía. En ese momento no. Era complicado calibrar mis sentimientos después de nuestra discusión. Estaba triste, pero también aliviada. En ese momento Leah era para mí un agente tóxico que me recordaba exactamente a todo aquello de lo que quería huir. La traición de mi mejor amiga era dolorosa, pero estaba dispuesta a hacer un esfuerzo y disfrutar de mis últimos días en Hawái.

Con Julian.

Por la tarde decidimos alquilar uno de los coches que el hotel ponía a nuestra disposición y explorar un poco la isla. En cuanto me lo propuso se me iluminaron los ojos.

—¿Lista para una aventura? —me preguntó mientras daba la vuelta al coche, después de sujetarme la puerta para que subiera al asiento del copiloto.

—Listísima —respondí, prometiéndome a mí misma que dejaría atrás, aunque solo fuese por unas horas, todo lo sucedido con Leah.

No había cosa que más me encantase que ir sentada en un coche, como pasajera, y que un hombre que me atraía tanto me llevase de excursión. Mientras Julian conducía, la brisa húmeda y el paisaje exuberante de Hawái obraban el milagro y hacían que me olvidase de todo. Bordeamos playas de arena blanca, frondosos bosques tropicales y un par de pueblos pintorescos. Me sentía muy afortunada de estar ahí, y más aún de estar con él.

Observé su perfil. Tenía los ojos clavados en la carretera y el semblante relajado. Se había portado muy bien conmigo, cuidándome toda la noche como si nos conociésemos desde hace siglos.

La pregunta que me hacía sobre él volvía a mí una y otra vez. La mente de Julian era tan impenetrable como la mía, los dos permanecíamos aferrados a nuestros secretos, y supongo que eso formaba parte de su atractivo.

—Cuéntame algo más sobre ti, Julian —dije, rompiendo el tranquilo silencio que había entre nosotros—. Háblame de la Antártida. No hablamos mucho de por qué dejaste la misión.

Resopló por un momento, sin apartar la mirada del asfalto.

—Es una historia larga, Valeria. Pero digamos que hubo... complicaciones personales. No era el lugar adecuado para mí en ese momento.

—¿Complicaciones personales? —pregunté, arqueando una ceja—. Eso suena misterioso.

—Es un sitio muy duro. El aislamiento hace cosas muy extrañas con tu mente. Tal vez algún día te lo cuente con más detalle —dijo, sonriendo de lado—. Pero por ahora, prefiero concentrarme en el presente. En este hermoso lugar y en ti.

Lo dicho.

Impenetrable.

Sonreí, sintiendo un calor agradable en el pecho. Estábamos juntos, y eso era lo que importaba. Pasamos el resto de la tarde explorando la isla, deteniéndonos en varios miradores para admirar las vistas y haciendo algunas fotos para recordar esos momentos. Cuando volvimos al coche eché un vistazo a algunas de esas imágenes. Eran íntimas. Eran las fotos de una pareja que empieza, no la de un simple lío de verano.

—¿Una última parada? —preguntó Julian—. Conozco el mejor sitio para ver el atardecer.

—Seguro que me encanta —le contesté.

Fuimos al último mirador sobre el océano y bajamos de nuevo del coche. Aquella inmensidad azul era desbordante, no podría olvidarla fácilmente.

—Este sitio es increíble. Me hace olvidarme por momentos de todos los problemas.

Julian me miró con curiosidad. Supongo que se preguntaba qué problemas reales podría tener una chica de Nueva York como yo.

—Estas islas tienen ese efecto. Parece que el tiempo aquí se detenga. Por eso han sido mi siguiente parada después de...la Antártida. Necesitaba algo así.

Era como si la sola mención de ese continente inhóspito le doliese. Y supongo que yo solía curarlo con un beso. Sentados sobre el capó del coche, nos besamos como adolescentes que aún no han dado el siguiente paso.

Cuando el sol empezaba a esconderse, decidimos que era hora de volver al coche y regresar al resort. Cenamos en un pequeño restaurante local, disfrutando de la comida hawaiana y, sobre todo, de la compañía mutua.

Y yo estaba tan bien allí con él que, por supuesto, tenía que estropear el momento.

—Julian, en tres días tengo que volver a Nueva York —solté finalmente, rompiendo el hechizo—. Y no sé qué va a pasar después de eso. He estado muy bien estos días aquí contigo, supongo que lo que quiero decir es que...

Él se quedó en silencio un momento, jugando con su copa de vino. Y eso me calló al instante.

—Lo sé, Valeria. Sé exactamente qué es lo que te preocupa. Yo también lo estoy pasando genial contigo. Pero para ser honesto, no estoy del todo seguro de mis propios planes todavía. Nueva York es una ciudad complicada para mí. Me he pasado buena parte de mi vida huyendo de ella.

—¿Complicada? —pregunté, sintiendo una punzada de ansiedad—. ¿Qué quieres decir?

—Solo que no tengo claro si quiero volver allí o seguir explorando otros lugares. Tengo la suerte de que mi trabajo me permite viajar, y me gusta esa libertad. La oferta de la Universidad sigue en pie, pero aún no me he decidido.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras. No sabía si eso significaba que no nos volveríamos a ver o si simplemente necesitaba tiempo para aclararse. Pero decidí no presionar más. Quería disfrutar de esos últimos días sin preocuparme por el futuro. Y si todo iba bien, los ojos que me vigilaban esos días en el resort se relajarían al entender que yo ya estaba “de vacaciones”.

—Entiendo —dije finalmente—. Disfrutemos del momento y ya se verá.

Julian sonrió y levantó su copa, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Exacto. A disfrutar del presente —dijo, chocando su copa con la mía.

El esfuerzo que iba a tener que hacer para calmar mi revolucionado corazón iba a ser titánico.

Porque no paraba de pensar en todas las mañanas del futuro despertándome a su lado.

Y eso era un problema.

Un problema de los gordos.

CAPÍTULO 16

Julian y yo regresamos al edificio principal del resort, sintiéndonos más conectados que nunca, encaminados hacia la misma habitación —la suya—. En ese momento, mi teléfono vibró con un mensaje. Por un momento consideré ignorarlo. Menos mal que no lo hice. Era de Evelyn Nakamura.

—¿Quién es? —preguntó Julian, notando mi expresión curiosa.

—Es la señora Nakamura —respondí mientras lo leía—. Me está invitando a cenar mañana en su casa.

—Me ha parecido oír que la mencionabas en algún momento. ¿Es la mujer con la que has estado reuniéndote estos días, no?

—Sí, exacto. Me invitó a cenar a su casa antes de volver a Nueva York. Tiene una mansión espectacular con vistas a Honolulu. ¿Te gustaría acompañarme? Me dijo que podía llevar a alguien —pregunté, entre nerviosa y esperanzada, y pensando por un momento en Leah.

Julian sonrió. Estaba casi convencida de que iba a decir que no.

—Por supuesto. Será interesante conocer a alguien tan influyente.

Sonreí aliviada. Lo cierto era que no tenía ganas de enfrentarme a esa última reunión yo sola.

—La verdad es que su casa es un sueño. Perfecto. Entonces, mañana por la noche, cena en casa de Evelyn Nakamura.

El ascensor se detuvo en la planta dos, donde estaba la habitación de Julian. Él me miró, con la sonrisa ladeada, como si no hiciese falta que me invitara a dormir con él. Nuestros cuerpos tenían algo pendiente. Yo temblaba y por supuesto que no quería volver a una *suite* gigantesca y estar allí sola.

Me cogió de las manos y estiró de ellas con suavidad.

—No quiero que esta noche se acabe aún, Valeria.

—Yo tampoco.

Ni aún ni nunca, la verdad.

Pero mis piernas no me respondían tan deprisa, quedaba en mí un resquicio de duda sobre si debía volver a pasar la noche con él. Habíamos dicho que íbamos a disfrutar del presente, pero aunque tenía poca experiencia con los hombres eso casi nunca me salía bien. Miré sus ojos, su boca. Lo deseaba tanto...

—¿Estás bien, Valeria? ¿Quieres pasar la noche en mi habitación?

Me mordí la lengua. No quería volver a sacar el tema. No quería preguntarle si iba a desaparecer de mi vida en cuanto me subiera al maldito avión privado que mi padre estaba punto de fletar para llevarme de nuevo a su lado.

Recordé donde estaba. Nadie me vigilaba en aquel pasillo.

Nunca había sido tan libre como esa noche.

Asentí.

—Sí, claro que quiero estar contigo.

Julian sonrió.

—Pues entonces soy todo tuyo.

No pude evitarlo.

Me puse de puntillas y le planté un beso en los labios mientras él acercaba la llave magnética a la puerta. Esta se abrió con un sonoro “clic”. Hubo solo un segundo de duda, de recelo, en él, y luego me rodeó con sus brazos y me atrapó con firmeza. Una de sus manos se hundió en mi melena mientras la otra me acercaba todavía más a su pecho.

Aún no habíamos traspasado el umbral. Pensé en Leah y Marco mientras abría la boca, como si me faltase el aire. Julian aprovechó para explorar mi lengua, enredándola con la mía. Lo saboreé despacio, al tiempo que sentía sus manos recorriendo mi cintura. Y demasiado pronto, él detuvo el beso.

—No podemos seguir aquí —dijo, como si también le faltase el aliento.

Mientras continuábamos besándonos dimos unos pasos torpes y atropellados hacia el interior de su habitación que, por cierto, también era una impresionante *suite*, aunque con un solo dormitorio.

—¿Voy demasiado deprisa? —preguntó, quebrando de nuevo su beso y mirándome a los ojos.

Negué con la cabeza.

—Esto es lo que quiero —le susurré en el oído.

—¿Esto? — preguntó, llevándome hacia la pared, con sus manos a cada lado de mi rostro, buscando mis labios una y otra vez. Encajó su muslo entre mis piernas y esa fue mi perdición, ya que el contacto entre nosotros era demasiado intenso. Busqué el roce de mi clítoris contra su reveladora dureza. Gemí por la deliciosa fricción. Instintivamente, me levanté la falda del vestido. Sabía muy bien que no había ninguna posibilidad de marcha atrás; llevaba ya días esperando aquel momento.

—Eso es, preciosa. Haz lo que quieras conmigo. Lo que necesites —dijo él, mientras llevaba una de sus manos a mis caderas para acompañarme en mis movimientos, ya desatados. Un gemido casi gutural se desprendió de mi garganta y tardé unos segundos en darme cuenta de que era yo misma quien estaba haciendo ruido. Él me miraba embelesado.

Entonces puso sus manos en la parte trasera de mis muslos.

—Arriba —dijo.

Con cualquier otro hombre me habría preocupado por su capacidad para sostenerme, pero la confianza que tenía en Julian a esas alturas era incuestionable. Rodeé sus caderas con mis piernas y sentí como nos uníamos un poco más íntimamente. Los trozos de tela que nos separaban eran escasos y muy finos. Me cogió en volandas y me llevó desde aquella pared hasta su dormitorio.

Me colocó con cuidado en su enorme cama. Ya la conocía de la noche anterior, pero de repente cobraba una nueva dimensión. Al siguiente instante estaba encima de mí, besándome, con sus manos recorriendo cualquier centímetro de mi piel que pudiese alcanzar sin quebrar nuestra conexión ni un ápice.

Julian encontró entonces uno de mis pezones y mi espalda se arqueó con el más ínfimo contacto, debajo de su cuerpo, animándolo a que siguiera por ese camino. Respiró con dificultad junto a mi boca. Después se separó un momento y yo atraje sus labios hacia mi oído.

—Eres un auténtico espectáculo, Valeria —susurró con los ojos brillantes—. Dios, verte así de receptiva debajo de mí... No sé ni qué hacerte a continuación.

—Házmelo todo —contesté, casi fuera de mí.

—Una chica codiciosa. Me encanta.

Y entonces empezó a desabotonar la parte superior del vestido. Mi cuerpo serpenteaba sobre las sábanas blancas para ayudarlo a desprenderse de mi ropa. Me dobló la pierna y cubrió mi tobillo con su boca.

Me retorcí, desesperada porque eso ya me parecía insuficiente. Julian se quitó la camisa y no perdió ni un segundo en quitarme el vestido del todo. Se quedó embobado, mirando mi ropa interior prácticamente transparente —elegida ese día con toda la intención del mundo.

—Mujer, vas a matarme —dijo entre gemidos mientras agarraba los laterales de mis braguitas y empezaba a bajármelas. Acompañó aquel movimiento impaciente con besos intermitentes que recorrían de nuevo mis piernas. Las abrí un poco más, pero Julian no parecía tener ninguna prisa. Y no la había en realidad, teníamos toda la noche, y toda la mañana, hasta la hora de la cena con Nakamura.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó entonces Julian, casi en trance, mientras terminaba de deshacerse de mi ropa interior. La lanzó al otro extremo de la habitación. Pensé por un momento en el esmero con el que la había elegido esa mañana y la velocidad a la que él se la había quitado de en medio. No era mi mejor conjunto de lencería, pero obviamente Julian no protestó.

Volvió a inclinarse sobre mí y me besó por el cuello y el pecho. Abrió el cierre frontal del sujetador. Era increíble que hubiésemos sido capaces de dormir juntos la noche anterior sin que nada de esto hubiera sucedido.

Acusé un poco mi propia timidez en cuanto él se alejó como medio metro, apoyado en la cama sobre sus manos, para observarme mejor. O tal vez era cierta inseguridad. ¿Estaba fijándose en mi tripa? ¿En mis brazos?

—Preciosa —repitió, como si fuese una oración.

Se acercó de nuevo y busco uno de mis pezones con su boca, succionándolo al instante. No pude controlar mis gemidos, ya que las sensaciones eran desbordantes. Dejé que me quitase el sujetador por completo y entonces me di cuenta de que a él todavía le quedaba ropa.

—Ahora tú —le dije, estirando un poco de la cintura de su pantalón.

Julian me obedeció al instante, tan seguro de sí mismo que me provocó cierta envidia. En unos segundos estaba de rodillas sobre las sábanas a mi lado, con su sexo preparado para mí.

—¿Seguimos? —me preguntó.

Mi única respuesta fue separar del todo las piernas y acercar los dedos a mi clítoris, empezar a estimularlo, para que él lo viese en todo su esplendor.

—Joder —susurró.

Se tumbó a mi lado, sobre el colchón y me dijo:

—Por favor, Valeria. Ponte encima de mí. Necesito sentirte ya.

¿Y quién se iba a resistir a una invitación así? Me coloqué sobre sus caderas y, muy despacio, deslicé su miembro duro en mi interior. Descendí poco a poco hasta que sentí que llegaba hasta el fondo. Los dos gemimos al mismo tiempo. Qué íntimo, por Dios. Sentía que aquel era el máximo nivel de comunión al que llegaría con alguien en esta Tierra.

Julian se agitó debajo de mis caderas, ansioso. Me sujetó un momento con sus manos para recrearse en mis profundidades. Entonces empecé a moverme arriba y abajo, persiguiendo la sensación que me arrancaba su miembro, rozándose una y otra vez en el punto justo, el punto perfecto, volviéndome loca.

Casi me provocaba una carcajada pensar que había estado a punto de arrepentirme de aquello, de disfrutar de mis días libres con aquel hombre que el destino había puesto en mi camino en aquella isla mágica.

Julian buscó de nuevo mi clítoris con su dedo pulgar, sin que nuestras miradas dejaran de

cruzarse ni un segundo. Empezó a estimularlo de nuevo mientras yo me movía. Lo cabalgaba como si estuviese sobre uno de los mejores caballos de los Bellucci. Podía sentir como esa deliciosa presión se anticipaba, la necesidad de explotar de una vez por todas. Casi estaba ahí. Aquello iba a ser rápido, pero teníamos muchas horas para un segundo, un tercer asalto.

Julian, viendo que estaba a punto de correrme, ajustó la presión sobre mi clítoris, concentrando sus movimientos circulares. Al mismo tiempo empujó sus caderas y avanzó un poco más en el interior de mi cuerpo, si es que eso era posible. Y en ese instante mi mundo enteró implosionó a mi alrededor, y mis discretos gemidos se transformaron en gritos mientras me recreaba en su polla, todavía creciendo en mi interior.

Julian levantó un poco mis caderas con sus manos sobre ellas y bombeó una, dos, tres veces, un poco más profundo. Y justo después él también dejó escapar un gemido gutural e interminable.

Me desplomé encima de su pecho, enterrando la cara en el espacio que quedaba sobre su hombro, concentrada en recuperar el aliento. Cuando me di cuenta de que aún seguía dentro de mí y que sería difícil volver a mis cabales en esa posición, me tumbé a su lado en el colchón.

—Ha sido alucinante —me dijo él, con la mejilla apoyada en la palma de su mano, mirándome embelesado—. Estás resplandeciente, Valeria.

Yo no me sentía resplandeciente, la verdad. Más bien sudorosa, agotada y saciada, pero no iba a contarle todo eso. Me acurruqué junto a su cuerpo y me prohibí a mí misma pensar en los pocos días que me quedaban en la isla, a su lado.

Me dormí pensando en la visita que tenía que hacer a Evelyn Nakamura al día siguiente, en lo poco que me apetecía y en el mal presentimiento que aquella invitación de repente me despertaba.

CAPÍTULO 17

El sol ya se había escondido, tiñendo el cielo de violeta, cuando llegamos a la mansión de Evelyn Nakamura. De noche la residencia era todavía más espectacular, enclavada en lo alto de la colina, con unas vistas que abarcaban la inmensidad del océano por un lado y la ciudad de Honolulu por el otro. Las luces salpicaban los jardines, perfectamente cuidados y oíamos el ruido del agua fresca de los manantiales naturales que alimentaban todas aquellas plantas.

Julian y yo intercambiamos miradas antes de salir del coche. Habíamos pasado de nuevo todo el día juntos —a quién voy a engañar, prácticamente sin salir de la cama— y a última hora había albergado ciertos recelos sobre si debía hacerlo pasar por aquello. Al fin y al cabo entrar en casa de Evelyn era entrar en un universo muy concreto. El nuestro. Nuestro maldito universo podrido.

La casa de Evelyn irradiaba una mezcla de lujo y poder que era innegable, pero también intimidante. Unos hombres, vestidos con trajes oscuros y discretos, vigilaban la entrada con la mirada alerta, aunque ninguno de ellos pareció sorprenderse al vernos. Podían pasar perfectamente por lo que eran, la guardia personal de la señora Nakamura.

—¿Estás lista? —preguntó Julian, percibiendo mi incomodidad.

—Lo estoy. Vamos.

Le sonreí, intentando tranquilizarme a mí misma más que a él.

Subimos las escaleras hacia la entrada principal, donde un mayordomo elegante nos recibió con una especie de reverencia. No lo había visto en mis anteriores visitas.

—La señora Nakamura ya los está esperando —dijo, indicándonos que lo siguiéramos.

Nos llevó a un ala de la casa que no conocía, así que tuve la ocasión de echar un buen vistazo a la ostentosa decoración. Era todo una contundente mezcla de modernidad y tradición hawaiana, con toques de arte asiático ancestral. Había muchos cuadros con desnudos femeninos. Vi como Julian se quedaba mirando un par de armaduras de samurái expuestas ante un largo pasillo.

No podía dejar de pensar en la conversación que estaba por venir. No era tonta. Sabía que Evelyn no me había invitado simplemente para charlar. En este mundo nadie da puntada sin hilo y las formalidades no son tan necesarias.

Entramos en un enorme comedor privado, donde Evelyn estaba esperando. Se levantó de su silla en cuanto nos vio, con una sonrisa amplia y calculadora.

—Qué maravilla verte de nuevo, Valeria. Y tan bien acompañada. Tú debes ser Julian, el biólogo.

Le había confirmado la asistencia a Evelyn con un “más uno”, un amigo llamado Julian, le dije a secas. En ningún momento le había dicho a qué se dedicaba.

Ha sido un error traerlo aquí, me dije enseguida. Con Leah habría estado mucho menos incómoda. Uf. No quería pensar en ella en ese momento. Hacía ya más de un día que no nos veíamos, a pesar de que no me constaba que hubiese dejado el hotel.

—El gusto es mío, señora Nakamura —Julian estrechó su mano, manteniendo una sonrisa cortés, pero sus ojos no dejaban de explorar cada detalle de la sala.

Nos sentamos, y el mayordomo empezó a servir el primer plato, una exquisita selección de sushi y sashimi. La conversación comenzó de forma relajada, hablando de banalidades sobre Hawái y los encantos de la isla.

—La vida aquí es tan distinta a Nueva York, ¿no crees? —comentó Evelyn con un tono sugerente mientras me miraba.

Estaba tanteando el terreno, estaba más que claro.

—Uy. Sí. No parece ni que estemos en el mismo planeta.

—¿Cuánto tiempo más te quedarás en nuestra hermosa isla, Valeria?

—Solo unos días más. Después tendré que ir a Nueva York para...atender algunos asuntos familiares.

Evelyn sonrió, sabiendo perfectamente a qué me refería. No tenía que preocuparme de que ella desvelase a qué se dedicaba mi padre delante de Julian. Tenemos un sexto sentido para saber quién está metido hasta las trancas en este mundo y quién no.

—Esos asuntos siempre son prioritarios, ¿verdad? Aunque a veces lo que más queremos es dejarlos atrás por un tiempo.

—Exactamente —asentí, acusando el peso de sus palabras. Aunque no decía mucho, Evelyn sabía cómo manipular una conversación para hacer que sus mensajes llegaran claros.

Julian, aunque aparentaba estar relajado, observaba cada palabra que intercambiábamos. No era estúpido, y algo en su expresión me hizo darme cuenta de que estaba comenzando a atar cabos.

—¿Y usted, señora Nakamura? —preguntó Julian, dirigiendo la atención hacia ella—. ¿Siempre ha vivido aquí en Hawái?

—Llámame Evelyn, por favor —respondió con una sonrisa magnética—. Así es. Mi familia ha estado en estas islas durante generaciones. Mi bisabuelo era japonés. Nos gusta mantener nuestras raíces profundas. Aunque, como bien sabe Valeria, a veces esas raíces familiares pueden ser un poco... restrictivas.

Sentí que la cena empezaba a volverse incómoda. Evelyn era demasiado directa en su manera de insinuar cosas, y sabía que Julian estaba captando esos matices. Mi mente empezó a divagar, pensando en cómo sería la conversación que tendríamos después, cuando tuviéramos que volver en el coche.

El segundo plato fue un filete de pescado fresco, perfectamente cocinado, acompañado de verduras locales. Mientras comíamos, Evelyn continuó hablando de la historia de su familia y su influencia en la comunidad local, siempre con esa dualidad de dulzura y poder subyacente.

—En realidad yo crecí en Maui, pero Honolulu es una ciudad interesante —comentó Evelyn—. Llena de oportunidades para quienes saben cómo aprovecharlas. ¿No es así, Valeria?

—Sí. Siempre hay algo en lo que involucrarse. Al menos esa es la impresión que me llevo de estos días.

Miré la expresión neutra de Julian. Nakamura parecía dispuesta a hacer que lo nuestro descarrilase.

—Por cierto, he notado que tienes un par de guardaespaldas bastante discretos —dijo entonces Evelyn con su mirada afilada—. Es una pena que tengas que preocuparte por la seguridad aquí en Hawái. Es un lugar bastante tranquilo. Pero supongo que son cosas de Vincenzo.

—Sí, bueno, uno nunca sabe —respondí, intentando mantener un tono ligero, sin darle demasiada importancia.

Julian se inclinó un poco hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, mirando a Evelyn con curiosidad.

—¿Seguridad? Pero...¿es necesario tener guardaespaldas aquí? Pensé que este era un lugar pacífico.

Evelyn soltó una pequeña carcajada. Su voz sonaba suave pero cargada de intención.

—Depende de a qué se dedique uno, querido. Algunas personas tienen responsabilidades que requieren medidas adicionales, incluso en un paraíso como este.

El silencio que siguió fue contundente, cargado de significado. Evelyn sonrió como si acabara de hacer una broma y tomó un sorbo de su vino. Julian asintió. Vi como una ligera arruga se formaba en su frente.

—Lo entiendo —dijo finalmente, con una media sonrisa bastante reveladora—. Algunos trabajos requieren precauciones adicionales.

Terminamos la cena con un postre ligero y más charla superficial, pero la tensión en el aire era palpable. Cuando finalmente nos levantamos para irnos, Evelyn me acompañó hasta la puerta, tomando mi mano entre las suyas.

—Espero que lo que hemos hablado hoy sea de utilidad para ti, Valeria. Sabes dónde encontrarme si necesitas algo más.

—Gracias, Evelyn. Lo aprecio mucho. Y muchas gracias por invitarnos a cenar.

—Vuelve pronto a Hawái, por favor. Y dale un abrazo de mi parte a Vincenzo.

Como si no hablase con él continuamente por teléfono, pensé.

Nos dirigimos de nuevo hacia el coche que habíamos alquilado en el hotel y que estaba siendo custodiado por el equipo de Evelyn. Julian se puso otra vez al volante, y permaneció en silencio mientras salimos de los dominios de Nakamura. Fue solo cuando estábamos en la carretera principal que bordeaba la isla que me atreví a mirarlo. Su rostro estaba pensativo, más serio de lo habitual.

—Julian, ¿está todo bien? —pregunté, aunque intuía lo que pasaba por su mente.

—Sí, todo bien. Solo... pensando —respondió, con sus ojos fijos en la carretera.

No quise presionarlo. Sabía que estaba procesando lo que había visto y oído en la cena. El vehículo que nos había seguido todo el camino hasta la casa de Evelyn seguía detrás de nosotros, pero decidí no mencionarlo. Eran los hombres de mi padre, asegurándose de que todo estuviera bajo control. No pude evitar preguntarme si Marco estaba entre ellos, pero no era el momento de comprobarlo.

Finalmente, llegamos al hotel, y Julian apagó el motor. Se volvió hacia mí. Su expresión parecía más suave, pero aún reservada.

—Gracias por invitarme esta noche, Valeria. Fue una cena... interesante. Oye...he de hablar con mi madre esta noche. Por la diferencia horaria...creo que ya estará despierta. Y tenemos algunos asuntos que discutir. ¿Te importa si voy un poco más tarde yo a tu habitación esta noche?

—Por supuesto —dije, inclinándome para darle un beso antes de salir del coche.

Mientras lo veía caminar hacia su habitación, no pude evitar sentir una punzada de ansiedad. Había algo que había cambiado en él, algo que podría afectar lo que teníamos. Pero por ahora, todo lo que podía hacer era esperar y ver qué sucedía.

CAPÍTULO 18

El amanecer llegó demasiado temprano, arrancándome de una pesadilla que se desvanecía en cuanto abrí los ojos. Sentí un nudo en el estómago antes de darme cuenta de que algo andaba mal.

Muy mal.

Extendí la mano hacia el lado de la cama donde debería estar Julian, pero solo encontré sábanas frías y vacías.

Me incorporé, todavía un poco aturdida, y miré a mi alrededor. La habitación estaba en silencio, el aire inmóvil. Las olas resonaban en la distancia, rompiendo en la orilla; pero no había rastro de Julian. Su teléfono no estaba en la mesita de noche, ni su reloj. Todo lo que normalmente había dejado a mano las últimas noches que dormimos juntos, no estaban allí.

Traté de calmarme, pensando que tal vez se había despertado temprano y había salido a correr o a hacer una de esas cosas que él hacía para mantener la cabeza despejada. Pero algo no cuadraba. Había estado raro anoche, después de la cena en casa de Evelyn, como si hubiera algo que no me estaba diciendo. Y ahora, su ausencia solo amplificaba esa sensación incómoda.

Traté de hacer memoria. Cuando nos despedimos, me dijo que tenía una llamada pendiente con su madre. Y que después vendría a mi habitación. Pero eso no había sucedido, ¿no? ¿Tal vez se quedó dormido? Yo apenas tardé tres minutos en caer rendida.

Me quedé tumbada unos minutos más, intentando convencerme de que estaba exagerando, pero el mal presentimiento no se iba. Miré el reloj. Eran las seis y media de la mañana. Aún era temprano, pero la ansiedad comenzó a crecer en mi pecho. No podía seguir tumbada allí esperando a que volviera.

Finalmente, me levanté y me vestí a toda prisa. Decidí que a las siete iría a buscarlo. Tal vez había salido a hacer una nueva llamada, igual que anoche. A lo mejor sí había llegado a venir a mi habitación, yo qué sé. Le di la llave magnética que Leah me había dejado sobre el mueble del recibidor.

A ver, haz memoria, Valeria. Dijo que tenía que hablar con su madre, Cassandra. Debía haberse quedado dormido. Seguro. Tenía que ser eso. Sin embargo, a medida que el reloj avanzaba, mi ansiedad crecía. Fui al baño, me lavé la cara y traté de calmarme sin mucho éxito. Cuando el reloj marcó las siete en punto, salí de la habitación.

Primero fui a la suya. Toqué la puerta suavemente, esperando que la abriera con una sonrisa soñolienta, pero no hubo respuesta. Volví a tocar, esta vez más fuerte. Nada. Giré el pomo, pero estaba cerrada. Un frío me recorrió la espalda. ¿Dónde demonios estaba?

Decidí bajar al restaurante del hotel. Quizás ya estaba allí, desayunando y esperando que me uniera a él. Mientras caminaba por los pasillos del hotel, mi mente no paraba de saltar de un pensamiento a otro, todos ellos inquietantes. Había sido un error llevarlo a esa cena, lo sabía muy bien. Julian había visto demasiado, había percibido la tensión, la presencia de los hombres armados en la casa de Evelyn...

¿Qué le habría pasado por la cabeza? Tal vez se había asustado, quizás había decidido que no quería estar involucrado con alguien como yo.

Una hija de la mafia.

Intenté desviar esos pensamientos, pero no podía evitarlo. Mi paranoia habitual se mezclaba con el miedo real de que Julian hubiera decidido marcharse. Y lo peor de todo: marcharse sin decirme nada.

Al llegar al restaurante, miré alrededor frenéticamente, buscando esa figura alta y elegante entre las mesas. Pero él no estaba allí. Tampoco vi a Leah, aunque eso ya no me sorprendía. No la había visto desde nuestra discusión en la playa. La rabia aún me quemaba, pero ahora había algo más urgente que me inquietaba.

Saqué mi teléfono y, justo cuando estaba a punto de llamarlo, recibí un mensaje. El corazón me dio un vuelco, esperando que fuera de Julian, pero cuando lo abrí, vi el nombre de mi padre, Vincenzo:

Valeria, ven a verme en cuanto llegues a Nueva York. Tengo algo nuevo para ti.

Aquellas palabras, en aquel preciso momento, eran como una bofetada. Vincenzo nunca me daba tregua. No importaba que estuviera en medio de una crisis emocional, él siempre encontraba la manera de recordarme quién era y cuál era mi papel. Estaba atrapada en un ciclo interminable de obligaciones y lealtades familiares que nunca me permitirían ser realmente libre. Era tan frustrante.

Paseé entre las mesas y después salí a la terraza exterior del restaurante. La desesperación empezó a crecer dentro de mí. ¿Qué iba a hacer ahora? Julian parecía haberse esfumado, Leah estaba fuera de mi vida, y mi padre ya me reclamaba para otro de sus trabajitos. No podía soportarlo más.

Decidí ir a la recepción del hotel. Tal vez allí podrían decirme si habían visto a Julian o si había dejado algún mensaje para mí. Me acerqué al mostrador, tratando de mantener la compostura.

—Disculpe, estoy buscando a Julian Percival, ¿sabe si todavía está en su habitación? No lo he visto esta mañana.

La recepcionista, una chica joven con una sonrisa de lo más profesional, tecleó en su ordenador antes de mirarme con una expresión neutra.

—El señor Percival hizo el *check-out* temprano esta mañana, señora.

—No. No puede ser. Habíamos quedado. ¿Puede comprobarlo de nuevo?

—Puedo, pero en realidad no es necesario. Yo misma le he atendido.

Fue como un puñetazo en el estómago.

El mundo pareció detenerse.

Sentí que el suelo de la isla se deslizaba bajo mis pies. No, esto no podía estar pasando. Julian se había largado. Sin despedirse, sin decirme nada. Simplemente... se había ido.

—¿Dejó algún mensaje? —pregunté, comprobando cómo la voz apenas podía salir de mi garganta.

La recepcionista negó con la cabeza.

—No, señora. No dejó ningún mensaje.

Le di las gracias en voz baja y me alejé del mostrador, tratando de procesar lo que acababa de ocurrir.

Julian se había ido. Había hecho el *check-out*, dejado el hotel... y a mí. Me sentí completamente vacía. Todo lo que habíamos compartido estos días, las risas, las excursiones, la complicidad, las miradas intensas... todo se había desmoronado en un segundo.

¿Había sido todo una ilusión?

Mis pasos me llevaron de vuelta a mi habitación, aunque apenas era consciente de hacia dónde caminaba. Me dejé caer en la cama, mirando el techo, mientras intentaba asimilarlo.

Julian había decidido que yo no valía la pena. Que solo había sido una aventura de vacaciones. Algo que se quedaría en aquella isla a la que no pensaba volver jamás.

Mi teléfono sonó de nuevo, pero lo ignoré. No quería saber de nadie, ni siquiera de mi padre. Solo quería desaparecer en la oscuridad de mi propia desesperación.

Finalmente, me obligué a levantarme. Empecé a hacer mi maleta, como si eso pudiera ayudarme a recuperar el control.

Tal vez era lo mejor.

Tal vez Julian se había dado cuenta de lo que yo misma no quería admitir: que Valeria no era la mujer que él pensaba.

Era la hija de un capo mafioso, y eso nunca cambiaría.

Nueva York me esperaba, y con ella, mi destino ineludible.

SEGUNDA PARTE
JULIAN, Nueva York

CAPÍTULO 19

El cielo gris de Manhattan era un reflejo de mi estado de ánimo. No me había quitado a Valeria de la cabeza desde que dejé Hawái, y ahora, de pie junto a la tumba de Sheila, la mujer que prácticamente nos crió a mis hermanos y a mí, ese vacío se hacía aún más profundo.

Había regresado a la ciudad por obligación, aunque la excusa era lo suficientemente válida para dejar todo atrás. Sheila llevaba meses luchando contra un maldito cáncer, y cuando mi madre me llamó para decirme que el final estaba cerca, supe que no podía estar en otro sitio más que allí.

Londres era el hogar de mi madre y donde había pasado buena parte de mi infancia, pero Nueva York siempre había sido el lugar donde nuestras vidas se entrelazaban de maneras incómodas. Aquí, entre los rascacielos y el ruido incesante, había pasado la mayor parte de la adolescencia con mis hermanos; Samuel, Blake y Renée, bajo la mirada vigilante de Sheila.

Había sido mucho más que un ama de llaves.

Había sido mucho más que la confidente de mi madre.

Supongo que en el fondo había sido su gran amor, sobre todo cuando mi padre nos dejó.

Pero mamá nunca se había referido a Sheila como *su pareja*.

Porque era *evidente*.

Nunca fue necesario tener esa conversación con nosotros.

El funeral fue pequeño y discreto, justo como ella deseaba. Todos mis hermanos estaban allí, por supuesto. Samuel apareció con su porte siempre impecable, acompañado de su esposa, Cassidy.

Ambos flanqueaban a mi madre, quien mantenía su semblante impenetrable incluso en un momento como este. Blake había volado desde Shanghai en cuanto supo la noticia, y Renée, mi descarriada hermana pequeña, estaba a mi lado, con los ojos enrojecidos por el llanto. Hacía siglos que no nos reuníamos todos.

Me mantuve en silencio durante toda la ceremonia, luchando por mantener la compostura.

No era solo el dolor por perder a Sheila, sino también la lucha interna que llevaba arrastrando desde que había vuelto de Hawái.

Había sido un cobarde.

Lo sabía.

Había salido corriendo, literalmente, porque no podía lidiar con lo que Valeria significaba para mí. Sobre todo después de descubrir exactamente quién era su padre.

Pero lo peor de todo era que, en lugar de olvidarla, tal y como esperaba, se había fijado en mi mente como una obsesión.

Valeria...

No había pasado un solo día sin pensar en ella. En cómo su risa, su mirada, su maldita presencia se había adueñado de mi alma. Pero sabía que estar con ella sería un desastre. Esa

chica estaba metida en algo turbio, algo que yo no podía permitirme.

La cena con Evelyn Nakamura había sido la gota que colmó el vaso. Julian Percival, científico y, hasta hace poco, un hombre con los pies en la tierra, no podía darse el lujo de enredarse con alguien como Valeria. Lo que vi esa noche en casa de Evelyn fue suficiente para darme cuenta de que ella pertenecía a un mundo que yo no entendía, y mucho menos quería entender.

Mientras los asistentes empezaban a dispersarse, me quedé atrás, observando la lápida recién colocada. "*Sheila Bellevue, fiel amiga y guardiana*", decía la cinta que envolvía una de las espectaculares coronas de flores.

La verdad es que, sin ella, nuestra familia se habría desmoronado hace mucho tiempo. Cassandra nunca había sido una madre especialmente cariñosa. Sheila había llenado ese vacío, convirtiéndose en la roca sobre la que se sostenía mi caótica familia. Y ahora que ella no estaba, todo parecía inestable, como si estuviéramos en la cúspide de una tormenta.

Observé el rostro pétreo de mi madre.

Ella no se iba a permitir llorar en público.

Samuel se acercó y colocó una mano en mi hombro. Era típico de él, siempre el hermano mayor, siempre el que intentaba mantenernos a todos a flote.

—No te preocupes, Jules. Mamá va a estar bien —dijo, aunque sus palabras sonaban vacías.

Asentí, pero no dije nada. Mi mirada se perdió en el horizonte, mientras intentaba procesar todo lo que sentía. La muerte de Sheila, la distancia que me había impuesto con Valeria, la incertidumbre sobre lo que vendría después. Mi maldito futuro profesional después de lo de la Antártida...

Blake se unió a nosotros, con su expresión de siempre, como si nada pudiera perturbarlo. Pero sabía que por dentro estaba igual de afectado que yo.

—Necesitamos un trago —dijo con su voz ronca.

—Dos —añadió Renée, apareciendo a mi otro lado. Me sorprendió lo calmada que estaba ahora de repente —. Vamos, Julian. No tiene sentido quedarnos aquí. Sheila odiaría vernos así.

Sabía que tenía razón. Sheila siempre fue la primera en decirnos que no nos ahogáramos en la pena. "La vida sigue", solía decir con su sonrisa suave. Y así lo haría, aunque en ese momento no podía ver más allá del dolor y la confusión.

Nos dirigimos al coche que nos esperaba. Mientras conducíamos hacia el edificio Golden Percival en Manhattan, el hogar familiar, no pude evitar mirar por la ventana, observando cómo la ciudad rebotaba de vida a pesar de mi dolor. Era irónico cómo la vida seguía adelante sin importar lo que pasara en la nuestra.

—Julian, ¿estás bien? —preguntó Renée, rompiendo el silencio. Había dejado de llorar, pero su voz aún tenía un tono de preocupación.

Le sonreí. Mi hermana, la poeta. Cómo había cambiado en los últimos años...

—Sí, estoy bien —mentí, desviando la mirada hacia ella.

—Mentiroso —murmuró Blake desde el asiento del copiloto, esbozando una de sus cínicas sonrisas.

—Que estoy bien —insistí, esta vez con un poco más de convicción.

Samuel, que estaba conduciendo, lanzó una mirada rápida por el retrovisor. Su esposa se había quedado con mamá, y venían en el coche habitual que usaba Cassandra, con su chófer de siempre. Aquella distribución de pasajeros tal vez no era la más apropiada, pero me alegré de estar con mis hermanos.

—Pues estás muy callado. No nos has contado gran cosa de tus aventuras en el Polo Sur... — dijo Renée, con esa seriedad que siempre adquiría cuando se trataba de mí.

—Lo sé —respondí, aunque sabía que no iba a hablar. No sobre lo que realmente me estaba afectando, que no era otra cosa que la mujer que había conocido en Hawái. Por mucho que les contara, no podían entender lo que significaba Valeria para mí, y no tenía intención de explicarles cómo me había permitido colarme tan rápido por alguien que apenas conocía.

¿Qué hace uno después de un funeral a primera hora de la mañana?

¿Cómo es el resto del día?

Trabajar resulta difícil. Solo cabe perderse en tus pensamientos.

Cuando finalmente llegamos al edificio, mis hermanos se dispersaron, cada uno lidiando con su dolor a su manera. Me quedé solo en la sala de estar del ático, mirando la ciudad desde las ventanas panorámicas.

Era increíble pensar que ella estaba por allí, y tal vez estaba contemplando las mismas nubes que yo.

Me sentía atrapado entre dos mundos: el de los Percival, lleno de responsabilidades y recuerdos dolorosos, y el otro, más oscuro si cabe, donde habitaba Valeria Bellucci.

Quería olvidarla, debía hacerlo.

Pero cuanto más intentaba sacarla de mi mente, más fuerte se hacía su presencia en mis pensamientos. ¿Cómo podía seguir adelante cuando una parte de mí deseaba estar de vuelta en Hawái, abrazándola, besándola, como si nada más importara?

Mis hermanos pensaban que me preocupaba por la muerte de Sheila, por nuestra familia. Y sí, lo hacía. Pero lo cierto era que el verdadero conflicto en mi interior era Valeria. Esa chica lo había cambiado todo. Había despertado algo en mí que no podía ignorar, algo que ni siquiera la frialdad de Nueva York podía congelar.

Suspiré.

¿De verdad quería hacer eso?

Buscarla. Encontrarla.

Sabía que acercarme a ella significaba ponerme en peligro, a mí y tal vez a todos los que me importaban.

Valeria era una llama que podía quemarme vivo, pero, maldita sea, deseaba ese calor una vez más.

CAPÍTULO 20

El bullicio de la ciudad se desvaneció en cuanto entré en la oficina del detective Liam Moore, situada en una discreta calle lateral del Upper East Side. Las paredes estaban llenas de archivos, con estantes repletos de documentos y una ligera penumbra, iluminada solo por la luz de la lámpara de su escritorio.

Liam Moore era un tipo atractivo, más o menos de mi edad, con ojos calculadores y un gesto imperturbable. Me recibió con un apretón de manos. Siempre había sido eficiente, metódico, y su historial lo avalaba. Mi hermano Samuel había contratado sus servicios varias veces, así que podía decirse que era un viejo conocido de la familia. Pero lo que más me importaba era que se trataba de un profesional discreto.

—Julian Percival —dijo mientras me señalaba una silla frente a su escritorio—. Cuéntame, ¿en qué puedo ayudarte?

Me acomodé en la silla, calibrando por última vez el peso de la decisión que estaba a punto de tomar. Pero ya no había vuelta atrás.

—Necesito que encuentres información sobre una mujer —dije, intentando mantener la voz firme.

Liam levantó una ceja, pero no dijo nada. Solo cogió un cuaderno y un bolígrafo, listo para apuntar.

—Se llama Valeria Bellucci —continué—. Quiero saber todo lo que puedas sobre ella: dónde vive, a qué se dedica, con quién y por dónde se mueve, cómo localizarla... todo.

Liam se detuvo, con su bolígrafo suspendido en el aire, antes de escribir el nombre. Luego levantó la mirada, y por un instante, noté un brillo especial en sus ojos.

—Bellucci, ¿eh? —murmuró, casi para sí mismo. Luego volvió a mirarme, su expresión era ahora más seria—. Es un apellido con bastante peso en esta ciudad. ¿Estás seguro de que quieres ir adelante con esto?

—Más que seguro —respondí sin dudar. Había llegado demasiado lejos como para echarme atrás ahora.

Liam asintió lentamente, evaluando la situación. Sabía que no necesitaba explicarle mucho más. Moore era un hombre de pocas palabras y mucha acción. Solo necesitaba un nombre. Si se lo proporcionaba, él encontraría todo lo necesario, sin preguntas adicionales.

—Haré lo que pueda —dijo finalmente—. Pero ten cuidado, Julian. Algunas puertas, una vez abiertas, no se pueden cerrar.

No respondí, simplemente me levanté y le extendí la mano, que él estrechó de nuevo con firmeza. Mientras salía de su oficina, no podía evitar sentir una tímida oleada de dudas. ¿Estaba haciendo lo correcto? Pero al pensar en Valeria, en sus ojos oscuros y enigmáticos, supe que no tenía elección. Necesitaba esas respuestas.

CAPÍTULO 21

Dejé el edificio donde estaba la oficina de Liam Moore y me dirigí de nuevo, paseando, hasta nuestro ático en el Golden Percival. El encuentro con el detective me había dejado agitado, pero sabía que no podía postergar más la reunión con mamá. Ella había insistido en que hablásemos después del funeral, especialmente después de lo ocurrido en la Antártida.

Subí hasta la última planta, desde donde varias generaciones de los Percival habían dominado la ciudad. Mi madre había construido allí una auténtica fortaleza, un refugio de lujo y tradición en el que cada rincón emanaba la frialdad elegante que la caracterizaba.

En los últimos años había pasado mucho tiempo también en su casa familiar de Inglaterra, pero a mí siempre me pareció que el Golden Percival era su sitio. Era ella quien solía ocupar el ático, sobre todo desde que Samuel se mudó; mientras que yo mismo y mis hermanos ocupábamos poseíamos distintos apartamentos en el resto del edificio.

Fui directamente hacia su despacho y la encontré allí, sentada detrás del escritorio, revisando unos documentos.

—Julian —dijo, levantando la vista cuando entré—. Siéntate.

Obedecí y me senté frente a su escritorio, sintiendo la misma presión en el pecho que siempre albergaba cuando hablaba con ella. Cassandra Percival era una mujer de acero, imperturbable, siempre al mando. Pensé en Evelyn Nakamura. Las dos desprendían exactamente la misma energía.

Miré a mi madre. No podía estar bien. Había perdido a Sheila. Su compañera de vida después de la muerte de mi padre, cuando apenas éramos unos adolescentes. Por mucho que hubiese tenido días, tal vez semanas, para hacerse a la idea de su inminente adiós, tenía que estar afectada. Observé sus manos y estuve tentado de agarrarlas. Pero ella no parecía por la labor de concederse un respiro.

—Quiero hablar contigo de lo que ocurrió en la Antártida —dijo directamente, sin rodeos.

Suspiré. Sabía que este momento llegaría, pero aún así no estaba preparado.

—¿Qué necesitas saber, madre?

—Todo. Qué pasó. Por qué te fuiste. En Hawái no querías hablar del tema. Pero si hemos de sentarnos a planificar tu futuro en Nueva York quiero estar al tanto de lo que sucedió.

—Yo no tengo claro que mi futuro esté en Nueva York —contesté con voz firme, aunque intenté no sonar desafiante.

Mi madre me miró, sorprendida.

—Te escucho.

—Fue... complicado —comencé, buscando las palabras adecuadas—. Todos sabemos que la soledad y las condiciones extremas pueden afectar a las personas de manera impredecible. Pero no esperaba lo que ocurrió con Helen.

El nombre de mi compañera de expedición resonó en el despacho. Había sido una científica brillante, alguien con quien compartí años de investigación en las condiciones más inhóspitas del

planeta. Pero una noche, todo cambió.

—Habíamos hecho una pequeña fiesta —continuó—. Nada fuera de lo normal, solo un momento para relajarnos después de un día particularmente duro. Helen y yo... tonteamos un poco. Nos besamos. La cuestión era que yo no quise ir más allá. Helen me gustaba, pero era mi compañera de trabajo. Y nos quedaban aún varios meses de trabajo. No quería complicar las cosas entre nosotros. Así que esa noche después de la celebración me fui a dormir solo.

La expresión de mi madre no cambió, pero sabía que me escuchaba atentamente, sopesando cada palabra.

—Más tarde, en mitad de la noche, me desperté con ella en mi habitación, intentando... atacarme. Con un destornillador. No sé qué la llevó a ese punto, si se sintió rechazada; si fue la soledad con la que convivíamos, la presión, o si había algo más profundo que yo no vi. Pero lo que sucedió esa noche me afectó. Por suerte, no llegó a herirme y ella tampoco se lastimó.

Cassandra asintió lentamente.

—Y fue entonces cuando decidiste dejar la expedición —concluyó.

—Sí —admití—. No podía quedarme. No después de lo que pasó. Y tampoco podía hacer público el motivo de mi retirada. Eso habría supuesto el final de su carrera científica una vez que...se recuperase.

Mi madre resopló.

No era algo fácil de entender. La Antártida era como estar en otro planeta y yo no estaba precisamente en mi momento más elocuente. Ni yo mismo había alcanzado entender qué le había pasado a Helen. Había sido evacuada y hospitalizada después del incidente y no había vuelto a hablar con ella.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Cassandra.

Me hacía gracia que mi madre siguiera pensando que tenía alguna potestad a la hora de decidir sobre mi futuro. Como si yo no fuese un hombre autónomo y de pleno derecho que se había ganado la vida honradamente con la ciencia.

—Bueno...— hice una pausa, dudando si debía continuar—. Hay una cosa más, madre. Conocí a alguien en Hawái.

Cassandra levantó una ceja, curiosa.

—Valeria Bellucci —dije, y por primera vez, vi una reacción en su rostro, una leve tensión.

—¿Bellucci? —repitió, como si saboreara el nombre—. ¿Sabes lo que ese apellido significa, Julian?

—Lo sé —respondí rápidamente—. Pero no puedo dejar de pensar en ella. No sé si es prudente, o siquiera sensato, pero la realidad es que no puedo sacarla de mi cabeza.

Mi madre me miró fijamente. Sabía que no estaba acostumbrada a verme tan involucrado con alguien. Las mujeres siempre habían sido algo secundario en mi vida.

—Supongo que si estás dando el paso de contármelo es porque esa chica realmente te interesa.

Asentí.

Prefería hacerlo así.

Contárselo a Cassandra justo en ese momento era una forma de no echarme atrás.

—Solo te pido que te andes con cuidado, Julian —dijo finalmente—. No te metas en algo de lo que no puedas salir. Y con respecto a tu futuro profesional, he estado hablando con el rector de la Universidad de Nueva York y ya sabes que existe la posibilidad de...

La interrumpí.

—Madre, ¿crees que podemos dejar eso para otro día? Voy a quedarme un tiempo por aquí.

Déjame que...respire un poco.

—Creí que ya habías respirado bastante en Hawái.

—Por favor.

—Está bien, pero habla con tus hermanos —advirtió, como si ellos tuviesen todas las respuestas que necesitaba en esta vida.

Su advertencia quedó suspendida en el aire mientras salía del estudio. Necesitaba aire, espacio para pensar. Bajé las escaleras y salí a la terraza del piso principal, donde encontré a Blake, quien estaba fumando un cigarrillo apoyado en la verja.

—Creí que lo habías dejado.

—¿Qué pasa, *bro*? —preguntó, viendo mi expresión.

—Nada —dije, pero él me conocía demasiado bien como para creerme.

—Vamos, Julian. ¿Cuándo nos hemos guardado secretos? —insistió.

Suspiré, muy consciente de que Blake no me dejaría en paz.

—Conocí a alguien en Hawai —admití—. Se llama Valeria Bellucci.

Blake silbó.

—¿Bellucci de los Bellucci? No te gusta que te lo pongan fácil, ¿verdad?

—¿Es que todos conocéis a esa familia? —pregunté con una sonrisa amarga.

—Incluso yo, que vivo en la otra punta del mundo, sé de las artimañas de los Bellucci en esta jodida ciudad.

—Ya, claro. ¿Qué tal te va por ahí, por cierto?

—¿En Shanghái?

—Uf. Si te digo la verdad, creo que mi etapa china está tocando a su fin...

—¿En serio?

—Sí. Pero ya veremos. No cambies de tema, Jules.

Blake me miró con seriedad. Su habitual gesto relajado y jocoso se había esfumado por completo.

—Ten cuidado, hermano. Las mujeres como ella... pueden ser peligrosas. Pero también entiendo por qué eso es precisamente un aliciente.

Así era la relación con mi hermano Blake. Podíamos pasar meses sin vernos, incluso años, y siempre que nos encontrábamos, aunque fuese en circunstancias difíciles para nuestra familia, retomábamos nuestra estrecha relación en el punto exacto en el que la habíamos dejado. Nuestros silencios decían tanto como nuestras palabras.

Así que nos quedamos callados, contemplando el mundo a nuestros pies.

Por supuesto que sabía que estaba metiéndome en algo complicado. Blake era la tercera persona que me lo advertía. Pero era un camino que tenía que recorrer, sin importar las consecuencias.

CAPÍTULO 22

El teléfono sonó a las nueve de la mañana, interrumpiendo el silencio del apartamento del Golden Percival en el que siempre me instalaba cuando iba a Nueva York, en la planta octava, bastante más abajo que el de mis hermanos.

El sonido se filtró a través del aire frío de la mañana, arrastrándome fuera del sueño ligero en el que había estado atrapado. Sabía quién era incluso antes de mirar la pantalla. El detective Moore. Puntual como un reloj. Apreté los dientes, preparándome para la conversación.

—Buenos días, Julian —dijo su voz áspera al otro lado de la línea—. Tenemos que hablar.

Me senté en la cama, con el teléfono presionado contra mi oído, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

—¿Qué has encontrado? —pregunté, y mi tono reflejaba la urgencia que sentía.

Liam suspiró, y su respiración se filtró a través del teléfono con una pesadez que me hizo sentir que nada bueno venía en camino.

—Voy a ser directo contigo. No puedo seguir investigando a Valeria Bellucci —soltó, y el peso de sus palabras me cayó como una losa.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de decir. ¿Cómo que no podía seguir investigando? Me constaba que Liam no era de los que renunciaba antes de empezar. Era meticuloso, implacable, y yo confiaba en él.

—¿Por qué no? —le pregunté, tratando de mantener la calma, aunque en mi interior la ansiedad empezaba a agitarse.

—Los Bellucci, Julian —dijo con una seriedad que me atravesó como un cuchillo—. No son la clase de gente con la que quieras meterte. No es solo peligroso; es suicida. Estoy hablando de una familia mafiosa de alto nivel. La policía, los federales, todos les pisan los talones, pero nunca logran hacer que caigan. Están demasiado bien conectados, demasiado bien organizados. Es muy arriesgado para mí seguir por ahí.

Mis manos temblaron un poco, y tuve que recordarme que debía mantenerme centrado.

—¿Y Valeria? —insistí.

—Es una Bellucci, Julian —respondió—. De la rama principal de la familia. La hija mayor de Vincenzo. En resumen, está metida hasta el cuello en los asuntos de su familia. No puedo seguir investigándola sin ponerme en peligro, y honestamente, tú tampoco deberías hacerlo.

Liam hizo una pausa, y por un momento pensé que se disculparía una vez más y colgaría. Pero su voz volvió a sonar, más suave, casi como si lamentara lo que iba a decir.

—Pero... te daré esto —continuó—. Hay un restaurante en el West Village, se llama *Il Paradiso*. Ella va allí con frecuencia. Es un buen punto de partida si realmente insistes en encontrarla. Pero, Julian... —la advertencia en su voz era inconfundible—. No es demasiado tarde para dar marcha atrás. Nadie te culparía si lo hicieras. Y una mujer de este calibre...no sé si te vale la pena.

—Te lo agradezco, Liam —respondí—. Pero no puedo dar marcha atrás ahora.

Colgó, y el silencio se asentó de nuevo en la habitación. Me quedé sentado, con el teléfono aún en la mano, tratando de procesar todo lo que acababa de escuchar. Los Bellucci. Ya sabía que Valeria no era una chica normal, pero la magnitud de lo que estaba a punto de afrontar me golpeó con fuerza. Sin embargo, el miedo no era suficiente para detenerme. No ahora. No cuando estaba tan cerca.

Decidí que iría a ese sitio. *Il Paradiso*. Si no podía contar con Liam para seguir investigando, entonces lo haría yo mismo.

CAPÍTULO 23

Sería muy presuntuoso por mi parte pensar que me la encontraría allí de pleno, el primer día que se me ocurriese poner un pie en *Il Paradiso*. Pero quería reconocer el terreno, así que a la una me preparé para salir y caminar hasta el West Village. Quería echar un vistazo al sitio, sobre todo.

Al llegar al restaurante, me di cuenta de que era un local de lujo, con una decoración clásica que destilaba opulencia y tradición. Entré, con la esperanza creciente de verla porque era lo que el destino quería, o al menos de encontrar alguna señal de Valeria. Pero el lugar estaba bastante tranquilo, y no había ni rastro de ella.

Decidí quedarme un rato, pidiendo un café mientras observaba el ambiente. Cada vez que la puerta se abría, mi corazón se aceleraba, esperando que fuera ella. Pero después de casi una hora, supe que ese no sería el día. Mi mente vagó un poco, pensando en su padre, Vincenzo, en qué pensaría si supiese que yo había plantado a su hija en el hotel en Hawái, marchándome sin despedirme de ella siquiera.

Huyendo.

La negatividad se apoderó de mí.

¿Qué derecho tenía de irrumpir de nuevo en su vida después de haberme acobardado por lo que sentía y por quién sospechaba que era?

Pagué el café y me levanté, dispuesto a marcharme. A abortar aquella especie de misión suicida.

Cuando estaba a punto de irme, una figura familiar entró en el restaurante. Mi corazón dio un vuelco.

Era Leah.

No podía creerlo. ¿Qué demonios hacía ella aquí? Parecía tan fuera de lugar en este ambiente elegante... pero no había ninguna duda. Era ella. La mejor amiga de Valeria, aunque las cosas no hubiesen terminado muy bien en Hawái. En cualquier caso, verla ahí, en ese nuevo escenario, resucitó mi esperanza.

Ella me vio antes de que pudiera reaccionar. Su rostro mostraba la sorpresa por verme allí, totalmente descontextualizado. No me iba a ignorar, estaba claro. Se acercó a la zona de la barra en la que estaba.

Y recordaba mi nombre a la perfección.

—Julian, menuda sorpresa. No esperaba verte por aquí.

—Puedo decir lo mismo —respondí, intentando mantener un tono neutral—. ¿Qué haces por aquí?

Se sentó en el taburete contiguo, ignorando un poco mi pregunta.

—¿Yo? Yo vengo a menudo. Tal vez debería preguntarte qué haces tú aquí —replicó con una sonrisa torcida.

No me lo estaba preguntando de forma hostil. Parecía genuina curiosidad. En ese momento pensé que tal vez me beneficiaría ser claro y directo. No tenía mucho sentido mentir. Me daba

exactamente igual lo que todo el mundo pensaba.

—Esperaba encontrar aquí a Valeria.

Se inclinó un poco hacia atrás, como si hubiese mentado a la bestia.

—¿A Valeria? Pero...¿ya está de vuelta?

Me encogí de hombros.

—Creo que sí. La cuestión es que no pude despedirme de ella en Oahu. Tuve que volver a Nueva York apresuradamente...para asistir a un funeral.

Hasta yo sabía muy bien que aquello no tenía demasiado sentido. ¿Cómo no iba a tener tiempo de despedirme de una mujer como Valeria?

—Y ahora la buscas...

—Exacto.

Leah me miró a los ojos.

—Si quieres un consejo, no te enredes con esa familia, Julian. Es la hija mayor de Vincenzo Bellucci. Créeme, no querrás involucrarte con ellos.

—¿Sabes una cosa? Ya he oído eso antes, de distintas personas. Pero necesito encontrarla. No puedo simplemente dejarlo estar, me pesa mucho no haberme despedido de ella.

Suspiró, y escogiendo sus palabras con cuidado, me dijo:

—Los Bellucci son... peligrosos. Su mundo es peligroso. Y Valeria está más metida en eso de lo que crees. Yo tampoco aprendí la lección y supongo que ahora pago las consecuencias. Marco, el hombre con el que estoy, tuvo una breve historia con Valeria. Fue hace años.

Instintivamente, me eché hacia atrás. Imaginar a Valeria en brazos de otro hombre me partía en dos. No era una sorpresa, claro. La forma visceral en la que ella había reaccionado ante la presencia de aquel tipo en el hotel...supongo que inconscientemente esperaba algo así. Que hubiesen estado involucrados. Entendí también porque había considerado que lo de Leah era alta traición.

De todas formas no debía desaprovechar aquella ocasión para sacarle a Leah algo más de información.

—¿Marco? —repetí, tratando de digerir la noticia—. ¿El mismo Marco que trabaja para los Bellucci?

—Sí —admitió Leah—. Sé que es complicado, pero él es alguien que realmente me importa. Pero entendí enseguida que eso supondría no seguir siendo amiga de Valeria. Y tampoco es seguro para ti seguir buscando respuestas.

La conversación me dejó desanimado, pero también me dio una nueva resolución. Leah estaba metida hasta el cuello en este lío, pero eso no significaba que yo tuviera que renunciar. Tal vez ella había elegido su camino, pero yo no estaba dispuesto a dejar a Valeria atrás.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Leah suspiró.

—¿Sabes que Valeria cambia de número de teléfono a menudo, no? Todos en esa familia lo hacen.

—Sí, ya me he dado cuenta. El número que me dio y que tenía en Hawái ya no está activo. Obviamente intenté llamarla en cuanto llegué a Nueva York y solventé mis asuntos. Pero estaba fuera de servicio.

—No tengo su número actual, si es lo que quieres preguntarme. Como ya sabes, ahora mismo ella y yo no estamos en contacto. Pero tal vez pueda servirte esto.

Abrió su bolso y sacó un bolígrafo. Después estiró el brazo para alcanzar una de las servilletas que había en la barra del restaurante. Leah garabateó a toda prisa.

—Esta es la dirección de su despacho. Aunque Valeria no va allí todos los días. Pero tal vez te sirva.

Me aferré a aquel trozo de papel como a un salvavidas.

—Gracias, Leah. No sé cómo agradeceréte.

Me miró resignada.

—Ten cuidado, Julian. Esto no es un juego.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Esto era mucho más grande de lo que había imaginado. Pero eso solo reforzaba mi empeño. Si los Bellucci eran tan poderosos, entonces Valeria estaba atrapada en una vida que tal vez no podía controlar. Y por alguna razón inexplicable, sentí que necesitaba ayudarla, aunque solo fuera para sacarla de la oscuridad en la que estaba inmersa. Mi sensación durante los días que habíamos pasado juntos en Hawái era que deseaba escapar de todo eso.

Salí de *Il Paradiso* desbordado por un montón de preguntas sin respuesta. El camino que había elegido no era fácil, pero ya estaba demasiado involucrado como para dar marcha atrás.

CAPÍTULO 24

—Porque...¿qué tal hacerle una llamada de teléfono en vez de organizar todo este circo? — insistió mi hermano.

—Ya te lo he explicado. Valeria cambia de teléfono a menudo. El número que usaba en Hawái ya no está activo. O al menos no funciona aquí, en Nueva York.

Miré a Blake y alcé una ceja.

—Te recuerdo que yo no te he pedido que me acompañases, hermano. Te has apuntado tú porque, según tú mismo, has decidido tomarte unas pequeñas vacaciones.

—No exactamente. He vendido mi empresa en Shanghái. Ahora solo he de estar pendiente de recibir mi parte. Y, mi querido hermano el científico loco persiguiendo a la hija de un mafioso por todo Manhattan...es demasiado tentador. ¿Cómo iba a perderme eso?

—Ya, claro. Has vendido tu empresa. Y supongo que mamá no sabe nada de eso, ¿no? ¿Cuándo piensas contárselo?

—Aún no está cerrado.

—Me iría muy bien que lo hicieras. Así dejaría de estar pendiente de cada uno de mis pasos.

—¿En qué momento se te ha ocurrido a ti contarle lo de la chica Bellucci?

Lo miré sin saber muy bien qué responderle. Mirar a Blake era a veces perturbador, porque era como asomarme a un espejo. Éramos asombrosamente parecidos, aunque yo era dos años mayor que él.

El sonido del tráfico de Manhattan era ensordecedor, una mezcla caótica de bocinas, motores y conversaciones que se entrelazaban en una sinfonía urbana. Mi hermano Blake y yo estábamos sentados en el coche, —uno de los Mercedes de Cassandra—, estacionado en una esquina discreta, frente a un edificio de oficinas. El despacho de Valeria estaba en algún lugar ahí dentro, en algún piso que aún no había identificado con exactitud.

Blake, siempre escéptico y práctico, tamborileaba con los dedos en el volante, observando el ir y venir de la gente por la acera. Su mirada estaba cargada de esa mezcla de preocupación y desaprobación que conocía tan bien. No había querido arrastrarlo a esto, pero sabía que necesitaba su apoyo, aunque solo fuera para mantenerme con los pies en el suelo mientras perseguía a una mujer que apenas conocía.

—¿Y estás seguro de que esta es la dirección correcta? —preguntó Blake, con la mirada fija en la entrada del edificio.

Asentí, acusando su escepticismo. Así éramos los Percival, nos encanta juzgarnos en silencio y lanzarnos preguntas pasivo-agresivas.

—Sí, es lo único que tengo por ahora —dije, mi voz un poco más tensa de lo que pretendía—. Leah no me dio muchos detalles, pero estoy seguro de que Valeria viene a trabajar aquí o al menos tiene alguna conexión fuerte con este lugar.

—¿A trabajar?

Blake soltó un suspiro y se recostó en el asiento, evaluándome con esos ojos que siempre parecían ver más allá de lo que mostraba la superficie. Ya le había contado que Liam Moore había descartado ocuparse de aquel encargo, y que por eso me tocaba a mí hacer el trabajo sucio de localizarla.

—Y, dime, ¿qué esperas encontrar, Julian? —preguntó finalmente, su tono era suave, pero no podía evitar la nota de incredulidad—. Sabes que esto no va a ser sencillo. Y, para ser sincero, no sé si valdrá la pena.

—No lo sé, Blake —respondí, rascándome la barbilla mientras observaba el edificio—. Pero necesito respuestas. Necesito entender qué es lo que me está pasando con Valeria y por qué no puedo sacármela de mi cabeza. No sé qué estoy buscando exactamente, pero no puedo ignorar todo esto. Algo en mi interior me dice que hay más en ella de lo que parece a simple vista. O a lo mejor la veo y eso justamente me sirve para pasar página.

Eso último lo dudaba, francamente, pero Blake no tenía por qué saber todo.

Mi hermano me miró resignado. Sabía que cuando me decidía por algo, no había vuelta atrás. No importaba cuán irracional pudiera parecer, tenía que seguir adelante.

—Bueno, no te iba a dejar hacer esto solo —dijo finalmente. Su tono se suavizó, aunque la preocupación aún estaba ahí—. No sé si es una buena idea, pero estoy aquí. Vamos a ver qué encontramos.

Pasaron varios minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. El tráfico en la calle seguía fluyendo, y la gente continuaba su vida sin notar a dos hombres vigilando un rascacielos desde un coche. Justo cuando comenzaba a perder la esperanza, la puerta principal del edificio se abrió, y mi corazón dio un vuelco.

Valeria salió a la calle, y supe de inmediato que algo andaba mal. Su rostro estaba marcado por una expresión de tristeza y tensión, como si algo la estuviera consumiendo por dentro. Andaba rápido, con una energía frenética que no había visto en ella antes.

Pero no estaba sola. A su lado, caminaba una joven que parecía una versión más joven de Valeria. Una chica con rasgos similares, aunque más delicados, que podrían sugerir que era su hermana menor. Detrás de ellas, una sombra de guardaespaldas las seguía de cerca, un par de hombres grandes y serios que parecían más que capaces de manejar cualquier amenaza.

—¿Es ella? —preguntó Blake, observando aquella curiosa procesión desde nuestro coche.

Asentí, sin apartar la mirada de Valeria.

—Sí, y veo que no está sola.

—¿Esa es su hermana?

—Debe serlo, son idénticas...

Blake frunció el ceño. De repente parecía más interesado en el mundo de los Bellucci.

—¿Y esos tipos que las acompañan? Esto parece más complicado de lo que pensábamos. ¿Qué hacemos? ¿Las seguimos?

—Sí, pero con cuidado. No quiero que nos vean.

Valeria y su grupo se dirigieron calle abajo hasta alcanzar un coche con los cristales tintados, al que subieron las chicas, y Blake entonces arrancó el nuestro, siguiéndolas a una distancia segura. Observé cómo los escoltas se movían por las aceras de Manhattan, a nuestra derecha, evitando a la multitud con una facilidad que solo venía de alguien acostumbrado a maniobrar en este tipo de situaciones.

Mi mente corría a mil por hora. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Valeria parecía tan angustiada? ¿Y quién era realmente la chica que la acompañaba? Ella no había mencionado a ninguna hermana durante los días que pasamos juntos. Las preguntas se agolpaban en mi mente,

cada una más inquietante que la anterior.

Después de unos minutos, el coche se detuvo frente a una tienda de lujo en el Upper East Side. El letrero dorado en la entrada me dejó perplejo: *Bella Sposa Bridal Couture*. Mis ojos se abrieron de par en par al procesar lo que estaba viendo.

—Esto no puede estar pasando... —murmuré, sintiendo cómo mi estómago se retorció.

—¿Eso es una tienda de vestidos de novia? —preguntó Blake, con un tono incrédulo—. Julian, ¿qué demonios...?

Antes de que pudiera responder, vimos a Valeria y a la joven entrar en la tienda, seguidas de dos de los guardaespaldas. Nos quedamos en silencio, ambos procesando lo que acabábamos de ver. Esto no tenía sentido. Valeria en una tienda de novias. ¿Era posible que todo este tiempo hubiera estado comprometida? ¿O había algo más detrás de esta visita? Tal vez era la chica más joven la que tenía algo que hacer allí dentro...aunque desde luego parecía demasiado cría para plantearse siquiera el matrimonio.

Empecé a sudar.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Blake, rompiendo el silencio.

—No lo sé —admití, sintiendo cómo la confusión y la ansiedad me invadían—. Pero necesito saberlo.

—Si está buscando un vestido de novia, tal vez... —Blake no terminó la frase. No hacía falta.

—No me detendré aquí, Blake —mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Si está comprometida, lo sabré. Pero también sabré por qué no me lo dijo. Algo no cuadra.

Blake suspiró, entendiendo que, a pesar de lo que acabábamos de ver, yo no estaba listo para rendirme. Sabía que mi obsesión con Valeria era cada vez más peligrosa, pero no podía detenerme.

—Vamos a esperar un poco más —sugerí—. Tal vez salgamos de aquí con más respuestas de las que teníamos cuando llegamos.

Blake asintió, y nos acomodamos en el coche, observando la entrada de la tienda, esperando que Valeria saliera y nos diera alguna pista más sobre lo que estaba pasando en su vida. Mientras tanto, la idea de verla con un vestido de novia era un pensamiento que me costaba digerir. A no ser que fuese yo quien la esperase en el altar, por supuesto.

CAPÍTULO 25

No podía apartar los ojos de la tienda de vestidos de novia. Había algo profundamente perturbador en imaginar a Valeria probándose una de esas piezas blancas. Cada segundo que pasaba sentía que el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

No podía seguir esperando.

Algo en mi interior me empujaba a actuar, a buscar respuestas de una vez por todas. La imaginación puede jugarle muy malas pasadas.

Fue entonces cuando vi que los dos hombres que habían escoltado a las chicas salían de la tienda solos. Los seguimos con la mirada. Se perdieron unos veinte metros más abajo, en la misma acera. Entraron en una cafetería. Pasados cinco minutos, aún no salían de allí.

—Está bien. Se han quedado solas ahí dentro. Así que voy a entrar —le dije a Blake, quien me miró alucinado.

—Julian, no creo que sea una buena idea... —empezó a decir, pero ya me había decidido. Abrí la puerta del coche y salí antes de que mi hermano pudiera terminar su advertencia.

El aire frío de Nueva York me golpeó la cara mientras cruzaba la calle hacia la tienda. Sabía que estaba cometiendo una locura, pero no me importaba. Necesitaba verla, terminar con aquel juego y hablar con ella, entender qué demonios estaba pasando.

Entré en la tienda, y el sonido de la campanilla al abrir la puerta resonó en mis oídos como una advertencia. El interior era luminoso, lleno de encajes, telas satinadas y maniqués vestidos de blanco. Una dependienta se acercó a mí con una sonrisa de lo más profesional, pero la ignoré, escaneando el lugar hasta que la vi.

Valeria estaba en un reservado al fondo de la tienda, frente a un espejo de cuerpo entero. Llevaba puesto un vestido de novia sencillo pero elegantísimo, de esos que parecen sacados de una revista. Mi corazón dio un vuelco al verla, pero lo que realmente me destrozó fue su rostro. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Efectivamente, había estado llorando.

Vi que su joven acompañante estaba sentada en un sofá, a unos metros del reservado, sin despegar la vista de la pantalla de su teléfono.

Me acerqué despacio a Valeria, sin hacer ruido. No quería asustarla, pero estaba decidido a hablar con ella, y a sacarla de allí sin que nos vieran si era necesario.

—Valeria... —mi voz salió baja, casi convertida en un susurro, pero con el suficiente volumen para que ella se girara, sorprendida.

Sus ojos se abrieron de par en par al verme. Durante un segundo, vi un destello de algo que parecía alivio, pero rápidamente fue reemplazado por una expresión de confusión y dolor.

—¿Julian...? —susurró, como si no pudiera creer que estuviera allí. Su voz temblaba, y sus manos se aferraban al tejido del vestido de novia.

—Tenía que verte —dije, dando un paso más hacia ella. Mi corazón latía desbocado—. No podía quedarme sin saber qué hubiese pasado. No podía... no podía dejarte así.

Ella me miró durante unos segundos que me parecieron eternos, como si estuviera debatiéndose entre si debía golpearme o abrazarme. Finalmente, soltó un suspiro y se dejó caer en una silla. El vestido se esparció alrededor de ella como un charco de seda blanca.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó. Su voz sonaba agotada, exhausta—. ¿Por qué has venido a buscarme?

Me acerqué y me arrodillé frente a ella, mirándola directamente a los ojos. Parecía tan frágil en ese momento, tan diferente a la mujer fuerte y segura que había conocido en Hawái. Dios mío, ¿qué le había pasado?

—Valeria, lo primero de todo...quiero pedirte perdón. No quiero anteponer ninguna excusa a la manera en la que me fui de Hawái. Solo puedo decirte que había...un funeral inminente en la familia y tenía que asistir. Tenía que estar al lado de mi madre y de mis hermanos. Obviamente, debería habértelo dicho. Pero las sensaciones que tuve durante la cena a la que te acompañé... Siento decir que no fueron buenas. Y cuando he llegado aquí y han pasado los días, las semanas...y no podía dejar de pensar en ti. En lo que dejamos sin resolver.

Valeria se quedó en silencio, jugando con la tela de su vestido. Finalmente, levantó la mirada y me observó con ojos tristes.

—Julian, esto no debería estar pasando —murmuró—. Deberías haberme dejado atrás. Lo que ves aquí... —se señaló a sí misma— es lo que soy. Una mujer atrapada en un mundo que no ha elegido, cumpliendo un destino que no quiere.

No podía creer lo que estaba oyendo. Sus palabras parecían sacadas de otro siglo, de una novela antigua. ¿Cómo podía estar hablando así en pleno siglo XXI?

—No entiendo —dije, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué quieres decir con un destino que no elegiste? ¿De qué estás hablando?

Ella dejó escapar una risa amarga, sin rastro de alegría.

—Mi padre controla mi vida, Julian. Siempre lo ha hecho. Y ahora ha decidido que debo casarme con el hombre que él ha elegido. Un matrimonio por conveniencia, para fortalecer sus alianzas. Así es como funciona mi familia. No tengo opción. Antes de ir a Hawái pensé que podría librarme de esto, que conmigo todo sería diferente. Quería demostrarle que podía cumplir con sus encargos sin necesidad de casarme con el hombre que él escogiese...Y a mi llegada, me he encontrado con que todo estaba ya atado...

Sentí un escalofrío recorrer mi columna. Esto era más grave de lo que había imaginado. Había sospechado que Valeria estaba atrapada en un mundo complicado, pero no hasta este punto.

—No puedo creer que estés aceptando esto —dije, con la voz cargada de frustración—. Valeria, no tienes que hacerlo. En serio. No tienes que seguir las reglas de tu padre. Puedes escapar de esto.

Valeria negó con la cabeza, y una ristra de lágrimas nuevas colmaron sus ojos.

—No lo entiendes —repitió, su voz era firme pero teñida de desesperación—. No es tan simple. No puedo simplemente huir. Hay demasiadas personas involucradas, demasiado en juego. Y si trato de escapar... las consecuencias serían terribles. No solo para mí, sino para la gente que me importa. Para empezar...mi hermana pequeña. La obligarían a casarse a ella. Y solo tiene diecinueve años, Julian. No puedo permitir eso.

La impotencia me embargó. Quería sacarla de allí, llevarla lejos de todo, pero sabía que no podía obligarla a hacer nada. Ella tenía que quererlo, tenía que estar dispuesta a luchar por su propia libertad.

—Valeria... —murmuré, tomando sus manos entre las mías—. No quiero perderte. No

después de esos días que pasamos en Hawái. Sé que todo esto es una locura, pero podemos encontrar una solución juntos. Quiero ayudarte. No tienes que hacerlo sola.

Ella me miró, sus ojos eran un mar de emociones contradictorias. Por un momento, pensé que iba a aceptar mi oferta, que íbamos a encontrar una manera de estar juntos. Pero entonces, sus ojos se endurecieron, y retiró las manos de las mías.

—Es demasiado tarde, Julian —dijo con una tristeza devastadora—. No puedo meterte en esto. No sería justo. Tú tienes tu vida, tus sueños, y yo... yo estoy atrapada en la mía. No hay lugar para nosotros en este mundo. Lo nuestro...solo fue una aventura. Y en el fondo lo sabes.

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago. Su rechazo me dejó sin aire, pero sabía que no podía forzarla.

—Por favor, no te vayas así... —intenté una última vez, pero ella ya se estaba levantando.

—Lo siento, Julian. De verdad, lo siento. —Se giró hacia el espejo, evitando mirarme directamente—. Es mejor que te vayas. Olvídate de mí. Es lo mejor para los dos.

Me quedé allí, de rodillas en el suelo, mientras ella salía del reservado. No intenté detenerla. Sabía que no serviría de nada. La vi alejarse, con su vestido de novia ondeando tras ella como un fantasma que se desvanecía en la distancia.

Sí, estaba saliendo de la tienda con aquel maldito vestido puesto. Su hermana salió corriendo detrás de ella.

¿Y yo?

Yo allí me quedé, solo y hundido, en una tienda de novias, mientras la mujer que amaba desaparecía de mi vida.

TERCERA PARTE
VALERIA, Nueva York

CAPÍTULO 26

—¿Es que no me vas a contar quién era? —insistió Greta.

La voz de mi hermana me sacó de mis turbulentos pensamientos. Me giré para mirarla, sentada a mi derecha, aunque apenas pude sostener su mirada. Los ojos verdes de Greta, tan similares a los míos, eran todo un interrogante.

Terminé de ajustarme el traje de chaqueta a duras penas, en el asiento trasero del coche que nos llevaba de vuelta a casa.

Avanzábamos lentamente por las congestionadas calles de Manhattan. Las luces de la ciudad parpadeaban a través de la ventanilla, pero mi mente estaba a kilómetros de distancia, atrapada en el terremoto que me había causado ver a Julian. Mi cuerpo temblaba aún, y las manos me sudaban tanto que tuve que frotarlas contra el vestido de novia, como si pudiera borrar así su inesperada presencia.

—El chico de la tienda...—insistió Greta.

—Nadie importante —murmuré, tratando de sonar despreocupada, pero mi voz tembló un poco.

Greta arqueó una ceja, incrédula. Siempre había sido la más perceptiva de las dos, y sabía que no podía engañarla fácilmente.

—Te conozco demasiado bien, hermana. Y te recuerdo que te has largado de la tienda con el vestido de novia *puesto*. Yo no sé mucho de bodas pero diría que eso no es muy normal. Además, lo he visto. Habéis estado hablando casi cinco minutos. Y te has puesto muy nerviosa.

Suspiré y desvié la mirada hacia la ventanilla. El tráfico se movía lentamente, y deseé que el coche pudiera volar, llevarme lejos de todo, de esta situación absurda en la que me encontraba.

—Es... alguien que conocí en Hawái —admití finalmente, aunque la verdad se sintió como un cuchillo en mi garganta—. Se llama Julian. Pensé que nunca volvería a verlo, y mucho menos aquí, en medio de todo esto.

—Ah, sí. Hawái. Ese sitio al que no quisiste llevarme...

—Sabes muy bien que no fue cosa mía. Papá no quiso que me acompañaras.

Greta permaneció en silencio un momento, asimilando mis palabras. No le había contado gran cosa. La había dejado fuera de lo que había sucedido en Hawái, protegiéndola de la locura que había envuelto mi vida desde entonces. Pero sabía que no podría ocultarlo por mucho tiempo. Greta siempre había sido una especie de confidente, alguien en quien podía confiar, pero esta vez... esta vez era distinto.

—Era guapo. ¿Te gustaba? —preguntó.

Noté los ojos del chófer clavados en el espejo retrovisor, observándome. No podía fiarme de ninguno de los hombres de mi padre. De ninguno.

Tragué saliva, intentando deshacer el nudo en mi garganta. "Me gustaba" ni siquiera se acercaba a describir lo que sentía por Julian, pero no sabía cómo explicarlo. Y tampoco sabía si

mi hermana pequeña entendía ese tipo de sentimientos. Hasta donde yo sabía, nunca había tenido novio. Tenía la mala costumbre de leer novelas románticas todo el tiempo y eso le había provocado una visión algo distorsionada de lo que es el amor en el mundo real.

Lo que Julian y yo habíamos compartido fue fugaz, intenso, y se había desvanecido antes de que tuviera la oportunidad de entenderlo. Así que dar explicaciones no era fácil.

—Sí —respondí finalmente, con la voz quebrada—. Pero eso no importa ahora. No tiene sentido. Él no pertenece a nuestro mundo, Greta.

Mi hermana me miró con preocupación y tristeza. Sabía que entendía la gravedad de lo que estaba diciendo. Nuestra familia, nuestros negocios... no había espacio para algo tan frágil como el amor. No para mí, al menos.

Me cogió la mano.

No estábamos tratando demasiado bien aquel vestido de novia.

Y me daba exactamente igual.

—Valeria... —comenzó, pero no dejó la frase en el aire. Me apretó la mano apretó con fuerza—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Casarte con alguien a quien apenas conoces... Si quieres puedo hablar con papá.

Mi estómago se revolvió al escuchar esas palabras. "*¿Quieres hacer esto?*"

No era cuestión de querer. Mi destino había sido sellado en cuanto había vuelto de Hawái. Mi padre me había explicado muy claramente su *nuevo encargo*: un matrimonio para sellar una alianza, para evitar una guerra entre familias, para protegernos de un mal mayor.

Un acuerdo entre hombres poderosos, y yo no era más que una pieza en su tablero.

—No se trata de lo que quiero, Greta —respondí con amargura—. Se trata de lo que debo hacer. Papá fue claro. Esto evitará un conflicto que podría ponernos en un serio aprieto. No tengo opción.

Greta me miró con una expresión compasiva, pero también rabiosa, como si quisiera protegerme de todo lo que me rodeaba pero supiera muy bien que no podía.

—Es tan injusto... —murmuré, y sentí su frustración como si fuera mía.

—Lo es —admití, volviendo a mirar por la ventana, intentando mantener la compostura—. Pero es mi vida, Greta. Siempre lo ha sido. Desde que tengo memoria, he sabido inconscientemente que algún día me tocaría hacer algo así. Solo... no pensé que sería tan pronto. Ni que me dolería tanto. Pero es lo que tuvo que hacer mamá. Y la abuela Giulia. Ellas lo hicieron y siempre decían... que no era para tanto.

—Mamá está muerta, Valeria. Y fue su matrimonio lo que la mató.

—No digas eso.

Greta se inclinó un poco hacia delante. Dios, era solo una cría. Ni siquiera tenía edad para beber alcohol.

—¿Y Julian? —preguntó—. ¿Él sabe...?

Sacudí la cabeza antes de que pudiera terminar la frase.

—Tal vez sospecha algo. Pero, ¿saberlo? No, no lo sabe. O al menos no sabe todo. Y no debe saber más de lo que ya sabe. Todo esto le parecería un sinsentido. Es alguien normal, Greta. Es un científico reputado. Alguien que no tiene idea del mundo en el que vivimos. Y lo último que necesito es que se vea arrastrado a esta pesadilla. No entiendo por qué demonios ha aparecido esta mañana... en el peor momento posible.

No fui capaz de disimular el temblor en mi voz. Pensar en lo que habíamos compartido, en lo que podría haber sido, me llenaba de una tristeza tan profunda que apenas podía respirar.

Había intentado olvidar a Julian, convencerme de que solo había sido un romance fugaz de

vacaciones. Y él, huyendo de la isla en mitad de la noche y sin decir adiós, me lo había puesto bastante fácil.

Pero verlo allí de nuevo, en la tienda, me había destrozado.

—¿Y si no fuera demasiado tarde? —Greta insistió, pegándole una patadita al vestido con la punta blanca de sus Converse—. ¿Y si pudieras librarte de esto, Valeria? ¿Qué harías entonces?

Aquella pregunta me golpeó con el ímpetu de una bala. ¿Qué haría si pudiera? Si hubiera una forma de escapar de todo esto, de liberarme de las cadenas que Vincenzo había impuesto sobre mí, ¿sería capaz de aprovecharla? Pero sabía que la realidad no era tan simple.

—No puedo pensar en eso —respondí, más para convencerme a mí misma que a ella—. No quiero que te preocupes, Greta. Estaré bien. Solo... necesito tiempo para asimilar todo.

Forcé una sonrisa.

Greta se recostó en el asiento, sin apartar la mirada de mí. No parecía dispuesta a dejar el tema.

—Yo solo quiero que seas feliz, hermanita. No quiero ver cómo te sacrificas por algo que no te hará bien. Solo quiero que sepas que si reúnes tu pasaporte, algo de dinero y de repente... mañana ya no estás, porque te has vuelto a Hawái con Julian...yo lo entendería perfectamente. Yo podría cubrirte y podrías contactar conmigo en un tiempo.

La miré fijamente y después le di un toquecito en la palma de la mano señalando hacia el retrovisor. El chófer, Raoul, nos estaba escuchando. Dios, Greta era un encanto, pero era un poquito descerebrada. Aún tenía mucho que aprender.

—Lo sé —murmuré—. Y aprecio que estés aquí para mí. Pero ahora mismo, lo único que podemos hacer es seguir adelante. No hay marcha atrás. Voy a casarme con Roy Grammauta, tal y como me ha pedido papá.

Sentí una punzada de dolor en el corazón. Mi hermana siempre había sido mi mayor defensora, la que me comprendía sin necesidad de palabras. Pero esta vez, sabía que no había nada que ella pudiera hacer para ayudarme.

Huir con Julian a Hawái.

Sonreí ante aquella ocurrencia.

Definitivamente, esa niña leía demasiadas novelas.

El coche finalmente se detuvo frente a nuestra casa. Miré por la ventanilla y vi las luces cálidas que se filtraban a través de las cortinas. Ese lugar siempre había sido mi refugio, pero ahora me parecía una prisión.

Greta suspiró.

—¿Me ocupo yo del vestido?

Uf. No lo quería ni ver. De hecho era el primero y el único que me había probado.

—Sí, por favor. Cuélgalo en el vestidor. Supongo que tendré que hacer una última prueba y hacer algún arreglo, pero prefiero que se encargue de ello la tía Maria Grazia.

—No te preocupes, hermanita.

Asentí, agradecida por su apoyo, aunque sabía que no podría cambiar el rumbo de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Gracias, Greta —dije, apretando su mano una vez más antes de abrir la puerta y salir del coche.

Caminamos juntas hacia la entrada, pero Greta enseguida se perdió en dirección al vestidor, para quitar aquel maldito traje de novia de mi vista. Allí estaba otra vez, en mi pequeña cárcel italoamericana.

Había sido una ilusa al pensar que papá me permitiría trabajar a su lado, mano a mano, como

una igual. Algo para lo que estaba perfectamente capacitada. *No has tenido un hijo varón, Vincenzo. Mala suerte, supongo.*

Mientras subía las escaleras hacia mi habitación no podía dejar de pensar en Julian, en lo que habríamos podido tener si las circunstancias hubieran sido diferentes. En lo que había sentido cuando se disculpó de rodillas, cuando supe que era sincero.

Pero la realidad era implacable. Y mientras me preparaba para enfrentarme a lo inevitable, en solo dos semanas, supe que tenía que enterrar esos sentimientos por él profundamente dentro de mí. Y acto seguido echar la llave.

Porque no había lugar para ellos en la vida que me esperaba.

CAPÍTULO 27

El comedor estaba resplandeciente. Cada detalle había sido cuidadosamente dispuesto para impresionar. Las lámparas de araña lanzaban destellos sobre una mesa larga, preciosa, llena de exquisitos platos y copas de cristal tallado.

La atmósfera era de una elegancia casi sofocante, como si todos los presentes estuvieran atrapados en un juego interminable de apariencias y expectativas.

Observé desde la distancia cómo los Grammauta se movían por la sala, mezclándose con los hombres de negocios que mi padre había invitado. Todos vestían sus mejores trajes, sonriendo con una cordialidad que me resultaba tan falsa como las promesas que se intercambiaban a espaldas de los demás.

Mis ojos se posaron en Roy Grammauta, el hombre con el que se suponía que iba a casarme. Era atractivo, no podía negarlo: alto, con cabello oscuro perfectamente peinado, unos ojos grises que parecían capaces de ver más allá de cualquier superficie. Pero algo en su presencia me resultaba incómodo, como si estuviera mirando a través de un velo que ocultaba su verdadera esencia.

Greta apareció a mi lado. Estaba más o menos contenta porque Vincenzo le había pedido que estuviese en la cena. Y eso era toda una novedad.

—Menudos falsos todos —dijo.

Me reí.

—¿Todo bien, hermanita? —me preguntó. Había estado muy pendiente de mí desde hacía unos días. Sobre todo desde el episodio del vestido de novia.

Asentí, más por defecto que otra cosa. No. No estaba segura de que todo estuviera bien. En cierto modo sentía cierta paz, sabía que mi destino estaba sellado y ya no tenía que preocuparme más. Pero eso no hacía que la realidad fuera más fácil de aceptar.

—Sí, todo bien. Solo estoy...procesando las cosas —le respondí con una sonrisa forzada que jamás conseguiría engañarla—. Es solo que esto es un poco abrumador.

—Oye, hace tiempo que Leah no viene por casa...

Uf. No le había contado nada sobre aquello.

Y no era el momento.

Básicamente porque Greta tampoco sabía nada de mi *affaire* del pasado con Marco.

—Está ocupada últimamente.

—¿Tiene un novio nuevo?

Me encogí de hombros.

—Vamos. No seas cotilla.

—O sea, que sí. ¿Lo conoces? ¡Cuéntame!

—En otro momento.

Greta me observó. Esa mirada penetrante siempre estaba tratando de desentrañar lo que ocurría en mi interior. Y cada vez estaba más convencida de que lo sabía todo a la perfección.

Siempre había sido así, capaz de leerme mejor que nadie.

—Bueno, si necesitas que nos escapemos un poco de aquí durante el postre, solo dímelo — me susurró en voz baja.

—¿Dónde quieres ir, Greta?

—No lo sé. A tomar el aire.

Su oferta era conmovedora. Sus intentos para que me agarrara a esa boya imaginaria después de mi naufragio eran encomiables. Pero no había escapatoria para mí. Esa noche iba a ser el centro de atención, muy a mi pesar. Papá y los Grammauta iban a decirles a todos que, después de un discreto noviazgo, Roy y yo íbamos a casarnos.

—Gracias, Greta, pero estaré bien —mentí, intentando sonar convincente—. Intenta no liarla esta noche, ¿vale?

Mi hermana asintió, aunque la preocupación seguía instalada en su rostro. Sabía que quería protegerme, pero esto era algo que tenía que afrontar por mí misma. *Además, no será para tanto, me repetía a ti misma. Solo tienes que hacerte a la idea. Pasado un tiempo, controlarás la situación.*

—Valeria.

La voz grave y profunda de Roy Grammauta interrumpió la conversación con Greta, y me giré para encontrármelo a mi lado, con una sonrisa encantadora en su rostro.

—¿Te importaría que charlásemos un momento?

Miré a Greta, que me hizo un pequeño gesto con la cabeza para que fuera. No tenía opción, así que seguí a Roy hasta un rincón apartado del salón, donde podríamos hablar de forma un poco más privada.

—¿Cómo estás llevando todo esto? —preguntó Roy.

Su tono era amable pero distante. Era evidente que estaba cumpliendo con su papel, siendo el prometido perfecto aunque solo fuese en apariencia.

—Es... mucho —admití, sin querer mentir—. Pero entiendo por qué es necesario.

Roy asintió, y por un momento pensé que quizá había algo más detrás de su fachada.

—Lo sé. No es fácil para ninguno de los dos —dijo. Sus palabras iban acompañadas de una mirada sincera—. Pero podemos hacer que funcione, Valeria. Creo que vamos a encontrar una manera de ser felices.

Era una oferta generosa, pero no pude evitar sentir un vacío en su tono, como si estuviera tan atrapado como yo en esta situación. Había algo en su voz que me hacía dudar de su sinceridad, una frialdad que no podía ignorar.

—Eso espero, Roy —dije, intentando sonar optimista, aunque por dentro me sentía cada vez más perdida.

El primogénito de los Grammauta me sonrió, y por un momento pensé que realmente estaba dispuesto a intentarlo. Pero entonces, su mirada se desvió hacia la puerta del salón, como si estuviera buscando una excusa para salir de allí.

—Discúlpame un momento —dijo entonces—. He de atender una llamada un poco urgente.

Lo vi alejarse con pasos rápidos, y mi estómago se revolvió.

Sabía que no debía seguirlo, pero la curiosidad me superó. Discretamente, me escabullí detrás de él, evitando que mi padre o alguno de los invitados me viera.

Roy se dirigió a la biblioteca, un lugar donde mi padre solía tener sus conversaciones privadas. Me acerqué lo suficiente para escuchar su voz apagada detrás de la pesada puerta de madera.

Agucé el oído. Parecía estar moviéndose en círculos por la habitación.

—Lo sé, cariño —lo oí decir, con una ternura que en ningún momento había mostrado conmigo—. Esto no durará mucho, solo necesitamos que todo esté en orden, y después podremos estar juntos.

Sentí un frío helado recorrerme la columna vertebral. ¿Así que había alguien más? Bueno, no podía sorprenderme. Eso explicaba muchas cosas y era un buen bocado de realidad para mí. Otro más. Eso significaba que no iba a tener que fingir con él. Nunca. Lo nuestro sería un acuerdo comercial sin más.

Pero, en lugar de sentir alivio, solo sentí más desdicha. No solo estaba atrapada en este matrimonio, sino que también estaba destinado a ser una completa farsa a largo plazo.

CAPÍTULO 28

Me alejé del pasillo que conducía a la biblioteca antes de que Roy pudiera salir y regresé al salón, donde la fiesta pre-cena estaba en su apogeo. El ambiente animado a mi alrededor se veía igual, pero ahora sabía que había un velo de mentiras envolviendo todo.

Entonces llamaron al timbre.

Mi padre, desde la distancia, me hizo un gesto para que abriese. Me sonrió como si aquello fuese una sorpresa agradable.

Solo hay una persona en este mundo que me gustaría ver detrás de esa puerta, pensé.

Pero quien llegó no era Julian.

Por supuesto que no.

Quien había llamado al timbre, quien había venido desde muy lejos para participar en aquel aquelarre no era otra que Evelyn Nakamura.

Allí estaba, con su larga melena negra y sus rasgos exóticos. Llevaba un elegante abrigo de color rojo, a juego con sus labios encendidos. Cuando me quise dar cuenta, mi padre estaba a mi lado, recibéndola como se merecía.

—Por fin. La gran señora de Oahu.

—*Aloha*, querido Vincenzo.

Se agachó un poco para plantarle un beso en la calva a mi padre. Yo todavía estaba petrificada ante aquella aparición estelar, pero no podía decir que me desagradase. Evelyn siempre resultaba ser un misterio muy entretenido.

—Dame tu abrigo, por favor —le dije.

—Gracias, querida.

Me lo llevé a la habitación contigua y cuando regresé al salón, Evelyn seguía hablando con mi padre, con su porte inquebrantable como siempre. Algunos de sus socios se acercaron. A diferencia de la última vez que la vi en Hawái, ahora había algo en su expresión que me inquietaba, una oscuridad en sus ojos que no había visto antes. ¿Qué era? Recordé aquella cena a la que había acudido con Julian. La noche en la que todo se había torcido.

—Valeria, *carissima* —dijo mi padre, llamando mi atención—. Evelyn ha venido a Nueva York para asistir a unos desfiles de moda. Ha insistido en venir a saludarte.

Me acerqué de nuevo a ella con una sonrisa cortés. Evelyn me miró con una intensidad que me atravesó.

Recibí su abrazo distante.

—Evelyn, es un placer verte otra vez—dije, intentando sonar alegre.

Ella asintió, pero su mirada me examinaba como si me estuviese escaneando. Y detectó que algo estaba mal, obvio. Aquella mujer era una especie de bruja poderosa. Mi padre asintió y revoloteó en dirección a otro grupo de hombres que llamaba su atención en aquel instante.

Nos quedamos solas.

—Estás radiante. Pero veo que algo te inquieta. Estás pálida —dijo, echando un vistazo a

nuestro alrededor—. Oye, ¿tenéis terraza, no?

—Tenemos un jardín...

—¿Por qué no me lo enseñas? Creo que necesitas un poco de aire fresco.

No pude negarme, porque era evidente que sí lo necesitaba. Mientras nos dirigíamos fuera, noté su mano sobre mi hombro, como si quisiera imprimirme algo de fuerza.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó en cuanto estuvimos solas.

Nos sentamos en uno de los bancos de madera que teníamos, al lado del estanque en el que Greta y yo solíamos jugar cuando éramos niñas.

Me mordí el labio, intentando contener las lágrimas que amenazaban con salir. No era el lugar ni el momento para mostrar debilidad. No delante de Evelyn.

—Nada. Solo que ha pasado lo que tanto temía.

—Lo sé. De hecho...he venido a Nueva York por eso, Valeria. He sabido lo de tu matrimonio con el hijo de Grammauta. Y enseguida até cabos y entendí que ese no era el chico que te acompañó a cenar en mi casa.

Sollocé, descargando un poco de tensión.

—No sé si puedo hacer esto, Evelyn —susurré, sabiendo que ella entendería a qué me refería. Me observó en silencio.

—Estás en una situación complicada, lo sé. Pero también sé que eres fuerte, Valeria. Y te aseguro que, pase lo que pase, estaré aquí para ayudarte.

Aquel apoyo debería haberme consolado, pero solo me hizo sentir más atrapada. Si incluso Evelyn, con todo su poder, creía que esto era inevitable, ¿qué esperanza tenía yo de escapar?

—Gracias, supongo...—dije, sin fuerzas.

Me apretó la mano.

Observé su manicura perfecta. Una mujer peligrosa que no descuidaba sus uñas.

—Debes saber que las cosas no siempre son lo que parecen, Valeria. Este mundo en el que vivimos está lleno de sombras, pero también de oportunidades. No las pierdas de vista. Como te decía, he venido a Nueva York en cuanto me he enterado de todo este asunto. Y voy a hablar con Vincenzo.

Me limpié enseguida la lágrima que se había desprendido.

—No. No. No te metas en problemas por mí, Evelyn.

Echó su cabeza hacia atrás, dando un golpe de melena.

—¿Problemas? —se rio, señalando al interior de la casa—. Querida, los hombres que hay ahí dentro...me faltarían dedos en las manos para enumerar los favores que me deben. Las dos sabemos que Roy Grammauta no es para ti. Tú ya has elegido al hombre que te pertenece. Y lo trajiste a casa para que lo conociese, ¿recuerdas?

—¿Cómo dices?

—He venido a echarle una mano. Tu madre no está aquí para hacerlo, pero yo puedo hacer ver a Vincenzo que se ha equivocado con tu papel en su organización. Y puedo hacerlo porque he trabajado contigo y sé lo bien que te manejas. Y lo buena que puedas llegar a ser en esto.

—Nunca me ha interesado *esto*, Evelyn —contesté con cierta frialdad—. Lo único que quiero es que mi hermana Greta se vaya lejos de esta condenada ciudad. Que *esto* no la atrape también a ella.

Ella ignoró esa última sentencia porque sabía muy bien que soñaba con un imposible.

Abrió su bolso y sacó una tarjeta.

—Este es el número de teléfono que usaré durante los días que esté en Nueva York. Aún no sé exactamente cuánto tiempo me quedará. Tal vez una semana. Tal vez dos. Solo quiero que lo

tengas, por si necesitas algo.

—Gracias, lo guardaré —murmuré.

Nos unimos de nuevo a la fiesta, y al cabo de un rato Evelyn se despidió con la misma elegancia con la que había llegado. Me quedé sola en medio del bullicio, sintiéndome más aislada que nunca.

Roy no volvió a acercarse a mí en toda la noche.

Cuando los invitados de mi padre empezaron a marcharse, me acerqué a la ventana y contemplé el cielo. Normalmente era imposible ver las estrellas en Nueva York pero ese día había una rebelde que brillaba como una desesperada.

Pensé en Julian. Pensé que tal vez él también la estaba mirando.

Era increíble que estuviésemos en el mismo lugar, pero separados.

Tal vez a unas manzanas de distancia.

Había dicho que había regresado a Nueva York para asistir a un funeral en su familia. Oh, dios, ni siquiera le había preguntado por eso. Estaba demasiado ciega con mi propia desgracia.

La noche continuó como si nada hubiera pasado, pero en mi interior, una tormenta rugía. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Julian, su expresión de dolor en la tienda de novias, su incredulidad al escuchar mis palabras.

Y a lo mejor fue gracias a aquella estrella aislada sobre Manhattan, pero justo entonces, una sola verdad se filtró en mi mente, clara como el cristal: tenía que salir de esto, de alguna manera. Porque si no lo hacía, perdería más que mi libertad.

Perdería a la única persona que podría significar algo real para mí.

CAPÍTULO 29

Los últimos dos días habían sido un torbellino de emociones para mí. A pesar de que los preparativos para la boda seguían avanzando a un ritmo vertiginoso, yo no lograba sacudirme esa sensación de asfixia que me envolvía.

Cada vez que pensaba en lo que estaba a punto de hacer, en la absurda farsa en la que me estaba viendo obligada a participar, sentía un nudo en el estómago. Y entonces surgían los porqués.

¿Por qué debía sacrificarme de esta manera?

¿Por qué debía aceptar sin más un destino que no era el mío?

Me revolví en la cama, incapaz de conciliar el sueño, con los ojos fijos en el techo. Las palabras de Evelyn seguían resonando en mi cabeza.

Las cosas no siempre son lo que parecen... este mundo está lleno de sombras, pero también de oportunidades.

¿Qué había querido decir con eso? Sabía que Evelyn era una mujer de pocas palabras, pero cada una de ellas estaba cargada de significados ocultos. Había algo más en su consejo, algo que necesitaba descubrir.

Pero más allá de mis inquietudes, lo que más me perturbaba seguía siendo la imagen de Julian. La última vez que lo vi lo dejé arrodillado frente a mí en aquella tienda de novias, con la cara casi descompuesta por el dolor y la incredulidad. Se había quedado allí, solo, sin darle una verdadera explicación, y la culpa me carcomía. Había pasado casi una semana y mis remordimientos no se iban. ¿Por qué no había sido honesta con él desde el principio? ¿Por qué había dejado que el miedo me dominara?

Me levanté de la cama, sabiendo que no podía seguir martirizándome sin hacer nada al respecto. Sabía que Evelyn y mi padre iban a almorzar juntos en esos días, para hablar de negocios, como siempre hacían. Pero esta vez, necesitaba saber más. Antes de dar un paso en falso, necesitaba entender por qué Julian había salido corriendo de Hawái y qué había detrás de todo eso.

Julian había mencionado algo sobre un funeral. Y yo apenas le hice caso. Di un salto de la cama y me senté en mi escritorio. Encendí mi portátil y busqué en Google a Julian Percival; y “Percival fallecimiento”.

Busqué en las necrológicas del New York Times. Nada. Las primeras páginas estaban llenas de resultados inconclusos, noticias triviales sobre su hermano Samuel, pero nada relevante.

Empecé a dudar, pensando que tal vez estaba siguiendo un camino equivocado, hasta que encontré un enlace a un cementerio en Nueva York que albergaba un panteón familiar con el nombre "Percival" grabado en la entrada.

Sin pensarlo dos veces, anoté la dirección y me vestí para salir. Tenía que llegar a la verdad. Si iba a hacer lo que iba a hacer, buscarlo como él me había buscado a mí, necesitaba asegurarme

de que ese funeral realmente había tenido lugar.

Mi corazón latía con fuerza mientras tomaba un taxi hacia el cementerio de Prospect. A medida que nos acercábamos, las calles se volvían más tranquilas, el bullicio de la ciudad quedaba atrás y era sustituido por una serenidad inquietante.

El cementerio estaba en la zona de Queens. Era un lugar de una belleza casi melancólica, con grandes árboles que daban sombra a las lápidas antiguas. Al caminar por los senderos, sentí una extraña calma, como si las almas de los que descansaban allí estuvieran cien por cien en paz. Finalmente llegué al panteón de los Percival. Era una estructura imponente de mármol, con inscripciones en latín en su fachada.

Miré a mi alrededor, asegurándome de que no había nadie más, y me acerqué a la puerta de hierro forjado. Estaba cerrada, pero se podía ver a través de las rejas. Allí, entre las flores frescas que adornaban el lugar, estaba la tumba de una mujer, Sheila Bellevue. No sabía quién era exactamente, pero algo me decía que había sido alguien muy importante para esa familia.

Decidí acercarme a uno de los empleados del cementerio, un hombre mayor que estaba colocando flores en una de las tumbas cercanas.

—Disculpe —dije con voz suave—, ¿podría ayudarme? Estoy buscando información sobre un reciente entierro en el panteón de los Percival.

El hombre me miró con curiosidad, pero asintió.

—Ah, sí. Tuvimos un entierro ahí hará un par de semanas. Tal vez diez días, no estoy seguro. No soy muy bueno con las fechas...Es esa tumba que ve ahí. Sheila Bellevue, al parecer era una mujer muy querida por esa familia.

El hombre siguió con su trabajo, retirando las hojas secas de una tumba recién excavada. Siempre he estado cómoda en los cementerios, la verdad. Pasear por ellos me llena de una extraña paz.

Lo que me había dicho confirmaba que Julian había regresado a Nueva York por ese funeral. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué, por qué había pensado que lo mejor era marcharse sin decir nada. Parecía mortificado por eso cuando me pidió perdón, pero soy de las que piensa que simplemente, en lugar de disculparse, lo mejor es no hacer daño.

Antes de que pudiera agradecer al empleado de Prospect, una figura solitaria y elegante que se acercaba al panteón captó mi atención. Me aparté un poco de su camino.

Era una mujer alta, elegante, con el cabello castaño claro recogido en un moño bajo. Llevaba un abrigo oscuro y un velo que apenas ocultaba su rostro afligido. La reconocí de inmediato: era Cassandra Percival, la madre de Julian. Había visto algunas fotos suyas en Internet. Su expresión parecía cincelada por el dolor. Sus pasos eran lentos y pesados, como si la tristeza la lastrase severamente.

Me escondí un poco detrás de un árbol cercano, observando cómo Cassandra se acercaba a la tumba y se arrodillaba ante ella. La escuché murmurar unas palabras que no pude captar, pero el tono de su voz revelaba una pena profunda. Parecía hablarle directamente a Sheila, como si intentara mantener viva su memoria a través de las palabras.

Verla así me hizo sentir cierta culpa. Estaba espiando un momento íntimo de una mujer que había perdido a alguien muy querido. Y aun así, no podía apartar la mirada. Sabía que estaba cruzando una línea, pero no podía evitarlo. Quería entender lo que estaba pasando, quería saber por qué Julian había desaparecido de mi vida de una manera tan abrupta.

Cassandra finalmente se levantó. Su rostro reflejaba una tristeza interminable. Se quedó allí unos minutos más, como si no pudiera separarse de la tumba, antes de girarse y alejarse

paseando. Esperé a que se fuera, y cuando estuve segura de que no me vería, me acerqué un poco más a la lápida.

Las flores eran preciosas, cuidadosamente arregladas, y entre ellas había una fotografía de Sheila. Era una mujer de mediana edad, con un rostro amable y sereno, y pude entender por qué era tan querida por la familia. Me pregunté cuál había sido su relación exacta con Julian. ¿Era solo una amiga de su madre? ¿O había sido alguien más cercano, tal vez una figura materna para él?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de pasos acercándose. Retrocedí rápidamente, escondiéndome de nuevo mientras vi que Cassandra regresaba, acompañada esta vez por un hombre alto, que supuse era uno de sus guardaespaldas. Vaya, ¿ellos también utilizaban escoltas? ¿O tal vez era uno de los hermanos de Julian? No podía arriesgarme a ser vista, así que me alejé sigilosamente, sobresaltada por los latidos desbocados de mi propio corazón.

Me dirigí hacia la salida del cementerio, sabiendo que no podía quedarme más tiempo. Los preparativos de mi boda quedaban en manos de los Grammauta, pero había algunos detalles de los que tenía que ocuparme personalmente. Y cada uno de ellos era una monumental tortura.

CAPÍTULO 30

Cuando llegué a casa, Greta me estaba esperando en la biblioteca, absorta en la pantalla de su teléfono móvil, tras el que ocultaba una expresión preocupada.

—¿Dónde has estado? —preguntó, levantándose del sofá.

—Hola, tiktokker. Necesitaba ocuparme de algunas cosas —dije, sin entrar en detalles—. ¿Todo está bien por aquí?

Mi hermana asintió, aunque no parecía convencida. Sabía sin duda que había algo que no le estaba contando, pero no me presionó como hacía otras veces. Se notaba a leguas que no estaba del mejor humor esos días.

—Valeria, he estado pensando en lo que dijiste sobre irme un año a estudiar a Europa — Greta me miró con seriedad—. Creo que tal vez tengas razón. Necesito un cambio de aires, alejarme un poco de Nueva York. Sé que papá vería con buenos ojos si me marchó a Italia un tiempo.

La miré, sorprendida por su decisión repentina, pero al mismo tiempo aliviada. Greta era joven, y aún tenía la oportunidad de escapar de este mundo que nos había atrapado a ambas, antes de que mi padre tuviese algún plan para ella.

—Me alegra que lo estés considerando —dije, agarrando su mano—. Quiero que seas feliz, Greta, y si eso significa irte lejos de aquí, entonces deberías hacerlo.

Mi hermana se levantó un salto y se acercó a mí para abrazarme con fuerza. En ese momento, todo el peso de mis preocupaciones se desvaneció. A lo mejor necesitaba más abrazos como ese.

Por mi parte, sentía que yo misma me estaba levantando en armas. Una inminente batalla empezaba a despertar dentro de mí.

Mi visita a aquel cementerio, por alguna razón, había reactivado mis ganas de ver a Julian. Y sabía muy bien que si volvía a verlo, si volvía a besarme y a tocarme como lo había hecho en el paraíso, yo no tendría otro camino que huir con él, de su mano.

CAPÍTULO 31

El reloj marcaba las cuatro de la tarde y estaba sentada en mi habitación, con la mirada perdida en la pantalla del portátil. Había pasado las últimas horas buscando información sobre los Percival, pero no había encontrado mucho más de lo que ya sabía.

Cada vez que intentaba profundizar me encontraba con paredes invisibles, datos que se esfumaban en los navegadores, como si alguien hubiera limpiado cuidadosamente cualquier rastro de su historia. Frustrada, cerré el portátil con un golpe suave y me recosté en la cama. Necesitaba una pequeña siesta.

Estaba agotada. Hacía apenas una hora había tenido una llamada con la hermana de Roy, una mujer bastante testaruda que se dedicaba a planear bodas. Me preguntó por el vestido e insistió en que le enviase fotos.

Ya estaba encargándose de todos los preparativos, desde las flores hasta el más mínimo detalle del menú. Me había explicado que todo iba según lo planeado, que pronto tendríamos que hacer la sesión de fotos oficial y que sería un evento de ensueño. Todo sonaba tan perfecto, tan... irreal.

Mientras intentaba digerir esa conversación, oí un golpe firme en la puerta. Me enderecé en la cama, sintiendo una súbita tensión en el pecho.

—Adelante.

La puerta se abrió despacio.

Allí estaba mi padre, Vincenzo. Su expresión era seria, pero parecía un poco más relajado, como si viniese en son de paz.

—Valeria, ¿puedes venir a la biblioteca un momento? —me pidió—. Tengo que hablar contigo.

Eso nunca era una buena noticia.

Asentí en silencio, levantándome de la cama y siguiendo a mi padre por el pasillo. Las conversaciones en la biblioteca nunca eran fáciles. Ese era el lugar donde solían discutirse los asuntos más importantes de la familia.

Al entrar en la habitación, la luz dorada de la tarde se filtraba por las grandes ventanas, iluminando las estanterías repletas de libros antiguos. Vincenzo cerró la puerta tras de mí y se dirigió al gran escritorio de caoba, donde tomó asiento. Yo me acomodé frente a él. ¿Qué iba a ser esta vez? ¿Una bronca? ¿Un nuevo “encargo”? ¿Había descubierto la existencia de Julian? ¿O tal vez había decidido despedir de una vez por todas a Marco?

Papá respiró hondo, como cuando no tenía demasiadas ganas de reunirse con alguien.

—*Carissima*, sé que esto es difícil para ti —comenzó, con un tono más suave de lo que esperaba—. Pero debes entender que esta boda no es solo una ceremonia. Ha llegado a mis oídos que estás un poco...en rebeldía con todo este asunto. Así que creo que la culpa es mía y que no te lo he explicado del todo bien. Este es un acuerdo que nos asegura la estabilidad, el respeto y, sobre todo, la seguridad de nuestra familia.

¿A qué venía este entremés?

Todo eso ya me lo había dicho. Varias veces, desde que llegué de Hawái. Y no tenía demasiadas ganas de volver a discutir.

—¿La seguridad? —repetí, comprobando para mi desgracia que mi voz temblaba ligeramente—. ¿Es que acaso somos prisioneros de nuestro propio apellido? Papá, ya hemos hablado de esto. El tema es que no quiero pasar el resto de mi vida con un hombre al que apenas conozco, solo porque es lo que conviene a la familia.

Vincenzo suspiró, apoyando los codos sobre el escritorio y entrelazando las manos.

—Ya lo sé. Sé que esto no es lo que soñabas, hija, pero a veces los sacrificios son necesarios. Esta boda evitará conflictos innecesarios, fortalecerá nuestras alianzas y garantizará que tú y Greta viváis en paz, sin tener que preocuparos por luchas de poder. O por el dinero, cuando yo no esté.

—Solo tengo esta vida, papá. ¿Y mi felicidad? —pregunté, sintiendo cómo se formaba otra vez el nudo en mi garganta—. ¿Acaso no importa?

—Claro que importa, Valeria —respondió mi padre, con un tono que intentaba ser consolador—. Pero la felicidad no siempre viene en la forma en que la imaginamos. Roy Grammauta es un buen hombre. Me he asegurado de ello. Te tratará bien, te dará una vida cómoda y placentera. Y con el tiempo, aprenderás a apreciarlo, tal vez incluso a quererlo. Tu madre y yo empezamos así. Y nos fue muy bien hasta que nos dejó. Aprendimos a trabajar en equipo.

Mi madre está muerta, pensé, pero no lo dije.

Y nunca fue feliz.

Bajé la mirada, incapaz de aceptar esa visión resignada del futuro. No podía imaginarme una vida así, encadenada a un hombre solo porque era lo conveniente. Pensé en Julian, en cómo mi corazón se había acelerado al verlo, en lo viva que me había sentido en Hawái. Pero también sabía que la vida con él estaría llena de riesgos, de incertidumbre, y lo peor, tal vez incluso de peligros.

—Hoy almorcé con Evelyn Nakamura —dijo papá de repente, cambiando de tema—. Me habló muy bien de ti, de lo capaz que eres, de cómo podrías manejar grandes acuerdos por tu cuenta, como una verdadera agente autónoma.

Sentí un rayo de esperanza, pero se apagó rápidamente con las siguientes palabras de mi padre:

—Ella lo intentó. Pero no me convenció. No puedo permitir que te expongas de esa manera. Lo de Hawái fue un pequeño experimento y por suerte salió bien. Necesito que entienda que este mundo es demasiado peligroso, Valeria, y no quiero que corras riesgos innecesarios. Casarte con Roy te ofrecerá una vida más segura, más fácil. Créeme. Solo busco lo mejor para ti.

Intenté mantener la calma, pero la frustración y la tristeza empezaban a tomar el control. Así que Evelyn lo había intentado. Había intercedido por mí.

—Evelyn solo quiere lo mejor para mí —dije, con un tono que intentaba no sonar desafiante—. Ella vio mi potencial, y sabe que puedo hacer más que ser la esposa de alguien. Y yo también lo sé, papá.

No podía decirle a mi padre que los negocios en realidad me importaban una mierda. Que lo quería en el fondo era una vía de escape, la libertad total para amar a quien quisiera.

—Evelyn siempre será una aliada valiosa para ti. Una mujer inteligente y astuta que controla a la perfección todos los movimientos en Hawái. Pero lo que ella no entiende es que no quiero verte consumida por ese mismo mundo que ha destruido a tantas personas antes que tú. Mírala a ella. Está...sola. ¿De verdad quieres acabar así?

Un silencio pesado cayó sobre la habitación. Sabía que mi padre estaba intentando protegerme, que creía sinceramente que estaba tomando la mejor decisión para mí. Pero su visión de mi futuro era como una prisión, una que no podía aceptar.

—Greta quiere irse a estudiar a Europa. A Italia —dije de repente, desviando la conversación—. Creo que sería muy bueno para ella.

Papá asintió, como si ya hubiera pensado en esa posibilidad.

—Lo sé. He decidido dejar que se vaya un año. Pero cuando termine su formación, Greta también tendrá que cumplir con sus deberes para con la familia.

Sentí que mi corazón se hundía. Sabía muy bien leer entre líneas y mi padre no necesitaba ser explícito para hacerme entender que Greta también estaría atrapada. Era desesperante. Mi padre se levantó de su silla, rodeando el escritorio para acercarse a mí. Colocó una mano en mi hombro, tratando de mostrar compasión.

—Valeria, todo lo que hago, lo hago por vuestro bien, por el bien de los Bellucci y por nuestro patrimonio. Quiero que lo entiendas de una vez. Sé que ahora parece difícil, pero con el tiempo verás que estoy en lo correcto. Créeme, por favor.

—Papá... —murmuré, sin poder evitar que las lágrimas llenaran mis ojos.

Vincenzo me abrazó suavemente, pero su abrazo no me dio consuelo. Sabía que estaba tratando de hacer lo correcto, pero su "lo correcto" tenía un precio demasiado alto para mí. Me quedé allí, en sus brazos, sin poder hacer nada más que anticipar una vez más cómo mi futuro se desmoronaba frente a mí.

Entonces papá deshizo nuestro abrazo.

—Una última cosa, Valeria. Ese muchacho... el científico.

Mis lágrimas se congelaron de repente.

—¿Quién?

—Sabes muy bien de quién te hablo. Percival. El de Hawái. El mismo que te siguió hasta la tienda de novias.

Me miró fijamente.

La réplica se quedó congelada en mi garganta.

—Qué pasa con él.

—Te recomiendo que aparques ese tema durante un tiempo. Al menos hasta que vuelvas de tu luna de miel. Y después... bueno, es tu vida y aprenderás a manejar tus divertimentos. Nadie va a estar vigilándote las veinticuatro horas y estoy seguro de que Roy hará un poco la vista gorda.

—Yo...

—¿Ves, *carissima*? Papá no es tan malo.

CAPÍTULO 32

Vomitó después de aquella conversación con papá. Apenas tuvo tiempo de llegar al baño, donde me desplomé junto al inodoro, sintiendo cómo mi estómago se retorció y se desprendía de toda la ansiedad que me había embargado en aquellos días. Probablemente aquel era el peor momento para ponerme enferma.

No podía dejar de pensar en las palabras de mi padre, en la resignación con la que había trazado mi futuro, como si fuera inevitable, como si no tuviera voz ni voto en mi propio destino.

Me levanté, sintiendo la boca seca y el corazón aún agitado, y me dirigí a la cama. Tal vez dormir me ayudaría...A pesar de la angustia que me envolvía, una llamita de esperanza se encendió dentro de mí al recordar las últimas palabras de mi padre:

Te recomiendo que aparques ese tema durante un tiempo. Al menos hasta que vuelvas de tu luna de miel. Y después...bueno, es tu vida y aprenderás a manejar tus divertimentos...

Esas palabras eran la prueba fehaciente de que vivía vigilada.

Julian. Su nombre resonaba en mi cabeza como un eco incesante. La idea de que, tal vez, podría tener una segunda oportunidad con él después de todo, a pesar de aquel absurdo matrimonio, me animó un poco. Sabía que no era la solución ideal, pero al menos no sería completamente prisionera de mi situación. Julian era un refugio, una posibilidad de escapar, aunque solo fuera por momentos, de la vida que me imponían. Otra cosa era que él quisiera aceptar aquella situación. Esa era harina de otro costal.

Sin embargo, no sabía cómo encontrarlo. Recordé el momento en el avión de vuelta desde Hawái, cuando, en un arrebato de tristeza y confusión, borré su número de mi teléfono. Pensé que era lo mejor, que así podría olvidarlo más fácilmente. Qué estúpida fui.

Me senté en la cama, apretando el móvil en mis manos, tratando de pensar en una manera de contactar con él. Sabía que podía buscarlo en redes sociales, pero él no parecía ser alguien que compartiera su vida *online*. Recordé también que había intentado buscar a través de su familia, de su apellido, pero todo lo que había encontrado eran datos fragmentados, nada que pudiera darme una pista concreta. Sentí un nudo en el pecho al darme cuenta de que estaba más sola de lo que había pensado.

El teléfono vibró de repente, sacándome de mis pensamientos. Al ver el nombre en la pantalla, un rayo de esperanza cruzó mi mente: era Evelyn.

—¿Hola?

—Valeria, querida —su voz era cálida, como siempre, pero se le notaba un tinte de preocupación—. ¿Qué tal estás? Hablé con tu padre, y tenía pendiente llamarte.

—Sí, me ha dicho que almorzasteis juntos...

—Sé que estás pasando por un momento difícil, pero quiero que sepas que no estás sola. Ya te dije que estoy aquí para ayudarte. Quería que supieras que le pedí que cancelase ese absurdo matrimonio. La cosa está un poco...complicada.

Sentí cierto alivio al escuchar sus palabras, a pesar de que no parecía traerme buenas

noticias.

—Gracias, Evelyn. Pero no sé qué hacer. No consigo entender por qué debo casarme con alguien que no amo, con alguien que apenas conozco. Mi padre nunca me habló de eso hasta que volví de Hawái. No entiendo qué ha pasado.

—Me temo que, de alguna manera, descubrió que estuviste acompañada en la isla y las cosas se han precipitado. Él piensa que es lo mejor para ti —dijo Evelyn—. Pero yo sé que tienes mucho potencial para ser simplemente la esposa de un Grammauta. En fin, esa era la mala noticia.

—¿Acaso hay una buena?

Evelyn se rio.

—Tú tranquila. No todo está decidido aún. Confía en mí. Todo se solucionará antes de esa boda. Ni siquiera voy a comprarme un vestido para la ocasión, Valeria. Con eso te lo digo todo.

Aquel tono de seguridad me daba algo de esperanza, pero yo seguía inquieta. A lo mejor abusaba de su amabilidad, pero tenía que intentarlo.

—Evelyn... necesito encontrar a Julian —confesé mientras mi voz temblaba ligeramente—. He estado intentando contactarlo, pero no sé cómo localizarlo en Nueva York. No tengo su número. Lo borré en un arrebato al regresar de Hawái y...bueno, eso ya ahora da igual. He buscado, pero no encuentro nada.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, seguido de una suave risa.

—Ah, el chico científico. Sabía que te rondaría por la cabeza —respondió Evelyn, con un tono que sugería que había estado esperando esto—. No te preocupes, lo encontrarás. Dame un momento y te enviaré lo que necesitas.

—¿En serio? —preguté, notando como mi corazón acelerándose de repente—. ¿Puedes ayudarme a encontrarlo?

—Por supuesto. Déjame solo un rato y te enviaré un mensaje —dijo, con la misma calma de siempre—. Y confía en mí, Valeria. Todo saldrá bien.

Colgué el teléfono. De repente estaba más tranquila. No sabía qué esperaba recibir, pero sí: confiaba en Evelyn. Hasta aquel momento y a pesar de aquella cena en su casa había sido una aliada poderosa, alguien en quien podía confiar más que en cualquier otra persona, incluso más que en mi propia familia. Si decía que podía ayudarme, estaba casi segura de que lo haría. Pero, ¿cómo? Ya había hablado con mi padre y no había logrado convencerlo.

Las horas pasaron lentamente, con cada minuto arrastrándose como si fuera una eternidad. Caminé de un lado a otro en mi habitación, incapaz de concentrarme en nada más que en lo que estaba por venir. La idea de volver a ver a Julian me llenaba de una energía nerviosa, una mezcla de miedo y deseo.

Entonces, mi teléfono vibró. Un nuevo mensaje. Y era de un número desconocido.

Era una dirección en Manhattan. Y no era cualquier dirección. Era la de Julian. Un apartamento ubicado en el edificio Golden Percival. Oh, dios. Su familia...¿era la dueña de un edificio de Manhattan? Él no me había contado nada de eso. Y el sitio me sonaba. Corrí a mi ordenador y lo busqué en Google. Era curioso. Añadiendo la palabra “edificio” a “Percival” sí salían resultados. Había oído hablar de ese sitio en algunos círculos, aunque nunca le había prestado demasiada atención.

No podía creerlo. ¿Cómo había conseguido Evelyn esta información? ¿Y tan rápido? Pero no importaba. Lo único que importaba ahora era que tenía la posibilidad de verlo, de explicarle todo, de... de hacer algo, cualquier cosa, para cambiar el curso de mi vida.

Me senté en la cama, mirando la dirección en la pantalla, memorizándola, como si fuera mi

salvavidas en medio de un océano de incertidumbre. Sentía que el tiempo se había detenido, que cada decisión que tomara a partir de ahora sería crucial.

Finalmente, tenía un objetivo, una dirección concreta a la que dirigirme. Sabía que esto no resolvería todos mis problemas, pero al menos podría verlo, hablar con él, explicarle todo. No sabía qué sucedería después, pero estaba dispuesta a arriesgarlo todo. Si es que él todavía quería verme.

Era ahora o nunca. Y no iba a dejar pasar esta oportunidad.

CAPÍTULO 33

La tormenta había comenzado hacía una hora, y el cielo sobre Nueva York se había oscurecido, acorde con mi propia tempestad interior. Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza las ventanas de mi habitación, como si intentaran penetrar en el caos que estaba viviendo. Pero la lluvia no me iba a detener. Nada lo haría. No después de lo que había decidido.

Miré por última vez mi reflejo en el espejo. Mi vestido, empapado de sudor y pronto también de lluvia, se pegaba a mi cuerpo, y mi cabello estaba revuelto, pero nada de eso importaba.

Lo único que tenía en mente era llegar al Golden Percival, encontrar a Julian, y decirle todo lo que no había podido en aquella tienda de novias. No había tiempo para dudas ni para el miedo. Era *ahora o nunca*.

Me moví con rapidez, burlando a los guardaespaldas de mi padre, que vigilaban la casa con una indiferencia que en cualquier momento podía volverse peligrosa.

Vincenzo nunca creería que intentaría salir en medio de una tormenta, y ese error me daba la ventaja que necesitaba. Con la lluvia azotándome sin piedad, saqué mi móvil y pedí un Uber. No quería arriesgarme a conducir yo misma uno de los coches de la familia. Le pedí que me recogiese a dos manzanas de casa para que nadie me viese. Mientras llegaba, tecleé en el sistema la dirección que Evelyn me había facilitado.

Los truenos resonaban como si fuesen advertencias, pero yo ignoraba todo excepto el impulso que me llevaba hacia Julian.

Cuando llegué al Golden Percival me di cuenta de que estaba calada hasta los huesos. Debía haberme empapado en el momento en que salí de casa y corrí a esperar a que llegase el Uber. Estaba tan agitada cuando me fui, temiendo que pudiese arrepentirme de aquello, que ni siquiera me detuve para buscar un paraguas.

El edificio, una majestuosa torre de cristal que se erguía como un centinela sobre la ciudad, parecía desafiar a la tormenta. Mis zapatos chapoteaban sobre el mármol del vestíbulo mientras me acercaba al portero, un hombre mayor con cara de circunstancias.

—¿Puedo ayudarla?

Me miró de arriba a abajo. Le estaba mojando el suelo y muy probablemente le parecía una desequilibrada que solo buscaba refugio.

—Necesito ver a Julian Percival.

Creo que temblaba, no sé si de frío o pánico.

El portero me miró incrédulo. Ahora sí que no había dudas de que debía parecerle una loca, una aparición fantasmal salida de la tormenta. Pero no me importaba.

—No puedo dejarla subir sin una autorización —respondió, aunque su tono era un poco más suave, tal vez percibiendo la desesperación en mis ojos.

—Por favor —supliqué—. Solo... solo avísele que estoy aquí. Dígale que Valeria está aquí.

El hombre dudó, pero al final asintió y cogió el teléfono. Lo vi hablar en voz baja, esperando cada palabra como si fuese mi última oportunidad de respirar. Finalmente, colgó y me miró.

—Puede subir —dijo, señalando el ascensor—. Octava planta, puerta tres.

—Gracias. Muchas gracias.

No esperé ni un segundo más. Crucé el vestíbulo y entré en el ascensor, sintiendo que cada segundo se estiraba, como si aquella máquina se moviera con la misma lentitud que mis pensamientos caóticos. Finalmente, las puertas se abrieron y me encontré frente a la puerta del apartamento de Julian. No me dio tiempo ni a dudar. Toqué el timbre, y cuando la puerta se abrió, allí estaba él.

Julian me miró, sorprendido, pero antes de que pudiera decir algo, lo vi relajarse, como si el impacto de verme hubiera dado paso a otra cosa, algo más suave. Sin decir una palabra, me hizo un gesto para que entrara.

—Estás... empapada —fue lo primero que dijo, mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—Lo sé —respondí, intentando no temblar por el frío que me recorría—. No me detuve a buscar un paraguas.

—Espérame un segundo. Voy a buscar una toalla.

Desapareció por un pasillo, y yo di unos pasos por aquel enorme apartamento tipo *loft*, con techos gigantescos. Aquel sitio sería el sueño de un artista. Cuando volvió, me ofreció la toalla, pero mantuvo las distancias. Era evidente que Julian estaba en guardia. Y no podía recriminárselo.

Nos quedamos en silencio un momento, estudiándonos, reconociendo la realidad de nuestra presencia en el mismo espacio, después de todo lo que había pasado.

—Valeria, ¿qué haces aquí?

Su voz sonaba seria, pero la curiosidad parecía genuina.

—Yo... tenía que verte. No podía dejar que las cosas terminaran así.

Exhaló profundamente.

—Dijiste que tenías que casarte —murmuró—. ¿Qué es lo que esperas que haga con eso?

Sentí que mi corazón se encogía. Todo lo que había ensayado mentalmente, todas las palabras que había querido decir, se desvanecieron en ese momento.

—Es verdad —admití—. Debo casarme. Es... complicado, Julian. Pero no puedo dejar de pensar en ti. No quiero perderte.

Vi cómo me miraba. Su expresión se endureció por momentos.

—¿Y qué propones? —preguntó, su voz tranquila, aunque podía sentir la tensión en sus palabras—. ¿Que sea tu amante mientras estás casada con otro hombre?

El dolor en su voz era evidente, y me atravesó como una daga. Me acerqué más, desesperada por hacerle entender.

—No lo sé —dije, sinceramente—. Solo sé que no puedo perderte. Que no quiero perderte. Esto... esto no es solo un matrimonio por amor, es un acuerdo, un compromiso impuesto por mi familia. No tiene nada que ver con lo que siento por ti.

Julian me miró fijamente, y vi cómo luchaba internamente. Sabía que lo que le estaba pidiendo era irracional, incluso injusto, pero no podía soportar la idea de perderlo por completo. A lo mejor estaba siendo una egoísta.

—Valeria... —comenzó, pero no pudo continuar. Se acercó a mí, su expresión parecía desgarrada entre el deseo y la razón—. Yo no puedo... no puedo compartirte. No podría aceptar eso jamás.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Aquello era una locura, pero estaba dispuesta a aferrarme a cualquier cosa que me permitiera estar cerca de él.

Sentí que empezaba a hiperventilar. Hice un esfuerzo consciente por respirar hondo. Dios

mío, ¿qué me había hecho aquel hombre? ¿Por qué me sentía así?

—Está bien. Está bien. Julian, por favor. Solo...solo esta vez. No quiero dejarte ir.

Hubo un silencio muy explícito, cargado de emociones contenidas. Luego, vi cómo su firmeza comenzaba a desmoronarse. Sin decir una palabra, me tomó por la cintura y me atrajo hacia él. Nuestros labios se encontraron, y en ese beso desesperado, sentí todo el dolor, la confusión y el amor que no habíamos podido expresar.

Me aferré a él como si fuera mi única ancla en aquella noche de tormenta. No quería pensar en el mañana, en las complicaciones que vendrían.

Estaba todo muy claro. Lo que le había pedido era irracional, injusto y estaba completamente descartado. Y sabía muy bien que si permanecía un minuto más en aquel edificio jamás podría separarme de su lado. Y que eso traería consecuencias desastrosas. Pero me daba igual. Era incapaz de pensar en el día siguiente. En ese momento, solo quería sentirlo cerca. Y si era solo una noche, si esa era la última noche, iba a atesorarla siempre como el mejor de mis recuerdos.

Nos movimos juntos hacia el dormitorio. Cada paso era un firme desafío contra mi realidad. Julian murmuró algo, una protesta débil sobre lo que estábamos haciendo, lo que íbamos a hacer una y otra vez esa noche, pero sus manos, su boca y su cuerpo, decían lo contrario. Me aferré a él, entregándome al momento, a lo único que sentía real en medio del caos que era mi vida.

CAPÍTULO 34

Me desperté entre los brazos de Julian, y por primera vez en semanas, después de todas las tormentas, sentí una calma inesperada. Su pecho subía y bajaba de manera rítmica bajo mi mejilla, y sus brazos me rodeaban con una seguridad que casi no podía creer.

Aún no sabía cómo íbamos a hacer esto. No tenía claro cómo escapar del control de mi padre, de mi familia, de todo lo que me habían impuesto. Pero aquella noche, después de confesarnos lo que sentíamos, lo que ninguno de los dos podía explicar de forma racional, habíamos hablado.

Julian estaba decidido a ayudarme, a sacarme de mi jaula. Huiríamos juntos, encontraríamos un lugar lejos, lejos de todo, donde nadie nos pudiera encontrar. Fuera del país, seguramente.

Pero la mañana había llegado, y aunque mis pensamientos eran caóticos, tenía que ponerme manos a la obra. Tenía que ser estratégica, pensar cómo podía “desaparecer” de la faz de la tierra. No es algo fácil en el siglo veintiuno, y menos aún para mi padre, con ojos en todos los rincones de este infierno de ciudad.

Alcé la vista para observar a Julian. Él también estaba ya despierto, estudiándome.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó suavemente, acariciando un mechón de mi cabello.

—Mejor —admití—. Todavía no sé cómo vamos a hacerlo, pero... estar contigo hace que todo se sienta menos aterrador.

Aquella era una apuesta muy arriesgada. Si salía bien sería feliz. Si Julian se echaba atrás, sería una proscrita en el exilio hasta el último de mis días.

—Lo haremos —dijo Julian, con voz firme—. Nos vamos a ir, Valeria. Nos marcharemos lejos de aquí. Nadie podrá encontrarte. Te lo prometo.

Asentí. Sus palabras me daban toda la fuerza que necesitaba. Nos levantamos con calma, conscientes de que cada minuto juntos ahora contaba más que nunca. Mientras Julian se vestía, yo busqué mi móvil en el bolsillo de mis vaqueros, que había dejado tirados al lado de la cama. Lo encontré sin batería, cosa habitual en mí.

—Uhm. ¿Tienes un cargador? —le pregunté.

Por un momento había pensado que era el momento perfecto de dejar aquel teléfono apagado para siempre. Iba a necesitar un número nuevo, una tarjeta pre-pago, para que los tentáculos de mi padre no me alcanzasen. Aquella tormenta había sido una bendición. Gracias a ella estaba segura de que nadie me había seguido. Pero como aún no estaba oficialmente desaparecida, iba a echar un último vistazo a mis mensajes.

Julian abrió un cajón y me pasó un cargador. Conecté el móvil y esperé mientras se encendía. Pensé en todas las llamadas que probablemente me habrían llegado: de mi hermana, de la *wedding planner*, quizá incluso de mi padre. Pensé en Greta. Ella era mi única preocupación. Tenía que conseguir sí o sí que se marchase a Europa...y que se quedara allí.

—Voy a preparar el desayuno —dijo Julian—. Necesitarás fuerzas para lo que viene.

Asentí y lo seguí hasta la cocina. Estaba sirviendo café cuando escuché el zumbido de mi móvil, encendido de nuevo. Lo tomé rápidamente, revisando las notificaciones. Había varias

llamadas perdidas de mi hermana, Greta, lo cual me preocupó, pero antes de que pudiera devolverle la llamada, un correo electrónico en la bandeja de entrada captó mi atención.

Era de Roy Grammauta, mi “prometido”. Me quedé paralizada durante un segundo antes de abrirlo. Esto era lo que decía:

De: Roy Grammauta
Asunto: El compromiso

Valeria,
No te molestes en buscarme. Ya estoy fuera del país. Evidentemente, nuestro compromiso se ha cancelado tras lo sucedido.
Espero que encuentres lo que buscas.
Atentamente,
Roy.

Leí el mensaje una y otra vez, tratando de comprender. No sabía a qué se refería con "lo sucedido", pero lo que estaba claro era que el compromiso estaba roto. Había desaparecido, justo cuando pensaba que estaba atrapada sin salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Julian, observando mi expresión confusa.

—Es Roy... me ha enviado un correo. Dice que el compromiso está roto. Se ha ido del país.

Nos miramos, perplejos. Le extendí el teléfono para que lo viese él mismo. Julian se acercó a mirar mi móvil, y sus labios se curvaron con una ligera sonrisa.

—Fenomenal. Nuestro problema ha desaparecido. ¿No es eso lo que querías?

—Sí... —murmuré, sintiendo un nudo en el estómago—. Pero no tiene sentido. ¿Por qué lo haría de repente?

Justo en ese momento, volví a las seis llamadas perdidas de Greta. Tenía que haber pasado algo. Mi corazón comenzó a latir más rápido mientras la llamaba de vuelta.

—¿Greta? —pregunté tan pronto como contestó—. ¿Estás bien? Vi que me llamaste. ¿Qué pasa?

—¡¿Dónde demonios has estado?! —gritó Greta al otro lado de la línea. Su voz sonaba agitada y llena de desesperación—. ¿Has visto las noticias? ¡No he dormido en toda la noche!

—¿Qué? No, acabo de despertarme. No sé de qué hablas. ¿Qué ha pasado?

Hubo una pausa, como si Greta estuviera tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Papá... papá fue detenido anoche. Se lo llevaron. A él y a tres de sus hombres —dijo finalmente, con voz temblorosa—. Lo acusan de alzamiento de bienes y estafa. Tienes que venir enseguida.

Sentí que mi mundo se tambaleaba. Me apoyé contra la encimera, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —mi voz era apenas un susurro—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Lo arrestaron anoche, pasadas las doce —repitió Greta—. Y esta mañana ya está en las noticias. Los Grammauta también están involucrados, el padre de Roy... Todo se ha desmoronado, Valeria. Papá... —su voz se quebró al final—. Papá no sale de esta. Ya no es solo tu boda, es todo...

Me quedé en silencio, incapaz de articular una respuesta. Mi padre, el hombre que había controlado cada aspecto de mi vida, el que me había obligado a casarme para mantener la paz, ahora estaba siendo detenido por estafa.

—Sí saldrá de esta —le dije, como si fuese un mantra—. Ya sabes que tiene a los mejores abogados.

En el fondo de mi corazón deseaba que no fuese cierto, pero no podía decírselo a mi hermana. Aunque las dos pensáramos lo mismo.

—Greta... —dije finalmente, tratando de encontrar alguna coherencia en mis pensamientos—. Necesito saber todo. ¿Dónde estás ahora?

—En casa, pero no sé cuánto tiempo más podremos quedarnos aquí. La policía está por todas partes, y los abogados no dejan de ir y venir. Necesito que vuelvas... Necesito que estés aquí. ¿Dónde has pasado la noche, Valeria?

No le contesté.

Me mordí el labio, mirando a Julian. Sabía lo que significaba. Sabía lo que implicaba. Volver a casa ahora era como entrar en el ojo del huracán. Pero tenía que hacerlo por Greta. Mi hermana. Necesitaba mi ayuda.

—Voy para allá —dije finalmente, tragándome el miedo que me apretaba el pecho—. Y mantente firme, Greta. No dejes que te intimiden. No hables con nadie. Quédate en tu habitación hasta que yo llegue.

—Ven rápido —fue lo único que dijo antes de colgar.

Suspiré, dejando caer el teléfono sobre la mesa. Julian me observaba en silencio. Su mirada permanecía atenta a cada cambio en mi expresión.

—¿Qué ha pasado?

—Es mi padre... —dije lentamente, tratando de asimilar las palabras—. Lo arrestaron anoche. Por alzamiento de bienes y estafa. Roy se ha ido porque está involucrado también... Es como si... como si el universo me hubiese liberado de mis problemas de un plumazo, y me hiciese pagar por ello un precio que no sé si me puedo permitir.

Era todo tan desconcertante. Julian se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Apoyé mi cabeza en su pecho, dejando que su calor me brindara un poco de consuelo.

—Valeria, supongo que en el fondo sabías que podría pasar algo así —susurró Julian—. El mundo de tu padre, según me has contado, es una montaña rusa constante. Pero no tienes que volver a él, Valeria. Esta es tu oportunidad para desmarcarse de él. Es un hombre. Déjalo que asuma las consecuencias de sus actos.

—No. Greta está allí. En casa —dije, con un nudo en la garganta—. Tengo que ir. Tengo que estar a su lado.

—No vas a ir tú sola —replicó Julian con firmeza—. No voy a dejar que te enfrentes a esto sola, Valeria.

Me aferré de nuevo a él, deseando que el abrazo durara para siempre, que el mundo nos dejase en paz, o que al menos nos diese una tregua. Sabía que iba a tener que enfrentarme a lo que viniese, pero al menos ahora no estaba sola.

CAPÍTULO 35

El camino de regreso a casa estuvo cargado de un silencio pesado y opresivo. Julian y yo estábamos en el asiento trasero de uno de los coches de su familia, agarrados de la mano, pero ni siquiera ese gesto me ofrecía el enorme consuelo que normalmente sentía a su lado.

Mis pensamientos volvían una y otra vez a Greta, sola en aquella mansión llena de policías y abogados. La imagen de nuestro hogar invadido por extraños y nuestro padre tras las rejas se hacía cada vez más insoportable. Pensaba en el miedo que debía haber pasado ella, encerrada en su habitación mientras se producía la detención. Tenía que haber sido traumático.

El tráfico en Manhattan era intenso y cuando finalmente llegamos, tal y como me temía, la casa parecía un campo de batalla.

Había coches de policía por todas partes, hombres de uniforme entrando y saliendo como si estuvieran desactivando una bomba. Al bajar del coche, me tomé un segundo para recuperar el aliento. Tenía que ser fuerte para Greta. Ahora yo era su única protección.

Julian me observó en silencio justo antes de desviar su mirada hacia la puerta principal. Apretó mi mano un poco más fuerte antes de soltarla.

—Estoy contigo —me susurró.

Aún no había tenido tiempo de asimilar aquel apoyo incondicional, pero sí había pensado en que cualquier hombre en su lugar habría salido huyendo en cuanto se hubiese enterado de todo aquello. El apellido Bellucci era prácticamente un estigma. Era *malas noticias*.

Entramos en casa, donde inmediatamente fui recibida por el caos. Un puñado de policías inspeccionaban cada rincón del despacho de mi padre y la biblioteca.

Varios abogados —a algunos los conocía de vista— estaban amontonados en un rincón, hablando entre ellos en tono bajo pero apresurado.

Subí las escaleras rápidamente, buscando a Greta. La encontré en la sala de estar que había junto a su dormitorio, donde pasábamos tanto tiempo juntas, encogida en un sillón y con el rostro enterrado en las rodillas mientras la televisión frente a ella mostraba imágenes de papá siendo escoltado por la policía.

—Greta... —dije suavemente al entrar en la habitación. Al escuchar mi voz, levantó la mirada. Tenía los ojos hinchados y rojos por el llanto.

—Val... —su voz temblaba, y apenas dijo mi nombre, rompió a llorar de nuevo—. Ha sido horrible.

Corrí hacia ella, abrazándola con fuerza. Sentí cómo sus sollozos resonaban en mi pecho, tan frágiles, tan desesperados. Estuvimos así un rato, hasta que su respiración comenzó a calmarse un poco. Le acaricé la melena mientras seguía aferrada a mí.

—Todo va a estar bien, Greta —susurré—. Ya estoy aquí. No dejaré que te pase nada.

Greta se separó un poco y me miró a los ojos. Había algo en su mirada, incredulidad o miedo, no lo sé.

—¿Cómo puede estar bien? —preguntó en un susurro—. Papá está en la cárcel. Y dicen que

esta vez puede pasar allí una larga temporada.

Suspiré y la llevé hasta el sofá, tomando sus manos entre las mías. Quería encontrar las palabras correctas, pero no existían. Tenía razón. Nada de esto estaba bien, y no tenía sentido pretender lo contrario.

—Lo sé —dije con calma—. Todo esto es una pesadilla, pero... escucha, hay algo más que quiero decirte. Roy, mi prometido... me escribió hoy. Me ha dejado por email. El compromiso se ha cancelado. Se fue del país. Así que supongo que está metido en cosas turbias.

Greta me miró confundida, como si intentara procesar toda la información.

—¿Qué? ¿Y canceló el compromiso? ¿Por qué?

—No lo sé del todo —dije—. Pero supongo que está huyendo de todo este desastre. Su padre también está involucrado en lo que sea que haya hecho papá. No estoy segura de todos los detalles aún. Me imagino que se ha largado con su novia. O sea, su novia real.

Greta parpadeó sorprendida, y antes de que pudiera decir nada más, sus ojos se posaron en Julian, quien había estado de pie, en silencio, cerca de la puerta de la sala. Lo observó con curiosidad y, de repente, pareció recordar algo.

—Espera... —dijo mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Tú eres el chico que apareció en la tienda de novias, ¿verdad?

Julian sonrió levemente y asintió. Me sentí un poco incómoda, pero me obligué a hablar.

—Greta, te quiero presentar a Julian. Él es... —tomé aire y lo miré de reojo—. Él es el hombre con el que quiero estar, con quien he decidido estar. No Roy, no alguien impuesto por papá. Julian y yo... estamos juntos.

Greta se quedó en silencio, procesando lo que acababa de decir. Observó a Julian por un largo momento, y luego volvió a mirarme.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó con una mezcla de sorpresa y reproche en su voz—. Pensé que Roy era tu única opción...

—Supongo que lo era, por decreto de papá —admití—. Pero las cosas cambiaron. Encontré a alguien a quien realmente quiero. No es como Roy, ni como nadie más en nuestra vida. Y además... nos conocimos en Hawái.

Julian dio un paso adelante y le ofreció a Greta su mano y una sonrisa.

—Sé que todo esto es confuso —dijo en un tono suave—. Pero lo que Valeria te dice es verdad. Estoy aquí para ella, para vosotras. No os voy a dejar solas con todo esto.

Greta lo miró, desconcertada, pero luego asintió lentamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, pero esta vez no era por miedo, sino de puro alivio.

—¿De verdad lo dices? —preguntó, su voz temblorosa—. ¿No nos vas a dejar solas?

Mi hermana era desconfiada por naturaleza, exactamente igual que yo. Nuestro entorno nos había hecho así.

—Claro que no —respondió Julian con seguridad.

Tomé de nuevo las manos de mi hermana, intentando calibrar su trauma y transmitirle mi confianza. No quería que viese en mi ojos que yo tampoco entendía del todo lo que estaba pasando.

—Greta, escúchame bien. El control que papá ha ejercido sobre nosotras... se terminó. Somos mayores de edad y desde ahora tomamos nuestras propias decisiones. Ya no estamos bajo sus órdenes. Voy a protegerte, te lo prometo. Nadie va a forzarnos a vivir una vida que no queremos.

—Pero... —Greta dudó—. ¿Y si papá...? —no pudo terminar la frase. Su miedo era palpable.

—Papá no volverá a controlarnos —le repetí—. Ahora todo ha cambiado. Él no va a poder imponerse sobre nosotras como antes. Y esta es nuestra oportunidad, Greta. Podemos hacer lo

que realmente queramos con nuestras vidas.

Greta se dejó caer contra el respaldo del sillón, como si una parte de su carga se hubiera aligerado al escuchar mis palabras. Pero aún quedaban muchas preguntas en su mente. Lo veía en su expresión.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó, algo más tranquila pero aún llena de incertidumbre.

—No lo sé. Tenemos que hablar con los abogados. Pero yo no voy a sacarle las castañas del fuego esta vez. No voy a hacer nada para aligerar su carga. Si ha hecho algo ilegal, deberá rendir cuentas con la justicia. Pero vamos a salir adelante. Y tú, Greta... te prometo que vas a encontrar tu camino. Ya no estarás atada a nada ni a nadie.

Me miró en silencio durante unos segundos.

—Está bien, confío en ti. Solo... solo prométeme que todo esto acabará pronto.

Le di un apretón en las manos y sonreí.

—Te lo prometo. Todo esto terminará pronto.

Julian se acercó y me tocó suavemente el hombro, como si quisiera asegurarse de que también lo tenía presente en este nuevo camino. Le sonreí, agradecida, mientras sentía que mi mundo empezaba a tomar una nueva forma. Aunque aún había mucha incertidumbre por delante, al menos ahora sabía una cosa con certeza: no estaba sola, y juntas, Greta y yo encontraríamos una salida de la sombra de nuestro padre.

Pero justo cuando pensaba que las cosas comenzaban a calmarse, una sombra familiar apareció en la puerta de la sala. Aquellos pasos firmes y decididos no dejaban lugar a dudas. Era Burton Ostlund, uno de los principales abogados de papá, y su expresión era grave.

—Valeria, Greta —dijo en un tono formal—. Necesito hablar con ambas. Las cosas se han complicado un poco más de lo que pensábamos.

CAPÍTULO 36

El ambiente en casa era tenso, casi irrespirable. Después de que Burton apareciera en la puerta, nos dirigimos en silencio hacia la biblioteca. Allí, dijo, podríamos hablar con calma. Julian se quedó en la sala, esperándonos. Cada paso retumbaba en mis oídos, como si me estuviera acercando a un abismo del que no habría regreso posible.

Greta caminaba a mi lado, más pálida de lo habitual. Intentaba mantenerme serena por ella, pero la verdad era que estaba igual de aterrada. ¿Qué más podríamos descubrir?

Al entrar en la biblioteca, Burton cerró la puerta con cuidado. No había rastro de los agentes que habían estado ahí antes, pero el caos seguía presente. La mesa estaba desordenada, con documentos y papeles esparcidos por todas partes.

—Antes de que hablemos —dijo Burton en un tono bajo pero firme—, necesito asegurarme de que no hay micrófonos en esta habitación.

Greta y yo intercambiamos miradas de desconcierto mientras él comenzaba a revisar cada rincón de la biblioteca. Movi6 algunos libros de las estanterías, verificó los cuadros en las paredes, y hasta revisó las lámparas. Yo me mordía el labio, impaciente, pero entendía la precaución. Burton solo estaba haciendo su trabajo. Finalmente, después de varios minutos, se enderezó y nos indicó con un gesto que nos sentáramos en las sillas de cuero frente al escritorio.

—Ahora podemos hablar —dijo mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Greta, con un hilito de voz.

Yo sentía su ansiedad casi tanto como la mía propia. Necesitábamos respuestas, y rápido; pero no estaba segura de si mi hermana estaba preparada para una conversación como esa.

A pesar de que sabía muy bien que algunos de sus negocios eran bastante turbios, ella siempre había puesto a nuestro padre en un pedestal. Siempre había tenido la sensación de que Greta era su favorita y aunque eso me daba igual, sentía que a lo mejor el abogado debería haber hablado primero conmigo. Y yo filtraría el contenido de aquella conversación. Pero ya estábamos allí. Las dos. Expectantes.

Burton suspiró y se inclinó hacia adelante, cruzando las manos sobre la mesa.

—Lo que os voy a decir es delicado, y tenéis que entender que estamos en una situación extremadamente complicada —nos miró a ambas directamente a los ojos, con una expresión grave—. La policía recibió un soplo, lo cual no es algo común en este tipo de casos. Quien quiera que esté detrás de todo esto sabía exactamente dónde y cuándo golpear.

—¿Un soplo? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Alguien delató a papá?

Burton asintió.

—Así es. Y no solo eso, llegaron con una orden de registro específica. Lo que encontraron en esta biblioteca fue... preocupante.

Greta y yo intercambiamos miradas tensas.

—¿Qué encontraron exactamente? —pregunté.

El abogado vaciló un segundo antes de responder.

—Documentos muy comprometedores. Datos financieros que no deberían haber estado aquí, sino en una caja fuerte —hizo una pausa, como si estuviera evaluando cómo decir lo siguiente—. Alguien colocó en esta biblioteca esos documentos, estoy casi seguro. No hay otra explicación plausible a cómo llegaron hasta aquí. Vincenzo es un hombre cuidadoso, no cometería un error tan grave como dejar algo así tan a la vista.

Sentí una sacudida en el estómago. ¿Alguien había manipulado la situación? ¿Quién sería capaz de traicionar a papá de esa manera? Pensé en Roy, que había huido a toda prisa, pero no dije nada. No podía acusarlo sin pruebas.

—¿Cómo es posible que alguien pudiera hacer eso? —preguntó Greta, su voz temblorosa.

Burton se recostó en la silla de papá, frotándose la barbilla mientras consideraba su respuesta.

—Bueno, para empezar creo que fue un error organizar un evento social en esta casa, especialmente con todo lo que estaba pasando a nivel empresarial. Me refiero a tu fiesta de compromiso, Valeria. Había mucha gente aquí esa noche... amigos, conocidos, y algunos rostros nuevos. No tenemos idea de quién pudo haber sido. El caos de ese día hizo que fuera fácil para cualquiera con malas intenciones colarse aquí y aprovechar la situación.

Mi mente volvió a la fiesta, repasando los rostros, las conversaciones, los momentos. Recordé que Roy había entrado en la biblioteca, solo, para llamar a su novia. Pero yo lo seguí. Lo vi aquí dentro. Y no vi que llevase ningunos documentos. ¿Habría sido él? ¿Cómo no había visto ninguna señal? Estaba tan consumida por mis propios problemas que no había prestado suficiente atención. Me invadió un sentimiento de culpabilidad.

—¿Entonces no hay ninguna pista de quién podría estar detrás? —pregunté, para tantear el terreno.

—No todavía —dijo Burton, muy serio—. Pero mi equipo y yo estamos investigando. Lo que está claro es que la intención de quien colocó esos documentos era que Vincenzo fuera incriminado, sin lugar a dudas. Este golpe está bien calculado. El juicio no será fácil, y sinceramente, no veo una salida rápida para él. Queremos que estéis preparadas para eso.

Greta empezó a sollozar nuevamente, y yo apreté su mano con fuerza. Mi hermana estaba al borde del colapso.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó, de nuevo entre lágrimas.

—Pronto. Quizás mañana o pasado. Pero ya os digo... —hizo una pausa, mirándonos con una expresión sombría—. No esperéis que salga de esta tan fácilmente. Esta vez, la situación es mucho más seria que en el pasado. Es probable que se enfrente a una condena de más de cinco años. Eso siendo optimistas. Y, con las evidencias que han reunido, en su propia casa, parece que no se librará. Siento no tener mejores noticias.

Un nudo se formó en mi garganta al escuchar esas palabras. Cinco años... O más. Mi padre, el hombre fuerte y dominante que siempre había tenido todo bajo control, ahora estaba completamente atrapado. La realidad de la situación se asentaba de manera aplastante sobre mí.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Greta, sin poder contener su angustia.

Me di cuenta que me preguntaba a mí, no a Burton.

Me incliné hacia ella, abrazándola de nuevo, mientras intentaba mantener mi propia compostura. Burton se quedó en silencio, observándonos con compasión, pero también con la certeza de que sus palabras no podían ofrecernos un alivio real.

—Lo que debemos hacer —dije finalmente, con la voz más firme de lo que esperaba—, es mantenernos fuertes y prepararnos para lo que viene. Papá nos necesita ahora más que nunca. Hemos de mantener la cabeza fría.

Intenté sonar convincente. No podía negar que mi interior era una fiesta después de enterarme

de su detención, pero tenía que guardar aquel secreto para mí y para Julian.

Burton asintió, satisfecho con mi respuesta.

—Eso es lo que haría Vincenzo —dijo—. No os rindáis. Todavía hay cartas por jugar. Vamos a hacer todo lo posible por encontrar una salida.

Asentí, aunque en el fondo sabía que esas cartas ya estaban echadas.

—Burton, supongo que debes saberlo. Esta mañana he recibido un email de Roy Grammauta. Levantó una ceja.

—Tengo entendido que se ha largado —dijo.

—Así es. Lo que quiero decir es que no hay boda. No habrá ninguna boda.

—No te preocupes por eso ahora, Valeria.

—No me entiendes, Burton. No habrá *ninguna* boda. Y quiero que se lo transmitas tú mismo a mi padre.

Cuando finalmente salimos de la biblioteca, me encontré con Julian en el pasillo. Al ver mi rostro tenso y cansado, se acercó rápidamente y me rodeó con sus brazos, abrazándome con fuerza. Me hundí en su pecho, refugiándose en su calor y apoyo, el único lugar donde sentía que podía respirar con algo de alivio. Mi único consuelo.

—¿Estás bien? —me susurró al oído.

Negué con la cabeza, cerrando los ojos para evitar que las lágrimas cayeran.

—No, pero al menos ya sabemos lo que está pasando —dije con un hilo de voz.

Justo entonces, oímos pasos en la entrada. Miré por encima del hombro de Julian y vi a su hermano, Blake, acercándose hacia nosotros. Se parecían tanto... Su presencia imponía. Era alto, con una mirada analítica y un porte que inspiraba confianza. Verlo allí, en medio del caos, me transmitió una extraña sensación de seguridad.

—Blake —dijo Julian—. ¿Qué haces aquí?

Nos dedicó media sonrisa, mientras observaba a mi hermana Greta. Normalmente no era tan terrible con las presentaciones, pero supongo que no estaba en mis cabales.

—He visto tu mensaje y luego vi las noticias. Me imagino que las cosas están complicadas. Os echaré un cable con lo que necesitéis.

Julian asintió.

—Gracias, hermano. Realmente necesitamos toda la ayuda posible.

Greta, que había permanecido en silencio hasta ahora, se acercó con cautela, limpiándose los ojos. Miró a Blake con curiosidad antes de inclinar la cabeza, como si estuviera evaluándolo.

—Gracias por venir —le dijo en voz baja, y aunque no era mucho, esas palabras significaban más de lo que parecían.

CAPÍTULO 37

El zumbido de la terminal del aeropuerto no lograba apagar el remolino de pensamientos en mi cabeza. Había pasado un mes desde la detención de mi padre y, aunque el tiempo debería haber amortiguado el impacto, seguía sintiendo un vacío enorme en el pecho. Habíamos decidido poner tierra de por medio, salir de Nueva York, al menos hasta que comenzase el juicio. La prensa había sido implacable, y cada paso fuera de casa era como caminar por un campo minado. Así que lo mejor era salir de allí.

Julian sostenía mi mano mientras esperábamos para abordar el vuelo, y Greta estaba sentada junto a nosotros, con los ojos perdidos en su teléfono. Sin embargo, estaba feliz.

Nos íbamos a Hawái.

De vuelta a donde todo había empezado.

Aquel lugar que, sin quererlo, se había convertido en el telón de fondo perfecto para una historia que nunca esperé vivir.

—¿Lista?

Julian me apretó suavemente la mano. Su voz siempre tenía el poder de hacerme sentir más ligera, aunque fuera por un instante.

—Lista— le respondí, tratando de sonreír.

Aunque la ansiedad aún recorría mi interior, había una extraña sensación de paz en el hecho de marcharnos, de dejarlo todo atrás aunque fuera solo temporalmente.

Justo cuando llamaron a nuestro vuelo, mi teléfono vibró. Era Evelyn Nakamura. Me aparté para contestar, dejando a Julian y Greta avanzar un poco en la fila de embarque.

—Valeria— dijo Evelyn en su tono calmado pero siempre misterioso—. Ya he arreglado todo. Una villa os espera en Hawái, lo suficientemente aislada para que podáis descansar en paz. Y por supuesto, podéis quedaros el tiempo que necesitéis, hasta que empiece el juicio si es necesario. También he solucionado lo de Greta. Su año en Roma garantizado para el próximo curso.

Sentía una enorme gratitud por aquella mujer. Había sido más que una aliada, se había convertido en una especie de protectora para nosotras. Su voz me reconfortaba, aunque había algo en Evelyn que siempre despertaba en mí una sensación de desconfianza mezclada con admiración.

—Gracias, Evelyn. De verdad, no sé qué haría sin ti— le dije, sintiendo que esas palabras se quedaban cortas para expresar lo que sentía.

—No tienes que dárme las gracias, querida. Aprovecha este tiempo. Disfruta de la paz antes de lo que está por venir. Pero recuerda que siempre es mejor moverse en silencio. Te veo pronto.

Colgué y me apresuré para reunirme con Julian y Greta, quienes ya estaban entregando los billetes al personal de embarque. El alivio de saber que tendríamos un lugar donde refugiarnos me relajaba un poco, aunque mi mente seguía atada a todo lo que dejábamos atrás.

El vuelo fue largo y silencioso. Greta se durmió la mayor parte del tiempo, apoyada en mi hombro, mientras Julian y yo intercambiábamos sonrisas y miradas cómplices. Habíamos hablado tanto en el último mes que, por primera vez, no necesitábamos llenar el espacio con palabras.

Sabíamos lo que venía, los riesgos y los planes. Pero en ese instante, compartíamos un entendimiento mutuo que iba más allá de cualquier conversación.

Cuando aterrizamos en Hawái, la brisa cálida y húmeda nos envolvió de inmediato. Era como si aquel lugar me devolviera una parte de mí que había estado perdida durante muchas semanas. Respiré hondo, dejando que el aire del océano despejara mi mente.

La villa era exactamente como Evelyn lo había prometido: un refugio idílico, lejos de cualquier mirada curiosa. La terraza tenía vistas directas al mar, y el sonido de las olas al romperse contra la orilla nos envolvía las veinticuatro horas. Era perfecta.

—¿Qué te parece?— Julian me rodeó con sus brazos desde atrás mientras observábamos la puesta de sol desde la terraza.

—Es... todo lo que necesitábamos —respondí, dejando que mi cabeza descansara sobre su pecho.

Habíamos hecho bien en venir. Al menos por un tiempo, podríamos olvidarnos del caos y centrarnos en lo que realmente importaba.

—No es un mal sitio para quedarse, ¿verdad? —comentó buscando mi cuello con sus labios.

Greta llegó corriendo desde su habitación, con una sonrisa que no había visto en semanas.

—¿Podemos ir a nadar?

—Por supuesto—le dije, feliz de verla tan despreocupada—. Ve tú primero, yo iré en un rato.

Justo cuando Greta se alejó corriendo hacia la playa, Julian se volvió hacia mí con una mirada que no había visto en él antes.

—Tengo una buena noticia, pero quería esperar a llegar aquí para contártelo— me dijo. Y parecía emocionado—. La universidad de Honolulu me ha ofrecido un puesto aquí, para seguir con mis investigaciones. Esto significa que podríamos quedarnos en Hawái, si tú quieres.

Me quedé boquiabierta, completamente sorprendida.

—¿De verdad? Julian, eso es... increíble.

Lo abracé. Me colgué de su cuello.

—Sí, lo he estado pensando. Podríamos comenzar de nuevo aquí, lejos de todo.

Mi corazón latía con fuerza. Era como si, de repente, la vida me estuviera ofreciendo una oportunidad que no creía posible. El futuro ya no parecía tan oscuro.

Aquella noche, Evelyn nos invitó a cenar en su casa para darnos la bienvenida y celebrar la buena noticia. Greta estaba emocionada de volver a verla, y a mí me intrigaba saber qué más podía estar tramando. Nakamura siempre tenía un as bajo la manga.

La cena fue deliciosa, y por un momento casi olvidé todo lo que estaba pasando. Pero cuando Evelyn me llamó para que reuniese con ella en la cocina, después del postre, su rostro serio me hizo saber que no todo podía ser celebración.

—Hay algo que quiero confesarte, Valeria — me dijo en voz baja, con sus ojos oscuros fijos en los míos—. Fui yo quien tendió la trampa a tu padre.

Me quedé helada.

—¿Qué? —logré decir finalmente, sin saber si estaba enfadada o aliviada.

Evelyn mantuvo la mirada firme.

—Era la única forma de protegeros a ti y a Greta. Tu padre estaba tomando decisiones que hubieran acabado con vosotras. Era cuestión de tiempo antes de que todo colapsara.

Me quedé en silencio, procesando lo que había dicho. No sentía rabia. En el fondo, sabía que tenía razón. Mi padre había sido su propio verdugo.

—Gracias —susurré, y la sinceridad en mi voz sorprendió incluso a mí misma.

—Ahora, cuida de tu hermana y de ti misma. Y vive, Valeria. Hazlo lejos de todo ese caos. Por eso hice que te reunieses con Julian. Sabía que él podría ser tu vía de salida.

Me fui de su casa esa noche sintiendo un peso enorme alejándose de mis hombros. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero, por primera vez en mucho tiempo, me sentía libre. Julian me cogió de la mano mientras caminábamos de regreso a la villa. Greta iba delante de nosotros, tecleando en su móvil.

Me detuve en medio del camino que conducía hasta la casa. Había decidido no contarle a Julian nada de lo que Evelyn me había confesado. Al menos no por el momento. Todos necesitábamos tener un secreto, y decidí que ese iba a ser el mío.

—Nuestra nueva vida —murmuré, y Julian sonrió, apretando mi mano con fuerza.

Me besó.

Sentí todas las cosas correctas.

Sí, nuestra nueva vida acababa de comenzar.

EPÍLOGO

Un año después...

El sonido rítmico de las olas rompiendo contra la costa llenaba el aire, creando la banda sonora perfecta de mi nueva vida.

Desde la terraza de nuestra casa en Hawái, podía ver el horizonte teñido de naranja y rosa, mientras el sol comenzaba a descender.

Un año. Un año desde que todo cambió, desde que dejamos atrás esa sog a que era el apellido Bellucci y nos instalamos aquí, en este rincón del paraíso.

Julian estaba en su estudio, preparando una conferencia para la universidad, mientras yo revisaba los correos en mi portátil. Mi bandeja de entrada era una mezcla de ofertas de trabajo, emails de Evelyn sobre nuestros proyectos en la isla, y algo más personal. Hice una pausa cuando vi un mensaje de Greta. Solo el asunto —“*Tienes que venir a verme, pronto*”— me hizo sonreír.

Abrí el email, captando enseguida el tono despreocupado que caracterizaba a mi hermana, pero también aquella súplica implícita:

¡Valeria!

Sé que has estado ocupada con tus cosas y vuestra nueva casa en Hawái, pero me encantaría verte pronto. Ya ha pasado un año de todo, y estoy segura de que te encantará Roma. Aquí la vida es completamente diferente, y he estado aprendiendo tanto, ¡incluyendo el italiano!... Además, estoy preparada para lo que venga a continuación. Pero me encantaría que estuvieras aquí para verlo. Cuando tengas un hueco, ven a verme (sola o con Julian). Prometo que no te arrepentirás.

Con cariño, la tiktoker.

Suspiré con orgullo. Greta había crecido tanto desde todo lo que pasó con nuestro padre. Después del juicio —y de que él entrase en prisión para cumplir una condena de ocho años—, mi hermana se había ido por fin a Roma a estudiar, y a pesar de la distancia, manteníamos el contacto frecuente. Estaba claro que se había adaptado bien a su nueva vida, pero saber que aún me necesitaba me conmovía profundamente.

—¿Todo bien? —Julian se acercó desde atrás, envolviéndome con sus brazos. Su olor y su presencia siempre me relajaban al instante

—Sí, es Greta— respondí, inclinando la cabeza hacia él—. Otra vez pidiéndome que vaya a verla a Roma.

Julian se rió.

—Bueno, no me sorprende. Hace tiempo que no la ves, y sé que te gustaría pasar un tiempo con ella. Además, Roma es hermosa.

—Lo es— asentí, aunque en el fondo sabía que no era solo la belleza de Italia lo que me

atraía. Greta había pasado por mucho y había crecido a toda prisa—. Debería ir a verla pronto, ¿no?

—Yo también quiero que la veas— dijo Julian, besándome el pelo—. Pero asegúrate de tomarte tu tiempo para disfrutarlo. Te lo mereces.

Le sonreí y me volví hacia él. Julian estaba más relajado últimamente. El trabajo en la universidad le iba bien, y su nuevo puesto como investigador jefe le permitía explorar sus intereses científicos en profundidad, con tiempo y con buenos recursos.

Habíamos encontrado un ritmo cómodo en nuestra vida aquí, aunque había veces que sentía que Julian sospechaba de las sombras que aún rondaban los negocios que traía entre manos con Evelyn.

—Y hablando de eso— agregó Julian, sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué tal todo con Nakamura? ¿Algún nuevo proyecto en el horizonte?

Era una pregunta cargada de intenciones, como siempre, pero su tono era despreocupado. Ambos sabíamos que Evelyn no se dedicaba a nada estrictamente ilegal, pero tampoco era ajena a los métodos poco ortodoxos. Al fin y al cabo, fue ella quien colocó las pruebas que llevaron a la detención de mi padre.

Sin embargo, Julian había decidido, de alguna manera, no meterse en los detalles de mi relación con ella. Tal vez por amor. Tal vez porque prefería mantener esa parte de nuestra vida en la periferia.

—Todo bien, como siempre— respondí sonriendo, sin entrar en más detalles —. Estamos trabajando en algunos acuerdos para alquilar unas propiedades aquí en la isla, pero nada demasiado complicado.

Julian asintió, y aunque no dijera nada, sus ojos mostraban que no estaba del todo convencido. Sin embargo, decidió dejarlo pasar, como tantas otras veces. La vida aquí era perfecta para nosotros. Era una paz construida sobre los cimientos de un pasado turbulento, pero paz al fin y al cabo.

Esa noche, después de cenar en la terraza, recibí otra sorpresa. Mientras revisaba las redes sociales, vi que Leah había publicado una actualización: *Marco y yo hemos decidido seguir caminos diferentes. Gracias a todos por vuestro apoyo durante este tiempo.*

Primero solté una carcajada. Dios, ¿quién hace ese tipo de comunicados públicos a estas alturas? ¿En serio era necesario?

Aún así, no pude evitar sentir un nudo en el estómago. Leah y yo habíamos sido amigas íntimas antes de todo lo que ocurrió, y aunque nos habíamos distanciado, verla romper con Marco me dejó pensativa. ¿Debería intentar retomar el contacto? Después de todo, ella había sido una parte importante de mi vida, y nunca había tenido la oportunidad de explicarle todo lo que había pasado en Hawái.

Le mencioné a Julian lo de Leah mientras nos acomodábamos en el sofá, disfrutando de una copa de vino.

—¿A lo mejor deberías contactar con ella?— preguntó, mirándome por encima de su copa.

—Tal vez— respondí, pensativa —. No sé si querrá saber de mí después de todo este tiempo, pero a lo mejor es el momento de intentar arreglar las cosas. Tampoco sé si sabe que ahora vivo en Hawái, aunque imagino que se habrá enterado.

Julian asintió, apoyándose como siempre lo hacía.

—Si crees que es lo correcto, hazlo. Las amistades a veces pasan por baches, pero si realmente te importa, deberías hablar con ella. Ya ha pasado un tiempo prudencial.

Su consejo era sensato, como siempre. Y aunque me costara admitirlo, sabía que tenía razón.

Decidí que en los próximos días le enviaría algún mensaje, algo casual para romper el hielo. Si respondía, bien. Si no, al menos lo habría intentado.

En los días siguientes, nos concentramos en preparar nuestro viaje a Roma. Julian y yo teníamos casi todo listo, y Greta estaba feliz de recibirnos. También había coordinado con Evelyn para que se encargara de parte de mi trabajo en nuestra ausencia, algo que ella aceptó con su típica eficiencia y discreción.

La mañana que volamos a Roma, me sentía extrañamente tranquila. A pesar de todo lo que habíamos vivido, las pérdidas, las traiciones y los giros inesperados, la vida en Hawái me había dado algo que nunca creí que tendría: estabilidad.

Mientras el avión despegaba, Julian agarró mi mano y me dio un apretón suave, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Me volví hacia él y le sonreí, sintiendo el mismo calor en el pecho que había sentido desde el primer momento que lo conocí.

La vida nunca sería perfecta, pero, al menos, ahora tenía la libertad de elegir mi propio camino. Y con él a mi lado, sabía que estaba en el lugar correcto, haciendo lo correcto.

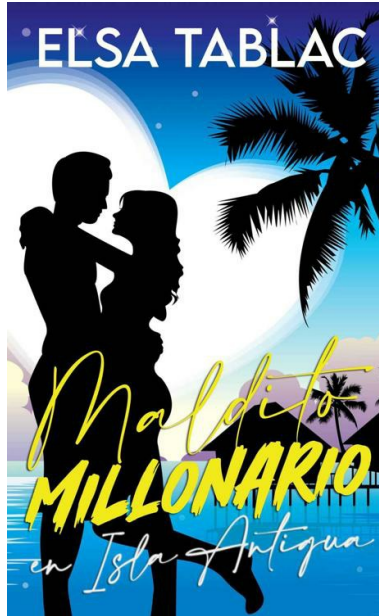
Finalmente, después de tantos años de vivir bajo el peso de un apellido, era libre.

Con amor,

Valeria Percival

TAMBIÉN DISPONIBLE

MALDITO MILLONARIO
EN ISLA ANTIGUA



Cora Prescott huye a Isla Antigua para restaurar una vieja casa en la playa que perteneció a su abuela. Planea encontrar allí la paz y la inspiración necesarias para terminar su novela.

Sin embargo, su retiro idílico se convierte en un campo de batalla cuando descubre que la casa está amenazada por los ambiciosos planes de desarrollo de Jack Carmichael.

Jack, un magnate inmobiliario de éxito, tiene la vista puesta en transformar la costa en un lujoso resort. Y para él, la pequeña y destaralada casa de Cora es solo una piedra en su camino.

Pero muy pronto los enfrentamientos entre Jack y Cora se convertirán en una alocada danza en la que también están en juego sus respectivos sentimientos.

Una comedia romántica cargada de chispa y pasión, donde la tranquila vida de una escritora en busca de inspiración se verá sacudida por un millonario arrogante con planes devastadores.

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más?

¡Te dejo una lista de mis novelas y series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

Títulos independientes y novelas

[Maldito millonario en Isla Antigua](#)

[¡No pienso besar al grinch!](#)

[La huida de Bella](#)

[La espía que te amó](#)

[El asunto Danvers](#)

[Cinco veranos hasta encontrarte](#)

[Catriona: un romance rockstar](#)

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

[La obsesión del magnate](#)

[Destellos de poder](#)

[La cura de tus heridas](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)

[Cerca de tu mesa](#)

[Fuera de mi alcance](#)

[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)

[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)

[El profesor de inglés](#)

[La reportera](#)

[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)

[A cinco minutos del guardabosques](#)